una novela de

valeria vegas

la mejor actriz de reparto

temas de hoy

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Dedicatoria 2
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Una actriz en horas bajas. Una asistenta atrapada por la rutina. Un crimen que les dará la oportunidad de redimirse.

Esther llevaba mucho tiempo trabajando como chica de la limpieza en grandes superficies, surfeando los días como buenamente podía. Hasta aquel año de finales de los noventa en que conoció a Catalina Muñoz.

Limpiar la casa de aquella actriz casi retirada parecía una tortura. Tensa, gruñona y algo engreída, su nueva jefa ni siquiera le había pedido ayuda: había sido AISGE, una fundación que cuida de artistas, la responsable de tan curiosa unión. Pero los días pasan, y Esther descubre que no todo en el hogar de la actriz es oscuridad. Que aquella que la rehúye vive atrapada en un pasado brillante del que, poco a poco, la hará partícipe. Serán estas historias sobre rodajes y glamur el inicio de un vínculo que las llevará a preparar juntas el papel más importante de sus vidas.

La mejor actriz de reparto

Valeria Vegas

temas de hoy

Gracias a Esperanza, Mary, Analía,
Gracita, Ágata, Queta, Lina, Trini,
Jenny, Rita y María Luisa,
por ser inspiración.

A todas las actrices que desde
su reinado han divisado el abismo.
A todas las chicas de la limpieza
que compartieron sus secretos.

Capítulo 1

Quizás si fuera daltónica me hubiera impresionado menos, pero ese color rojo, tan rojo, no lo había visto nunca antes. Salía a borbotones, paraba y volvía a salir, como si cada pulsación del corazón le estuviese marcando el ritmo. No tenía nada que ver con lo que había visto en las películas, era distinto. O tal vez se debía a que todos mis sentidos estaban puestos ahí, en el lugar del crimen.

La sangre era de un rojo oscuro que no me recordaba a cuando te haces una herida; parecía una sangre diferente, de la que viene de las entrañas. Oscura, muy oscura, casi granate incluso. Luego, al contacto del suelo, se tornaba más clara, como si se diluyese. Aquella estampa me hizo marearme; estaba al borde del desmayo. También por el olor, nunca había olido la sangre hasta ese momento. Nunca se me había pasado siquiera por la cabeza que tuviera olor. Se percibía dulce, pero no ese tipo de dulce que da ganas de comer, nada que abra el apetito. Si respirabas con profundidad, pasaba de ser dulce a algo así como metalizado. No sabría decir cómo huele el metal, pero huele, eso sí que lo sé, porque mi hermano tiene un taller mecánico y hay olores que reconozco de manera inconsciente. Se quedan en tu mente y de pronto un día aparecen, como si repasaras una lección o te volvieses a encontrar con alguien después de mucho tiempo. Me tapé la nariz, pero era peor porque aumentaba mi mareo hasta el punto de llegar a tener náuseas. Ver todo aquello era, como mínimo, desagradable. Reconozco que no me invadió la tristeza, por lo menos en ese momento: simplemente me limité a coger aire, todo el aire que me faltaba, ante esa situación tan asfixiante.

Me levanté del suelo. Bueno, lo intenté. Y no pude. Imagino que del mareo, con la tensión tan baja me era imposible valerme por mí misma. Siempre la había tenido baja, pero aquella noche,

en aquel momento, la debía tener muy por debajo de lo normal, rozando casi el desfallecimiento. Cuando noté que comenzaba a nublárseme la vista, cerré los ojos. Permanecí así, con los ojos cerrados, por lo menos cinco minutos, o quizás más. Se me hizo eterno. No veía nada, pero sentía todo el olor, ráfagas que iban y venían. Apreté los párpados con fuerza. Conté hasta veinte, luego hasta cincuenta y después hasta cien. Conseguí relajarme; no mucho, pero sí lo suficiente como para volver a intentar por segunda vez levantarme del suelo. Y, por fin, lo logré. Desde arriba se veía todo aún más espeluznante, como un cuadro gigante, tremendamente sórdido.

No sabría decir si soy de ese tipo de personas que se dejan llevar por su instinto; ni siquiera sabría definirme a mí misma. Pero lo cierto es que el impulso me hizo hacer lo que mejor se me daba: limpiar. No me planteé si era lo correcto o si estaba haciendo algo mal. En un momento así no puedes pensar en nada, en nada más allá de lo que tienes delante, de lo que ha ocurrido. Luego me di cuenta de que sí, de que podría definirme con una palabra: torpe. Pero ya era tarde. Me equivoqué, y después ya era tarde.

Hice que el agua, la lejía, el detergente y el salfumán se convirtiesen en mis aliados; fueron capaces de convertir tal espanto en un remanso de paz. Si hubiera reunido todas y cada una de las lágrimas que se me cayeron aquella noche, también me hubieran servido como elemento de limpieza. Lo único que no desentonó, que siguió formando parte de lo habitual, fue que lloré sola, sin que nadie me observase, sin que ninguna otra persona se diese cuenta. Estaba acostumbrada, porque estar sola, de algún modo, era mi estado natural para todo.

Hubo momentos en que hasta creí perder la noción del tiempo. La luz de la bombilla me despistaba; no sabía si seguía siendo de noche o si, por el contrario, ya era de día. Pero había amanecido, y antes de lo que me esperaba, porque en invierno siempre aparece el sol más temprano. Parecía como si lo hubiese hecho queriendo para terminar justo con la salida del primer rayo de luz, cruzándonos en el camino, dejando atrás la oscuridad de algo tan espantoso.

A lo mejor tendría que haber salido corriendo por la puerta, huir de manera descarada, librarme de todo aquello. Pero no iba con mi carácter. De siempre, desde pequeña, mi forma de ser me empujaba a hacer lo correcto, incluso dentro de lo malo. Tenía que asumir lo ocurrido, dejarlo todo bien, aunque no hubiese motivo alguno para estar orgullosa. Recordé aquella frase que mi madre decía en según qué ocasiones: «Las cosas que hacemos en vida son tan poco importantes que lo menos es hacerlas bien». Pero esta vez sí se trataba de algo importante. Lo más importante que me había ocurrido nunca.

Quise rezar, por mí y por todos. Pero no pude, no porque no me saliese, sino porque no me acordaba. Hacía tanto tiempo que no rezaba que no había ninguna oración que me saliese de carrerilla; a la tercera frase me quedaba en blanco o empezaba a repetir lo mismo, casi en un sinsentido. Seguramente fueran los nervios, porque creo que eso de rezar es algo que te lo meten tanto en la cabeza que te lo sabes de memoria, como las tablas de multiplicar. Aunque esta vez necesitaba decirlo de verdad, sintiéndolo, esperando incluso una resurrección o lo más parecido a volver atrás, como si nada hubiera ocurrido. Con ese efecto de rebobinar que tienen las cintas de vídeo: dejar el presente parado en el momento exacto para cambiar el rumbo de las cosas. Pero lo cierto era que hacía mucho tiempo que ese rumbo no se podía modificar, que no dependía solo de mí.

Hasta entonces nunca había meditado sobre el destino. Bueno, ni sobre el destino ni sobre muchísimas cosas más. Nunca había sido de esas personas que reflexionan en exceso o que se pasan la vida buscando los porqués. Asumía lo que se me presentaba sin necesidad de tener una explicación, pero aquella vez todo era demasiado difícil de asumir, casi imposible. Me faltaba valor y me sobraba miedo. Y, justamente, reflexionar sobre el destino fue la única idea que logró relajarme. Me resigné a pensar que todo aquello estaba escrito, que tenía que ocurrir tarde o temprano, de un modo u otro, que desde hacía meses se habían dado los elementos necesarios para que ocurriese, para que la balanza hiciese que el valor y el miedo se igualasen y que, por un

momento, por un segundo, ganase la entereza. Porque si el destino no está escrito, no puedo entender cómo llegué a verme en una situación así.

Capítulo 2

Siempre que llegaba al aeropuerto tenía la sensación de entrar en casa. Lo conocía perfectamente. Cada uno de sus recovecos, sus salidas de incendio, de emergencia, las puertas traseras, el departamento de aduanas e incluso el vestuario. Porque había un vestuario, al que muy poca gente accedía. Creo que hasta podía identificar todos esos enchufes que había desperdigados por los pasillos. Había cientos de ellos, pero eran como las puertas de emergencia, apenas se usaban. Bueno, las puertas sí, para salir a fumar. Cada dos horas y media nos dejaban un descanso, corto, pero suficiente como para poder contarnos nuestras cosas. Y en ese momento, de apenas diez minutos, nos desahogábamos entre calada y calada. A veces simplemente hablábamos de lo que habíamos visto la noche anterior en la televisión. Otras, de que se decía que dentro de unos meses iban a prohibir fumar en los aviones, algo que yo no me creía.

Todas éramos puntuales, pero Sagrario siempre llegaba la primera. Antes que nadie. Como su marido trabajaba en Coslada, le venía de paso y la dejaba antes. La imaginaba recorriendo medio Madrid sin importarle los atascos, sabiendo que iba a llegar demasiado pronto y tendría que esperar con los brazos cruzados. Cualquier atasco, de hecho, le supondría un alivio, le haría ganar tiempo para no perderlo después. Una vez intentó que le pagaran de más por esos veinte minutos que llegaba con antelación. Le dijeron que no era posible, por los turnos rotativos. Y le dirían seguro la palabra «estipulado», que yo no comprendía bien pero que siempre usaban para hacerte ver que había muchas normas que no se podían cambiar. Al final, todo se quedaba como estaba.

Yo no quería llegar antes, pero sí me hubiera gustado que me llevasen en coche. Coger dos autobuses —dos para ir y dos para

volver— me resultaba agotador.

Habían sido muchos años limpiando cada una de sus esquinas, pero aun así no tenía pena de marcharme. También es verdad que trabajar en un sitio como aquel resultaba muy agradecido. Estaba todo tan reluciente que a poco que hicieras ya lucía. Y además eran todo líneas rectas, que siempre ayuda. Solo tenías que coger la fregona y caminar hasta el final, sin que nada te entorpeciera. Sabía que aquello era mejor porque durante una temporada había estado trabajando en un tanatorio y ahí habían sido todo columnas y muros extraños. No entiendo por qué diseñan así un lugar que es para despedirse de los muertos. A lo mejor para que a los vivos todo les parezca más bonito mientras asimilan la pérdida de esa persona. Cuando murió mi padre estuvimos muchas horas en el tanatorio, esperando a que llegasen los del pueblo, y no recuerdo haberme fijado en las formas de ese lugar. Solo me di cuenta cuando tuve que limpiarlo. Es como si al limpiar te convirtieses casi en arquitecto y acabases controlando todo el espacio, todo aquello que antes te resultaba invisible. Tampoco me hubiese importado volver al tanatorio, pero prefería el aeropuerto. En el tanatorio era todo muy repetitivo, la gente hablaba en voz baja y siempre tenían las mismas caras. Lo máximo que podía pasar era que hubiera algún desmayo, pero que ahora recuerde solo había ocurrido un par de veces. El aeropuerto, en cambio, sí que tenía movimiento. Allí la gente también llora, pero porque se despiden, y a lo mejor no saben cuándo volverán a verse. Hay quien incluso se queda dormido esperando el siguiente vuelo; me resultaba imposible no fijarme en sus bocas abiertas o en cómo se agarraban al equipaje mientras roncaban. Al principio me daba mucho apuro cuando se acercaba algún extranjero a preguntarme algo. Como no sé inglés me quedaba sonriendo sin saber qué responderle. Más adelante me animé a contestar cuatro cosas. Bueno, en realidad solo les decía en inglés que no sabía inglés, pero con eso se contentaban y buscaban a otra persona. Marta sí les daba conversación; como tenía más estudios los entendía y siempre les ayudaba a encontrar la sala de espera, la cafetería o los baños. Pero a ella no le gustaba el aeropuerto, no sabía valorarlo.

No se daba cuenta de que en la terminal la gente es más limpia, casi como si nos ayudaran en nuestro trabajo. Todo lo sucios que pueden ser en la calle, allí no. Allí son incapaces de tirar un papel, aunque no haya un cubo de basura en doscientos metros. Creo que como lo ven todo tan blanco y tan reluciente les da apuro, y, además, estando en un sitio cerrado se sienten observados. Lo cierto es que no les mira nadie: cada persona va a su ritmo, apresurada o buscando con concentración la puerta de embarque. En el tanatorio sí se miran unos a otros, se buscan con la mirada. Para intentar reconocer a esa prima segunda que hace tiempo que no ven o para contemplar el dolor ajeno.

Aquel día, el momento del descanso no consistió solo en fumar apresuradamente y comentar el programa de la tele. El interés se centró en mí.

—¿Y qué vas a hacer mañana? —me preguntó Sagrario con esa curiosidad suya tan insana.

No comprendían que no sintiera preocupación por el día siguiente. Ya hacía tiempo que había asumido que cuando mi contrato terminase no volverían a renovarlo. Querían reducir la plantilla deshaciéndose de una de nosotras por cada turno de ocho horas, y me había tocado a mí.

—Tampoco se acaba el mundo. Ella y Carolina son jóvenes. Igual incluso dentro de tres meses vuelven por aquí —le contestó Marta, apurando el cigarro.

—La que lo tiene peor es la de la tarde. La rubia grandota. Que además tiene dos hijos. —Sagrario siempre lo valoraba todo desde el lado del sufrimiento.

Les dije que acudiría a la empresa de trabajo temporal. Como tantas veces. A las que limpiamos siempre nos conseguían algo. Así había llegado hacía cinco años al aeropuerto. No había estado en él desde el viaje de novios, que era la única vez que había cogido un avión, para ir a Canarias. Pero desde que trabajaba allí había visto despegar más de mil.

—En las empresas esas siempre piden muchas cosas para buscarte un trabajo. Que si inglés, otros idiomas o cursillos. Deberías aprender a conducir, que, si no, te pasará como a

Sagrario: dependiendo del marido.

—Y a ti qué más te da. Para eso es mi marido. Que me traiga y me recoja.

Pensé que si en el nuevo trabajo no era necesario madrugar sería posible que Juanjo me llevara. Lo ideal sería a media tarde; entonces seguro que me acercaba. Y si era dentro de Madrid mejor, sin salir de la ciudad.

—Pues luego bien que te quejas de que te trae antes y estás media hora esperando.

—Me quejo porque quiero. Y además no es media hora, son veinte minutos.

La atención ya no estaba puesta en mí. Tampoco en el programa de televisión de la noche anterior. Ellas tenían esa capacidad para desviar el tema y acabar discutiendo. Les dije que creía que era más importante tener el carnet de conducir que saber inglés.

—Para nada. Ya te digo yo que con idiomas puedes ir a cualquier lado —soltó Marta, mal apoyada en la pared.

—Pero ella no quiere ir a cualquier lado. Ella quiere trabajar en su país. Y para lo nuestro no hace falta.

—Ah, ¿no? ¿Y si te llaman para trabajar en una embajada, por ejemplo?

—¿Tú te crees que los de la embajada nos dirigen la palabra a nosotras? Que estás tonta.

Se enzarzaron. Marta le reprochó que seguro que a sus hijos sí les haría falta aprender inglés. Sagrario le contestó que no era lo mismo. Sus hijos no se iban a dedicar a fregar escaleras. Para eso trabajaban ella y su marido, para que estudiasen algo. Informática o cualquier otra cosa. Se acabó el descanso, como cualquier otro día, habiendo apurado el cigarro hasta el último minuto.

No le iba a reprochar nada a ese lugar. Ni a sus gentes. No es que hubiera sido un remanso de paz, pero se trabajaba bien, apenas nadie te molestaba y dentro de su rutina se podía hacer hasta entretenido. Si lo pensaba bien, incluso me iba de allí siendo mejor, más lista. La cantidad de lugares que había descubierto que existían... Países a los que no viajaría nunca, pero al menos ahora

conocía sus nombres y cómo se escribían. Mánchester. Múnich. Glasgow. Estrasburgo. No podía evitar pensar que, en cada una de esas ciudades, en sus aeropuertos, había también otras mujeres como nosotras, pasando sus horas en los pasillos, limpiando, mientras veían los carteles y descubrían Madrid. Mientras la conocían sin conocerla. Estar en una terminal te hacía sentirte más cerca de esos países.

Justo acababan de llegar los que venían de Berlín, el avión que había salido hacía tres horas. A veces tenía la sensación de que viajaba con ellos sin moverme del lugar.

Capítulo 3

Aún no sabía dónde acabaría trabajando, pero tenía la certeza de que no regresaría al aeropuerto. Sin embargo, aunque mi vida iba a cambiar en las próximas horas, en casa todo seguía igual. Igual que ayer, que antes de ayer y que la semana pasada. Yo llegaba a la misma hora de siempre y Juanjo se encontraba sentado exactamente en el mismo sitio que el día anterior. Había hecho del sofá su trono y solo soltaba el mando de la tele para abrir una lata de cerveza.

—¿Has vuelto a beber?

—Una cerveza no es beber —me contestó sin tan siquiera dirigirme la mirada.

—Ya, pero para un martes tampoco creo que sea plan.

Entonces sí que se dignó a mirarme.

—Y a ti qué más te da que sea un martes o un domingo. ¿Me meto yo en tu vida, en lo que comes por ahí fuera, en lo que haces o dejas de hacer?

—No es lo mismo.

Y era verdad, no era lo mismo. Desde que se había quedado sin trabajo se pasaba todo el día en casa. A lo mejor bajaba al bar de la esquina, cuando había futbol de ese que no ponían por la tele normal, pero poco más. Solo se le despertaba la iniciativa cuando se rompía algo y podía coger la caja de herramientas. A veces hasta me alegraba de que se estropeara la cisterna o se atascase el fregadero. Era la única manera de verle haciendo algo, y hasta parecía que se distraía. Cuanto mayor era la catástrofe doméstica, más en serio se lo tomaba. Se organizaba para ir a la ferretería, comprar lo que hiciera falta y pasarse el rato enfrentándose al problema de turno. Y cuando acababa, cuando por fin estaba arreglado, venía a decírmelo como si me hubiese hecho un favor,

como si yo fuese la única viviendo en la casa y él solo pasara por allí. Pero eso me daba igual, a veces hasta deseé tener poderes mentales de esos que pueden hacer de todo para ser yo la que rompiera un enchufe o fundiera una bombilla. Lo había visto una vez en un programa donde una mujer aseguraba que su hija era capaz de mover objetos y de comunicarse sin hablar, de hacerlo todo con la mente. Igual era mentira, pero desde que lo había escuchado se me pasaba la idea por la cabeza. Fantaseaba con que mis poderes sirvieran para hacer el mal en vez del bien, pero, bueno, todo con tal de tenerlo ocupado. Aunque luego se creyera que me había salvado la vida.

No se había roto nada, así que, como de costumbre, se había puesto a ver el concurso de la tele.

—¿Y qué? ¿Cómo ha ido el día? —me preguntó más con intención de cambiar de tema que con verdadero interés.

—Pues todo igual que siempre. Marta y Sagrario han acabado discutiendo, pero, vamos, eso también es lo de siempre.

—¿Quién es Sagrario?

—Una más mayor. La que tiene dos hijos, que su marido la lleva en coche.

—Ah, sí. Pues este tío lleva ya tres semanas aquí y no hay quien lo eche. —Señaló con la cabeza al concursante del programa, que por lo visto estaba a punto de llevarse mucho dinero, consiguiendo así anular mi conversación.

No le pregunté si había hecho la compra porque ya sabía que no. Una vez más, la nevera me dio la respuesta. Tampoco me importó, apenas tenía hambre. Era uno de esos días en los que el sueño me vencía, haciendo que me olvidara fácilmente de cenar. Mejor, así quizás perdía algún kilo, algo que podía servirme para la boda de mi prima Tere.

Juanjo nunca se iba a dormir antes de la una o las dos, cuando ya no ponían nada interesante y todo lo que había eran películas antiguas o anuncios de la teletienda. Antes incluso se quedaba dormido en el sofá; ahora, como se levantaba tan tarde, aguantaba hasta las tantas. Creo que veía la tele sin ganas, tragándose lo que le echaran. Cuando le conocí tampoco es que

fuese un hombre lleno de motivaciones, pero por lo menos no lo recuerdo todo el día tumbado y de mal humor. También es verdad que de eso hace ahora casi diez años, y desde entonces han pasado tantas cosas... Nunca pensó que su jefe le despediría casi de la noche a la mañana, porque siempre le decía que era el mejor. Hasta parecía que lo trataba como a un amigo. Y, de pronto, hubo que recortar y empezó por él. Quizás se debió a que Juanjo no era tan bueno en su trabajo como el jefe le decía; sea lo que fuera, él se lo había creído y se tomó aquello como algo personal. Yo hubiera preferido que me despidieran a mí, de donde fuese, que para eso estaba mucho más acostumbrada. Al final todo es volver a empezar. Irme del aeropuerto ni tan siquiera me había dado pena. Fue salir por la puerta y ver todas las ventajas, a lo mejor en el nuevo trabajo no tendría que madrugar tanto ni coger dos autobuses.

—¡No he podido ir a comprar! —me gritó con intención de que le escuchase desde la cocina—. Pero quedan huevos, queso y alguna cosa más.

—No pasa nada, mañana he quedado con Marga y también iré a la agencia de trabajo. Me pasaré después por el supermercado.

No me contestó. Nuestras conversaciones eran así, directas, breves y a veces a gritos inofensivos, con la intención de no levantarse del sillón. Poco le importaba si iba a quedar con una amiga, si cenaba o no o qué llevaba puesto. Y yo me había acostumbrado a esa indiferencia.

En ese mismo instante, el concursante del programa acababa de llevarse muchos millones.

Capítulo 4

Al día siguiente no tenía que madrugar, pero lo hice. Imagino que por la costumbre. Me puse el despertador a las nueve y, aun así, a las siete y media ya estaba en pie. Juanjo, como no se acostaba hasta que se cansaba de la tele, se levantaba muy tarde. No sabía exactamente a qué hora porque yo no solía estar en casa cuando lo hacía, pero seguro que por lo menos a las once.

Estaba tan cansada de la rutina de los autobuses que esa mañana me liberé y preferí ir caminando. La agencia de trabajo no estaba muy lejos, a poco más de media hora. Desde La Elipa las distancias pueden parecer eternas, por eso de tener que cruzar la M-30, que es casi como atravesar un río. Pero a mí me gustaba mi barrio. Tampoco es que hubiera conocido otro, pero lo prefería antes que las afueras y esos lugares desangelados. Juanjo siempre decía que era como un avispero, con todo el ruido de los coches pasando muy cerca. Una vez afirmó que hasta le daba dolor de cabeza, imagino que para justificar lo mal que se encontraba y sin saber a quién echarle la culpa, como ocurría tantas veces. Yo me había acostumbrado a esos detalles. Me gustaba la idea de cruzar un puente y tenerlo todo a mano.

Por el camino pensé en las veces que había cambiado de trabajo. O, mejor dicho, que me había quedado sin él y había tenido que buscar otra cosa. Recordé lo mucho que odiaba ser teleoperadora y todo lo que tuviese que ver con atender llamadas y aguantar a la gente. Luego estuve por lo menos dos años en un supermercado, de cajera. Eso me gustaba, menos cuando llegaban las navidades y tenías que escuchar villancicos durante ocho horas. Bueno, y que no querían ponernos sillas mientras estábamos en las cajas; menos a las embarazadas, a ellas sí. Después ya vino lo de limpiar en el aeropuerto. Luego el tanatorio, también limpiando, y

meses después de nuevo el aeropuerto. Era lo que había: yo nunca había elegido limpiar. Me imagino que nadie lo elige. Como había sido donde más había aguantado, se había quedado como lo mío: si me preguntaban de qué trabajaba, siempre decía que de limpiadora. Pero no me hubiese importado volver al supermercado. Aunque fuese Navidad.

Aquella era la tercera o cuarta vez que iba a la empresa de trabajo temporal. Si buscabas algo muy concreto podían tardar en encontrártelo; lo sabía por el marido de mi prima. Era delineante, o aparejador —algo así, parecido—, y siempre estaba en lista de espera. A Juanjo le pasaba igual, solo quería trabajar de lo suyo, de montar y desmontar aparatos de aire acondicionado. Llevaba haciendo eso desde los veinte y ya no se veía en otra cosa. Una vez le llamaron para Mercamadrid, descargando camiones; no recuerdo si pagaban bien o mal, pero se negó en rotundo. «Que cada cual tiene que hacer lo que sabe y no meterse en otros asuntos», eso me dijo.

Cuando llegué a la oficina no estaba la misma chica de siempre. Igual ya no trabajaba ahí; al fin y al cabo, desde la última vez que había ido hacía ya casi tres años, los que llevaba trabajando en el aeropuerto. Me hizo gracia pensar que por mucho que te dediques a buscarles empleo a otras personas, también puedes quedarte sin él. Ahora había una con el pelo negro, muy cortito. No tuve que esperar más de cinco minutos; enseguida me senté delante de ella.

—¿María Esther Gorostiza? —preguntó como si hubiese alguien más en la sala—. Dame un segundo que mire bien tu ficha, que hoy no sé qué pasa con el ordenador que es un suplicio.

Admiro mucho a la gente que trabaja con un ordenador. A mí me costaría tener que depender de algo así, porque es como un jefe que no te dice las cosas directamente. ¿O eres tú el jefe y el ordenador, el empleado?

—Lo que más se está moviendo ahora mismo es de hostelería, de eso seguro que hay algo —dijo sin apartar la mirada de la pantalla—. Veo que también has trabajado de teleoperadora.

—Sí, pero de eso preferiría que no.

—Y has estado bastante en el sector de la limpieza, ¿no?

—Sí, mayormente. En un tanatorio y en el aeropuerto, hasta ayer.

—Ya veo. Mujer, ¿no te vas a tomar ni una semana de descanso? —bromeó, dirigiéndome por fin la mirada.

—Si no hay más remedio. Pero preferiría que no. Me viene bien tener la cabeza ocupada.

Tampoco era plan de explicarle mis necesidades económicas ni las pocas ganas que tenía de quedarme en casa. Además, no sabría qué hacer con tanto tiempo libre. No me veía como los jubilados de mi barrio, que se pasan todo el día sentados en un banco, viéndolas pasar, mano sobre mano.

—Pues mira, tengo algo de incorporación inmediata. Pero no es limpieza en grandes superficies.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Particular. Es limpieza en una vivienda particular. Lleva ya solicitado diez días, pero no se lo han asignado a nadie.

—Bueno, pues eso me parece bien. ¿Qué requisitos pide el dueño de la casa?

—A ver, es que exactamente no la contrataría el propietario de la vivienda. Es una asociación, que se llama... —Buscó la palabra exacta en el ordenador—: AISGE. Sí, AISGE. Es algo de actores.

—No lo había escuchado nunca.

—Aquí es la primera vez que lo tenemos. Ellos cubren el gasto, es decir, tu nómina. Tienen un fondo social que se encarga de estas cosas, de cubrir ayudas o necesidades.

—¿De los actores?

—Sí. Tampoco te puedo decir mucho más porque esto lo gestionó otro compañero y nunca habíamos tenido un caso así.

De entrada me resultó llamativo. Aunque era volver a limpiar, me parecía que iba a hacer algo distinto, algo nuevo. Un sitio con nombre de empresa que a la vez me contrataba para trabajar con otra persona... Era raro, pero me gustaba. Me imaginé la asociación esa como si fuera un ministerio o algo así. Algo importante.

—¿Y las condiciones? —le pregunté mientras seguía

fantaseando con el lugar.

—Es media jornada, preferiblemente de mañanas. La cantidad exacta de la nómina aquí no me aparece, pero eso te lo mira ahora mi compañera Nuria, la del fondo.

—¿Y tengo que llevar uniforme o algo parecido? —En ese momento recordé que no había puesto la lavadora de la ropa del día anterior.

—Pues, en principio, no. Aquí no pone nada. Lo único que pone es que se trata de una persona mayor que necesita asistencia del hogar. Y poco más. La dirección te la damos ahora y el contrato como siempre, ya sabes, temporal. —Me miró con una sonrisa de oreja a oreja, como alegrándose de que me fuese de allí con un nuevo trabajo bajo el brazo—. ¿Te lo asigno entonces?

—Sí, por favor. Y una pregunta: ¿para técnicos de instalación de máquinas de aire acondicionado no tenéis nada?

No, no tenían nada, pero tampoco me importó. A lo mejor al tercer día podía perder toda la ilusión y lo que ahora era una novedad pasaría a ser algo tan rutinario como el aeropuerto con sus salidas y llegadas. Pero me gustaba la idea de ir a otro lugar, de coger un autobús distinto, de conocer a gente nueva. Y esa fundación con nombre extraño, solo para actores, me resultaba inquietante para bien.

En cuanto salí de la agencia volví a abrir el sobre que me habían entregado con el contrato y el resto de los datos. Eran tan solo dos páginas. Invadida por la curiosidad, fui directa a buscar el nombre y la dirección: Catalina Muñoz, calle Máiquez 22. El nombre no me decía nada. Intenté hacer memoria, pero nada. Aquella información no me traía ningún recuerdo. A lo mejor se llamaba así alguien de la asociación o puede que Catalina fuera mi encargada. Porque tendría que aparecer un encargado, un jefe, alguien que me diese órdenes directas o supervisase mi trabajo. La calle era otro misterio. Nunca había estado en ella ni me sonaba de nada. Por un momento, pensé que lo mejor sería ir en taxi el primer día para ubicarla, pero lo descarté enseguida. Desde La Elipa todo quedaba lejos y me podría salir por un pico.

El hecho de toparme con todos aquellos datos desconocidos

hacía aquel nuevo puesto más atrayente. La verdad era que, si por mí hubiera sido, hubiese empezado a trabajar en ese mismo instante. Pero, de todos modos, no hubiera podido. Había quedado con mi amiga Margarita en media hora.

Capítulo 5

Todo el mundo le llamaba Marga, en diminutivo. A ella lo de Margarita no le gustaba, pero a mí me encantaba, sonaba especial. Así compensaba su apellido, García, que es como muy simple, como de tenerlo medio mundo. Yo pensaba que, siendo el nombre de una flor, ¿qué podía tener de feo? Pero bueno, respetaba su decisión y cuando estábamos juntas la llamaba como ella quería. Nos habíamos conocido trabajando en el supermercado hacía por lo menos ocho años. Ella seguía allí, pero ya no estaba en la caja. Ahora era reponedora y además con contrato indefinido. La verdad era que nos veíamos menos de lo que nos hubiese gustado, por lo menos a mí. Pero aun así no solían pasar más de dos semanas sin que quedásemos. Como aquel día yo no tenía nada que hacer y ella tenía turno de tarde, era la mejor ocasión para vernos.

Quedamos en la cafetería de siempre, aunque esta vez llegué un poco tarde. Margarita iba perfectamente conjuntada: si el bolso era blanco, los pendientes eran blancos; si la chaqueta era rosa, los zapatos eran fucsia o de un tono muy parecido; si el bolso era rojo, el pantalón era rojo. Tenía esa costumbre. O más bien ese talento para saber combinarlo todo, estuviera donde estuviera y fuera cual fuera el día. Como hacía buen tiempo nos pusimos fuera, en la terraza. Yo pedí un cortado y ella una Pepsi. Siempre pedía Pepsi porque decía que la Coca-Cola le hinchaba más, que no sé si será verdad, pero lo cierto era que íbamos siempre a ese mismo lugar porque era de los que tenían Pepsi.

—Desde luego, qué capacidad la tuya para encontrar trabajo. ¿Y no dicen que hay paro?

—A ver, Marga, ¿de qué te extrañas? Que de esto, de lo de limpiar, siempre hay algo. ¿No ves que nadie quiere?

—Ya, hija, pero lo tuyo es llegar y besar el santo —contestó

mientras daba un sorbo.

—También es cuestión de saber adaptarse a todo. Mira Juanjo, ahí, esperando de brazos cruzados porque no le sale nada de lo suyo.

—¿Y cómo dices que se llama la empresa?

—Bueno, no es una empresa exactamente. Es una asociación o algo parecido. AISGE se llama. —A diferencia de la chica de la agencia de trabajo, yo sí me lo había aprendido de memoria, repitiéndolo en mi cabeza todo el camino hasta llegar al bar.

—No lo había oído en mi vida. ¿Y qué significa?

—Pues no lo sé.

—Pero tendrán un significado todas esas letras. Son siglas, ¿no? Mira a ver si ahora te vas a meter en un lío.

Siendo fiel a la verdad, Margarita era de las que a todo le veía un peligro. Muy tremendista. Y si podía te ponía un ejemplo para hacértelo saber. Algo que hubiera ocurrido en su vida o en la de otra persona. O simplemente algo que había visto en la tele. A veces me daba la impresión de que con tal de tener la razón podía llegar incluso a inventárselo.

—Mira, mi madre tenía una vecina que llevaba toda su vida trabajando como secretaria. Toda su vida. Y de pronto un día descubre que su jefe era narcotraficante. Así, de la noche a la mañana. Vamos, que era todo una tapadera. Elpidia se llamaba.

—¿Quién?

—La vecina de mi madre. No va a ser el narcotraficante.

—¿Y qué le pasó?

No recuerdo exactamente qué me contestó, pero seguramente algo espectacular. Algo que acabase en un lío muy grande, con persecuciones, multas y cosas por el estilo. Siempre pienso que, si se dedicase a juntar todas esas historias, tendría como para escribir un libro. Un libro de aventuras.

—Es que lo que no puedes, Esther, es coger un trabajo así, a la ligera, sin saber nada. O casi nada. Con lo bien que estabas tú en el aeropuerto.

—Bueno, sé lo que me van a pagar, el horario y la dirección de la casa. Calle Máiquez 22.

—¿Y dónde está eso?

—Pues no lo sé.

—¿Ves? Es que tampoco lo sabes. No se puede ir así por la vida.

Margarita enseguida le puso solución. Motivada por el susto y con su capacidad resolutiva —que de eso tiene bastante, también hay que decirlo—, supo sacarme de dudas. Sacarnos. Se levantó efusivamente y dentro del bar pidió un callejero. Se lo trajo consigo a la mesa y empezó a buscar la calle, con intención de poder darme su veredicto. Estoy segura de que de verdad se preocupaba por mí, pero en ese momento, habiendo aceptado ya el puesto de trabajo, lo que necesitaba era que me dieran ánimos y no que me pusieran más nerviosa. Obviamente la gente de la mesa más cercana había aprovechado para poner el oído, ante tanto aspaviento y viéndola salir con todo ese mapa mal doblado de las calles de Madrid.

—Bueno, puedes estar tranquila. No es mala zona.

—¿Dónde es? Déjame ver. —Fijé la vista en el punto que su uña señalaba.

—En el distrito de Ibiza, antes de llegar al Retiro.

En ese momento Madrid me pareció enorme. Era consciente de ello, pero al ver todo ese mapa desplegado no pude resistirme a buscar el aeropuerto, mi casa, las zonas nuevas de La Elipa y, ahí, en gigante, la Casa de Campo. Intenté localizar el tanatorio, por pura curiosidad, pero no lo encontré. Juraría que estaba en dirección al sur, pero no estaba segura. Quizás fuera al norte. En cuanto empiezo un trabajo comienzo a olvidarme del anterior, y así sucesivamente.

—¿Te das cuenta de que podrías haberte ido a cualquier lado? —dijo mientras arrebataba el mapa de mi vista—. Imagínate que, de pronto, va y aceptas sin saberlo un trabajo en, yo qué sé, ¡en Navalcarnero! ¡O en Aranjuez!

—Pues hubiera ido. Más lejos que el aeropuerto no va a estar.

—¿Pero tú sabes dónde está Navalcarnero? Yo te lo voy a decir: ¡donde Cristo perdió el gorro!

—Bueno, pues mientras se pueda llegar en autobús yo me

apaño —respondí bajando el tono para ver si así desde la mesa contigua dejaban de prestarnos atención.

—¿No escuchaste el otro día lo que dijeron en la radio? Lo del violador de autobuses.

—¿Cómo? —Consiguió captar mi atención y, de nuevo, la de la mesa de al lado.

—Sí. No que violara autobuses, sino que se subía y aprovechaba la multitud para meterle mano a las pasajeras. Y lo pillaron, claro.

No sé cómo terminó aquella historia ni en qué programa de radio lo había escuchado. Mi cabeza se puso a dar vueltas, imaginando cómo sería el día de mañana, pensando en aquella calle y en aquella fundación de nombre extraño. Cuando escuché por octava vez la palabra «autobús» me asaltó la duda. La interrumpí:

—¿Y cómo llego hasta allí?

—¿Hasta dónde?

—A la dirección esa. Calle Máiquez.

—Pues... —Volvió a abrir el mapa y lo miró con empeño, casi como si hiciese cálculos en torno al lugar. No pasaron muchos segundos antes de que diera con la solución—: Desde tu casa, el 31. Ese te deja directa.

—Pues mira qué bien. Y sin hacer trasbordo.

—A ver, te dejará tres calles por detrás, pero también puedes coger el metro y parar en Sainz de Baranda.

—No, prefiero el autobús.

—¿Después de lo que te he contado?

No supe qué contestarle. Sus historias me parecían fascinantes, pero en esta ocasión, quizás por vez primera, me distraje absolutamente. Aquel nuevo trabajo ocupaba mi mente y me hacía abstraerme por completo de todo, sin que ni siquiera un violador de autobuses lograra captar mi atención. Y así seguiría pasando durante las próximas horas y la noche que me quedaba por delante.

—Ración de bravas por aquí —interrumpió el camarero, cargando con un plato abundante.

—No, aquí no es —me adelanté a resolver su confusión.

—Sí, sí. Las he pedido yo. Cuando fui a pedir el callejero —respondió Margarita mientras se llevaba una patata a la boca.

Capítulo 6

Debía de ser noviembre, porque ese día llovía, pero no hacía el frío fuerte que suele hacer en invierno en Madrid. Llover, llovía seguro, me acuerdo de que llevaba un paraguas. Cuando bajé del autobús tuve una sensación extraña, ni buena ni mala, simplemente extraña. De saber que ese no era mi lugar, que yo no pertenecía a esas calles, las mismas que, a la vez, me hacían sentirme bien, con ganas de recorrerlas sin descanso de arriba abajo. Era uno de esos barrios donde algo parecido al lujo puede entremezclarse con las familias normales. Lleno de esos edificios que tienen un pequeño jardín en la entrada y que ya solo por fuera adivinas que los pisos son grandes y espaciosos. A simple vista descubres todo ese tipo de tiendas que necesitas con frecuencia. Una farmacia, una papelería, un bar, una peluquería y, un poco más adelante, una frutería y un kiosco. A lo lejos se veía el cartel luminoso de un bingo, apagado, esperando que se hiciera más tarde para atraer a Dios sabía quién.

Aunque había un portero, preferí llamar al telefonillo. Pulsé el tercero B y, a los pocos segundos, contestaron al otro lado con un escueto «¿Sí?» que apenas esperó mi respuesta. No había llegado a explicar quién era cuando se escuchó el timbre que abría el portal. Tras él, un hombre de casi sesenta años estaba sentado detrás de una mesa, periódico en mano y con un pequeño flexo a su lado. Subió la mirada por encima del diario y se dirigió a mí.

—Buenos días, ¿a dónde va?

No entendía por qué debía preguntarme si me había visto tocar al telefonillo y había escuchado perfectamente cómo me abrían una puerta que ya estaba abierta. A lo mejor era porque nunca había tenido portero y aquellas cosas se me escapaban.

—Voy a casa de… —tuve que hacer memoria durante apenas un segundo— de Catalina Muñoz. Me manda AISGE.

—¿Quién?

—AISGE. Una asociación de actores.

El hombre no parecía entender nada. Acababa de descubrir la existencia de esas siglas con la misma sorpresa que tuve yo el día anterior. Frunció el ceño y se limitó a decirme: «Tercero B». No sé para qué hace falta una persona que te interroga y te acaba diciendo algo que ya sabes. Cuando estaba a punto de entrar en el ascensor, se levantó de su mesa y se acercó hasta mí.

—Ya que va usted para arriba, hágame el favor de darle esto a Catalina. Que lleva dos días sin bajar.

Me dio un sobre de tamaño mediano que guardé en el bolso para evitar que se mojase con el contacto del paraguas. Me pareció extraño que me diese aquello, teniendo en cuenta que era la primera vez que me veía. No sé si lo hizo para desquitarse trabajo o porque le inspiré confianza.

El ascensor era antiguo, pero bonito. En general todo en aquel edificio me parecía antiguo pero con elegancia, y la verdad era que no había estado en muchos sitios así. En ese breve tiempo, mientras el ascensor subía, tuve esa curiosa sensación de ir a hacer algo por primera vez. Desde que dejé el trabajo de teleoperadora siempre había estado en la limpieza, pero esto era distinto. Ahora me metía en la casa de otra persona, en un espacio pequeño, con todo más a mano y sin gente de por medio, ni turnos ni compañeras. Era como limpiar mi casa, pero en otro sitio. Se me hacía raro, pero me gustaba la sensación de que algo fuese a cambiar.

Aún con el paraguas chorreando, salí del ascensor sin saber muy bien qué hacer con él. Toqué al timbre. Esta vez la espera se hizo más larga que cuando llamé desde abajo. Mucho más larga. Creo que por lo menos fue de medio minuto. Hasta pensé en si me había equivocado o en si llamar de nuevo, por segunda vez. A lo mejor también participó mi expectación en que aquel casi minuto me pareciese una hora. Y eso que no estaba nerviosa, simplemente nunca antes en mi vida había tocado a la puerta de alguien que no conocía. Jamás en treinta y siete años había hecho algo tan sencillo como llamar y no saber a quién me iba a encontrar al otro lado.

Finalmente, se abrió la puerta.

Me sonrió sin demasiada confianza. Catalina debía tener por lo menos setenta años. Quizás más, nunca he sido buena adivinando edades. No era ni alta ni baja, más bien de estatura mediana, bastante delgada, como si el paso del tiempo la hubiese consumido. Tenía el pelo cuidado, recogido, en un tono castaño que parecía casi rubio. Cruzamos dos frases de manera torpe, ya no recuerdo cuáles, pero lo típico de invitarte a pasar e intentar ser cortés.

—El paraguas mejor déjalo fuera —me indicó al comprobar cómo todavía caían de él algunas gotas.

—Perdón. Vengo a limpiar y ya estoy ensuciando.

Hizo una mueca ante mi ocurrencia. Dejé el paraguas en el descansillo, con la certeza de que en un edificio así nadie me lo robaría. En ese abrir y cerrar, Catalina seguía impasible, observando cada uno de mis movimientos. Puede que ella estuviera más nerviosa que yo. O que no hubiera entendido mi broma. O quizás ni siquiera sabía bien quién era ni qué había ido a hacer allí. Igual era más anciana de lo que pensaba. Sentí la necesidad de presentarme bien, de dar una explicación que no me había pedido.

—Vengo por lo de AISGE.

—Sí. Ya sé por qué vienes —contestó tajante, como si no le hiciese mucha gracia mi aclaración. Debió de notarme nerviosa, porque me preguntó—: No será la primera vez que lo haces, ¿no?

—No, claro. He limpiado mucho, vamos, anteayer todavía estaba limpiando. Pero no con la asociación, eso no lo había hecho antes.

Percibí que había algo que no le gustaba, como si le molestara que hablase de esa fundación o de lo que yo venía a hacer allí. A lo mejor era yo la que no le gustaba, directamente. Habían pasado los minutos necesarios para que hubiera podido ficharme, mirarme de arriba abajo y percibir algo que no le agradara. Y que yo no sabía qué era. Tampoco había dado tiempo a que yo hiciera algo mal. Ni había dicho nada incorrecto o impertinente. Solo me quedaba poder demostrarle que lo iba a hacer bien, aunque no supiese ni por dónde empezar.

Por la esquina del pasillo apareció un perro de tamaño pequeño, que se fue acercando hasta los pies de Catalina. Parecía tan desconfiado como su dueña. Me miraba fijamente, haciéndome saber que era una extraña en un territorio que no me pertenecía.

—¡Qué perrito tan bonito! —me dirigí hacia él, con intención de hacer un amigo.

—Se llama Tara. Es un caniche.

Resultó que tampoco había acertado: era una perra. De repente sentí que todo iba a salir mal, que en el siguiente paso que diese iba a tropezarme o, peor todavía, a hacerla caer a ella. O a chafar al perro. A la perra. Catalina se doblegó y me invitó por fin a pasar al interior, con todo mi temor a estropear la situación.

El salón no era excesivamente grande, al menos para lo que yo me había imaginado viendo desde fuera el edificio. Transmitía oscuridad, quizás porque todas las cortinas estaban corridas y se veía solo a media luz. Parecía que se ocultase de alguien, o que hubiese alguien durmiendo en la habitación de al lado y hubiera que guardar silencio. A lo mejor a ella le transmitía paz, pero lo cierto es que las personas que vivimos en pisos pequeños siempre buscamos la luz, por poca que sea. La luz natural, la de la calle, para conectarnos con lo que hay ahí fuera y olvidarnos de que vivimos en cincuenta metros cuadrados.

En las estanterías pude comprobar que había varias fotos enmarcadas. No logré adivinar a quién retrataban. Aposté que se trataba de ella, por aquello de haber sido actriz. Estaría recogiendo premios o posando en algún rodaje o en fiestas de esas a las que van ellos. Era su casa, al fin y al cabo, así que sí, seguro que era ella la de las fotos, aunque no pudiese detenerme a comparar los rostros.

—Entonces ¿cómo te vas a organizar? —me preguntó con ganas de ir directa al asunto.

—Me dijeron que tenía que venir todas las mañanas. Menos en fin de semana.

—Sí, eso ya lo sé.

—Asearé y limpiaré lo que usted me diga. Y también me dijeron que tendría que hacer algunos recados y cosas del día a día.

Lo haré todo bien.

Le puse la mejor de mis ganas y creo que ella lo captó. Supo que iba a estar a su disposición, que ahí la que mandaba era ella, que estaba en su territorio y que la iba a molestar lo menos posible. Tuve la esperanza de que viendo mi buena intención conseguiría una cordialidad más sincera, alejaría la sensación de que me estaba colando en casa de otra persona, de que para todo tenía que pedir permiso. O perdón.

—Si quieres, puedes empezar por la cocina.

Capítulo 7

Conforme avancé por el pasillo intuí que la casa era grande, pese a que estaba todo demasiado oscuro como para saberlo con certeza. Era un tipo de oscuridad particular, no me producía miedo, pero tampoco tranquilidad. Era esa especie de media luz que dejas a la hora de la siesta, con la persiana bajada. Aunque solo fueran las once de la mañana, sin salir no conseguirías saber nunca qué momento del día era en el exterior de esos muros.

Por un momento pensé que me iba a encontrar a alguien más. Una persona, su marido o quizás otro perro. Alguien iba a girar la esquina desde el final del pasillo e iba a toparse conmigo. Pero no. El silencio que habitaba en toda la casa enseguida me hizo cambiar de idea. Catalina vivía sola. Bueno, con Tara, pero sin nadie más.

—Por ahí. La primera puerta —me indicó mientras seguía mis pasos de manera vigilante.

La cocina era igual de oscura y silenciosa. Tenía una ventana de esas que dan a un patio interior donde no asoma la luz y que sirve para tender la ropa. Ella se había encargado de colocarle dos cortinas que todavía alejaban más el interior de cualquier contacto con el exterior. No llegué a pensar si era bonita, fea, nueva o antigua. La única sensación que tenía era la de estar en un búnker. Como uno que había salido en la tele hacía varios días, donde algunas personas se refugiaban por el aviso de un huracán o algo parecido, en algún lado de Estados Unidos. Una ciudad que nunca había escuchado antes, ni siquiera en las llegadas del aeropuerto. La cuestión era que toda aquella gente se escondía ahí, protegidos de lo que pudiera pasar, con una radio y rodeados de mantas y comida. En eso no se parecía a la cocina. Catalina no debía de tener muchos invitados. Todo estaba ordenado y recogido. O a lo mejor ella misma era una maniática de la limpieza y no dejaba

nada por en medio. Sobre la encimera destacaba un frutero que no estaba vacío salvo por una manzana. Nada más. Una triste manzana en un recipiente demasiado grande, que enseguida me hizo confirmar que nadie más vivía en esa casa.

—Puedes empezar por donde quieras. Yo te ayudaría, pero tengo las manos mal desde hace unos meses. —Gesticuló con un movimiento rápido que apenas me dejó ver sus manos.

—No se preocupe. Para eso estoy yo. Lo único que me tiene que decir es dónde están el estropajo y todas esas cosas.

—¿El qué? —Pareció no entenderme. Quizás le había hablado demasiado rápido.

—Los productos de limpieza.

—¡Ah! Ahí, debajo del fregadero —señaló con desgana.

Si hubiera sido uno de esos concursos de la tarde que veía Juanjo, hubiese acertado que tenía que mirar en el armario de debajo del fregadero y me habría llevado un millón. Siempre están ahí. Aunque no haya limpiado otras casas es algo sobre lo que ni preguntaría, pero tampoco iba a abrirlo como si tuviera confianza. De hecho, me sentía un robot que estaba constantemente esperando a que le diesen órdenes, una por una, hasta en lo más simple. A lo mejor era normal en ese tipo de trabajo, pero estaba acostumbrada a llegar, coger la mopa e ir a mi ritmo. Sin nadie detrás que me observase, salvo los pasajeros que caminaban por el aeropuerto y para los que muchas veces somos prácticamente invisibles.

No conseguía ver bien lo que había dentro del armario. Sí, varios trapos y algunos botes, pero no llegaba a distinguirlos ni a leerlos con claridad.

—¿Puedo encender la luz? —le pregunté todavía de espaldas, intentando descubrir qué había dentro.

—Bueno, sí... —Y apretó el interruptor.

No pareció que le hiciese mucha gracia la idea, como si no entendiese el porqué de mi pregunta. La cocina se iluminó con un fogonazo. Bien vista era más grande de lo que me pareció nada más entrar. Aunque la manzana seguía solitaria en aquel frutero y, salvo un montón de servilletas, nada alteraba el orden del lugar. En

el suelo, pegado a la pared, había un cuenco plateado que supuse que era el comedero de la perra. La nevera parecía bastante nueva y la lavadora demasiado antigua. Y había muchos armarios, por lo menos el doble que en mi cocina.

—Ordénalo un poco, límpialo, pero déjalo todo como está. Cualquier cosa que necesites estaré en el salón. —Señaló hacia la derecha.

—Perfecto, muchas gracias. En cuanto acabe le aviso.

Catalina se dio media vuelta tímidamente, seguida por Tara, que apenas se despegaba de sus pies. Me quedé sola en aquella cocina, que me parecía perfecta en su tamaño. En cuanto escuché sus pasos alejarse volví a agacharme debajo del fregadero. Tampoco había mucha cosa. Un estropajo, algunos paños, lejía y salfumán. Alcancé el Cristasol y un trapo azul. Si iba a seguir aquí un tiempo, necesitaría más productos. Se lo hubiera dicho a ella en aquel mismo momento, pero no me atrevía. Así, de entrada, podía resultarle ofensivo o como si le estuviera dando una orden. Y eso en las mujeres que limpiamos es inadmisible. Hay que tener mucho cuidado en cómo decir las cosas o en cómo pedir algo, para que no parezca mala educación o que estás cambiando las tornas. Decidí no decirle nada, mejor mañana.

Fui abriendo cada uno de los armarios sin saber bien por dónde empezar. Había montañas de platos, de todos los tamaños. Una sopera, cubiertos, servilletas de tela. Parecía tener una vajilla entera que había acabado ahí, mezclada, sin orden ni concierto. En el armario de la esquina se acumulaban ollas y sartenes, cazuelas grandes y pequeñas. También había aparadores que estaban vacíos, sin absolutamente nada. Daba la sensación de que a Catalina le sobraba la mitad de la casa o de que era una mujer a la que no le gustaba acumular ese tipo de cacharros. A lo mejor, por haber sido actriz, no había tenido que cocinar nunca y no estaba acostumbrada. O simplemente no le gustaba.

Para mi sorpresa, el armario de en medio me iba a despejar muchas dudas. Se acumulaban en él botes y latas de conservas, paquetes de arroz y algún tipo de pasta que no conocía. Empecé a sacarlo todo para, así, limpiar su interior. Casi toda aquella comida

estaba caducada. Había incluso un bote de tomate que hasta me parecía antiguo en su envase, de una marca de años atrás que juraría que ya no existía. Salvo el atún, el arroz y alguna cosa más, todo lo demás llevaba meses caducado. En ese momento me planteé decirle algo, advertirle de que todo aquello podía sentarle mal. Pero no, me repetí que era mejor no comentar nada, no me había dado tanta confianza. Mejor mañana, o pasado, si la cosa mejoraba. Quizás Catalina no veía bien, con toda esa oscuridad que ella misma provocaba. O tal vez hacía una de esas compras mensuales, se le acumulaba la comida y ya no sabía ni lo que tenía. A mí nunca me sobraba nada, no había lata que se me pusiera mala, sobre todo cuando Juanjo tenía una de esas temporadas en las que comía por tres. Le pasaba a veces.

Me entretuve limpiando cada uno de los estantes, los cajones y los armarios. Los vaciaba, los arreglaba y vuelta a empezar con el siguiente. Estaban todos sucios, como si nadie hubiese limpiado en el último año; me encontraba en ellos un poco de polvo, un poco de grasa o simplemente restos de comida. El azucarero parecía estar a punto de romperse. Una grieta atravesaba su tapadera casi por completo. Un golpe más y acabaría en la basura. La cubertería era de plata, juraría que sí. Diez cuchillos, diez cucharas y diez tenedores. También cucharillas de café. Los vasos y las tazas estaban desparejados. Decidí que, si me ponía a limpiar, lo haría a fondo. Pero no había caído en la cuenta de que no había lavaplatos. Me resultó extraño. Se trata de un tipo de electrodomésticos muy común, que hasta yo tengo en mi casa. De esos que de verdad te hacen la vida más fácil. Creo que lo compramos al poco de casarnos, ¿o nos lo regaló mi suegra? No lograba entender cómo Catalina tenía toda esa estupenda vajilla y luego le faltaba algo tan básico y esencial para limpiarla. Podía ser que no se aclarase para utilizarla, porque para las personas mayores tantas instrucciones y todos esos botones no son más que un jaleo.

Después de tres horas, dejé cada rincón de la cocina reluciente. Hasta la manzana solitaria dentro del frutero parecía otra. Catalina en ningún momento se acercó a ver lo que estaba

haciendo, aunque hiciese ruido con todo aquello. Me dejó completamente sola, como si no quisiera observar a otra persona tocando sus utensilios. Parecía tener muy claro que deseaba marcar una distancia entre ella y yo, una línea invisible a través de la que apenas tuviéramos que compartir espacio ni cruzar palabras. Casi sentía que me había desterrado a la cocina, fuera de los muros de su castillo.

Cuando terminé, respiré aliviada, inundada por esa sensación del trabajo bien hecho. Incluso ordené la pequeña despensa con todos los envases caducados como si no me hubiera dado cuenta de las fechas. Salí a buscarla. Aunque nos separaban apenas unos metros, el silencio que ella había generado en esas últimas horas los había convertido en kilómetros. La luz de la cocina iluminaba una parte del pasillo y no pude reprimir mis ganas de fisgonear. Las paredes sostenían pinturas clásicas, bodegones, una playa y una mujer sosteniendo un cántaro. No sabía si aquellos cuadros serían tan buenos como la cubertería, si tendrían algún valor, pero me pareció que solo añadían oscuridad a la casa. En ese momento me percaté de que debía apagar la luz de la cocina, como cerrando el telón después de una gloriosa función.

Desde el quicio de la puerta del salón, le avisé de que ya había terminado.

—Muy bien —respondió—. Ya pensaba que no ibas a salir nunca.

Creo que fue el gesto más cercano que me había dedicado en toda la mañana; aunque pareciese borde, me di cuenta de que estaba intentando ser amable. Entonces pensé que igual se refería a salir de su casa, directamente.

—Lo he intentado dejar todo como estaba. En el mismo lugar.

—Pues te lo agradezco. —Se levantó del sofá—. Tendrás que irte ya, ¿no?

Efectivamente, había cumplido las horas acordadas, hasta media mañana, y era el momento de irme. Pero en boca de ella parecía que me estuviese echando, como si le estorbase y deseara quedarse sola en plena oscuridad.

—¿Mañana a la misma hora? —pregunté mientras me

acomodaba el bolso al hombro.

—Sí, muy bien. Aquí estaré —dijo sonriente, mientras me acompañaba hacia la puerta.

Ya en el ascensor comprobé que, por unos minutos, la hora pasaba de las dos. Me pregunté qué habría pasado si hubiera seguido limpiando eternamente, sin salir de la cocina. ¿Habría venido a buscarme o preferiría quedarse alejada sin dirigirme la palabra?

Abajo no estaba el portero. Fuera había dejado de llover.

Capítulo 8

Me quedaban tan solo tres paradas para bajarme del autobús. Entonces caí. ¡Me había olvidado el paraguas! Siempre me pasaba igual, pero ya era demasiado tarde. Sabía que en ese edificio nadie iba a robar un paraguas, y menos uno como el mío. Podría abandonarlo durante dos semanas que no creo que alguien tuviese necesidad de quedárselo. Lo que me preocupaba era la idea que Catalina pudiera hacerse de mí. Pensaría que era una despistada, incapaz de acordarme de mis propias cosas. ¿Cómo podría, entonces, atender las de los demás? Sabía que igual no tenía sentido darle tanta importancia a algo tan simple, pero ella parecía el tipo de persona que se fija en detalles así.

Bajé del autobús y, antes de subir a casa, entré en la panadería. A Juanjo le gustaba comer con pan, la misma costumbre que tenía mi padre, quien todo lo acompañaba con un mendrugo, fuera carne, pescado o sopa. A mí me daba más igual, pero ya que me pillaba de paso aproveché la ocasión. Era una suerte que la parada más cercana me dejara a tres minutos de casa.

Cuando llegué, la situación era la misma que la de todas las noches, pero esta vez a mediodía. Él se encontraba mal recostado en el sillón y con la tele encendida. En ese momento se estaba emitiendo el tiempo, y el parte meteorológico iba acompañado de sus ronquidos. Mi presencia al entrar le despertó de la siesta.

—¿Qué tal ha ido? —me preguntó sin abrir los ojos—. ¿Qué hora es?

—Son casi las tres.

—Joder, me he perdido los deportes —murmuró mientras empezaba a desperezarse.

—Hay un táper de tu madre, con berenjenas rellenas. Voy a calentarlo.

—Yo ya he comido —dijo sin darle importancia.

—Pues te había comprado pan.

—No pasa nada, ya me lo comeré a la noche.

Me fui a la cocina y metí en el microondas los restos que quedaban. Ángeles, mi suegra, tenía la costumbre de venir una vez a la semana a traernos comida. Al principio, cuando estábamos recién casados, he de reconocer que me molestaba. Parecía como si no hubiese dejado a su hijo en buenas manos y tuviese que llegar ella para salvarlo con sus raciones de croquetas, pechugas empanadas y ensaladilla rusa. Pero ahora me daba igual. Hacía bastante tiempo que me daba igual. Con los horarios que tenía, me venía hasta bien. Y si al menos él tuviese alguna vez un mínimo de iniciativa por hacer algo más que un par de huevos fritos, me daría por contenta. Lo de que no me esperase para comer era también algo tan habitual como los táperes de su madre. Pero no podía reprochárselo, el aeropuerto era el culpable de eso. Bueno, no el aeropuerto, sino sus horarios, los cambios de turno y los dos autobuses de ida y vuelta. Nos acostumbramos a comer y cenar uno antes que el otro, y nunca le pusimos remedio.

Podría haberme quedado comiendo en la cocina, pero como la tele estaba en el salón me fui para allá, a ver si por lo menos me enteraba del tiempo que iba a hacer al día siguiente. Sin embargo, cuando llegué, la previsión ya había terminado.

—Dan lluvia otra vez —me indicó Juanjo.

—Vaya. Pues me he dejado el paraguas en la casa de la señora.

—¿Qué señora?

—La de la casa donde he ido a limpiar.

—¿Pero no era una empresa?

—No. Te lo expliqué anoche. Quien me contrata es una asociación, como si fuera una empresa. Pero es para que limpie en casa de una señora.

—¿Y para eso te vas a la agencia de trabajo? ¿Para acabar limpiando la mierda de otros?

—¿Qué pasa? —pregunté sin entender su reproche—. Es lo mismo que en el aeropuerto.

—No es igual. Eso es una empresa, un lugar serio. Pero para acabar limpiando en casa de otros, tú me dirás.

—Pues, mira, Juanjo —resoplé, resuelta a no quedarme callada—, a mí no se me caen los anillos. Es lo que había y punto.

—¿Qué quieres decir? ¿Que a mí sí? ¿A mí sí se me caen los anillos? ¿Eso quieres decir?

No estaba dispuesta a seguir discutiendo, ni tampoco a explicarle otra vez todo el rollo de AISGE y los actores. Además, lo cierto era que ni yo misma lo entendía bien. Igual no había sabido explicárselo la noche anterior. Aunque, bueno, siendo sincera sabía que lo más seguro era que Juanjo no me hubiera escuchado. Me parecía muy bien que él no tuviera intención de trabajar en otra cosa que no fuera su especialidad, pero al final, si dependiésemos solo de lo que cobraba del paro, no íbamos a poder pagar las letras del piso. Ni hacer la compra. La compra. Me acordé en ese mismo momento. No quise preguntarle si la había hecho para no acalorar más la discusión, pero supuse que no. Aprovecharía para ir yo misma al supermercado y, así, coger algunas cosas de las que le faltaban a Catalina. Algún detergente, estropajos nuevos y poco más. Quizás, de ese modo, no tendría en cuenta lo del paraguas.

Habían pasado los minutos suficientes como para que el ambiente recuperara la calma. Di el último bocado mientras de fondo nos acompañaba un culebrón de esos de media tarde. Mi silencio prolongado despertó la curiosidad de Juanjo.

—¿Y lo pagan bien?

—Treinta mil menos que el aeropuerto. Pero es solo media jornada.

—Pues mejor, así tendrás más tiempo para estar en casa. En la nuestra. —Lo dijo con toda la intención de hacerme saber que no le gustaba que trabajara limpiando pisos.

—Además, tengo línea directa con el autobús.

—¿Y la señora es actriz?

—Se supone. No me ha dicho nada de eso. Es que no habla mucho y yo tampoco le he preguntado.

—¿Te pasas medio día en su casa y no sabes nada de ella?

—Sí que sé. Vive con un perro, bueno, una perra. Y lo tiene

todo a oscuras. Parecía casi de noche allí dentro.

—A ver si va a ser un vampiro —intentó con desgana hacerse el gracioso.

—Tiene una cocina enorme. Es por lo menos tres veces el tamaño de la nuestra.

—Pues porque tendrá pasta. Si no a santo de qué.

La conversación se apagó. Me dije que iría al supermercado en cuanto acabase de recoger los platos. Ni siquiera me interesaba el culebrón que estaban echando. Y a Juanjo juraría que tampoco, pero entraba dentro de su dinámica de tragarse todo lo que pusieran hasta quedarse en Babia. A veces miraba lo que fuera sin prestarle atención y se ponía a pensar en sus cosas. Lo sé porque tenía la costumbre de preguntarme de pronto algo que no tenía nada que ver con lo que estuvieran echando en la tele, como si estuviese ausente. Otras veces volvía en sí de repente y cambiaba de canal.

—¿Vas a querer algo del supermercado? —le pregunté mientras me colocaba el abrigo.

—Coge jamón. Y cervezas.

Podría haber ido al súper donde trabajaba Margarita, que era el que más cerca nos pillaba de casa y siempre era garantía de pasar un buen rato. Pero preferí no ir. Más que nada para no tener que estar dando explicaciones del nuevo trabajo con todos los detalles. Había otra tienda un poco más adelante; Margarita no sabía que la usaba cuando no quería cruzarme con ella. Allí compré lo necesario para ir preparada al día siguiente y que Catalina no tuviese ninguna queja de mí. Estropajos, friegasuelos con olor a limón y no recuerdo qué más. Eso sí: el jamón y las cervezas. Cuando llegué a la caja para pagar rebusqué en el bolso sin encontrar el monedero. Por un momento pensé que lo había perdido o que también me lo había dejado en casa de Catalina, por imposible que fuese, como el paraguas. Removí a ciegas todo lo que había dentro, hasta que eché un vistazo para buscarlo mejor. Y ahí estaba, escondido bajo el sobre, el que me había entregado el portero esa misma mañana. Mientras metía la compra dentro de las bolsas no pude evitar pensar en mi segundo despiste: me había ido

de su casa sin darle aquel sobre. Debieron de ser los nervios del primer día, porque a mí no solían ocurrirme esas cosas. De verdad que no. ¿Por qué tuvo que darme el portero aquel sobre si ni tan siquiera me conocía?

De vuelta a casa me estuve lamentando de lo que ya no tenía solución. Bueno, sí que la tenía, pero no sabía cómo afrontarla. No quería darle a entender que era un desastre desde el primer día. Si esto me hubiera ocurrido tres semanas más tarde mis méritos ya hablarían por sí solos y seguramente no le hubiera dado tanta importancia al asunto. Pero ni tan siquiera se fijó en cómo le dejé de perfecta la cocina; no solo no estuvo allí para decírmelo, sino que casi parecía que le daba igual lo que hiciese. Me puse a ensayar en mi cabeza lo que le diría —«Hola, Catalina. Me llevé ayer esto por equivocación»— y me parecía tan simple como estúpido.

Abrí la puerta. El culebrón había terminado o, simplemente, Juanjo habría cambiado de canal. Saludé sin esperar respuesta, pero la hubo.

—Te han llamado de la asociación esa de nombre raro. La de los actores.

—¿Y qué querían? —pregunté, angustiada.

—No lo sé, no me lo han dicho. Pero volverán a llamar.

Seguro que Catalina ya se había quejado, les habría dicho que le había mojado el suelo con el paraguas o alguna cosa así. No se me ocurrían más que absurdidades, pero estaba claro que aquel primer día había pasado de ser un debut a una despedida. ¿O a lo mejor era simplemente un toque de atención? Sea lo que fuera, no me iba a quedar callada. Si me echaban, al menos que también conocieran los modales de ella. Vale que era una extraña, pero ¿yo qué culpa tenía? ¡Si ni siquiera se dignó a enseñarme la casa! Prácticamente me desterró a su cocina como si fuese una apestada. Hasta la perra Tara había sido más simpática que ella. Si ella se ponía de uñas, yo tampoco me iba a quedar atrás.

Vacié las bolsas, intranquila y enfadada. Metí algunas cosas en la nevera y guardé todo lo que había comprado para llevarme mañana a casa de Catalina. Ahora ya no servía de nada. Para qué

quería yo tanto estropajo y tanto bote. Me sentí una estúpida al toparme de bruces con mi buena intención. En ese mismo instante me invadió la curiosidad. Cogí del bolso aquel sobre de la discordia que se había quedado dentro tal y como me lo dio el portero. Era de Luz 2000, la compañía de electricidad. Lo abrí. Total, qué importaba, si ya no iba a regresar más a esa casa. Además, ella había sido una maleducada conmigo, así que yo también podía serlo con ella.

Era la típica factura, pero con fecha de muchos meses atrás. Había otra carta dentro que advertía de un corte de la luz por impago. Nunca había recibido algo así, pero entendí que era un ultimátum. Lo volví a releer una vez más, para estar segura de ello. En ese momento, de pronto, comprendí toda la oscuridad que reinaba en aquella casa.

Capítulo 9

No debí de haber abierto esa carta, lo sé. A los pocos segundos la curiosidad se convirtió en arrepentimiento, como siempre suele ocurrir. Tuve la sensación de estar fisgoneando donde no debía, como si observase a Catalina por un agujero. Empecé a atar cabos de todo lo que había visto horas antes en su casa, esa misma mañana. Todo intacto, como congelado, en mitad de aquella oscuridad casi deprimente. Incluso ella misma, pensándolo bien, parecía estar hibernando en su propio hábitat, conviviendo con las latas y los botes caducados. No me parecía la vida de una actriz, o al menos lo que yo imaginaba que sería la vida de una actriz. Tampoco estaba del todo segura de si ella lo era y fui consciente de que, por muchas cavilaciones que hiciera sobre esa deuda que la perseguía, todavía me faltaban muchas piezas del puzle para entender lo que ocurría.

En la mesa seguían todos los productos de limpieza que me había molestado en comprar para agradarla en mi visita del día siguiente. Y todo mi mérito o buena intención se desplomó con el sobre en mis manos. Si me hubiera acordado de dárselo, jamás lo hubiera abierto. Y si ella hubiese sido conmigo más cercana, menos distante, estoy segura de que no me habría atrevido ni a mirar la carta por fuera. Me pudo la rabia, la sensación de impotencia por saber que se había quejado a la fundación sin darme tan siquiera otra oportunidad. Aun así, era consciente de que todo eran meras justificaciones en mi cabeza frente a una sola realidad: Catalina no se había portado tan mal como para darme una excusa para abrir la carta, ni yo había trabajado tan mal como para que ella se quejase a la fundación. No había vuelta atrás y comencé a asumirlo.

Por un momento estuve a punto de contárselo a Juanjo, pero

enseguida me quité la idea de encima. Solo iba a servir para que me dijese que todo eso me pasaba por ir a limpiar a casa de gente, con lo deshonroso que él lo veía. Lo mejor era no darle muchas explicaciones. Me podía inventar algo sobre la salud de ella, que se había puesto muy mala y ya no tendría que acudir más. Algo que no me dejase en tal mal lugar. Y, luego, a volver a limpiar en cualquier otro lado. Borrón y cuenta nueva.

Sonó el teléfono. Al segundo o tercer tono ya lo había cogido Juanjo; me avisó con un grito de que era para mí. Supe quién era sin ninguna duda, y que tendría que dar una explicación coherente aunque no tuviera ni idea de cuál.

—Buenas tardes, Esther. Mi nombre es Pilar —se presentó una voz acogedora con un tono amable—. Le llamo desde AISGE. Soy quien lleva toda la parte de servicios sociales.

—Sí..., imagino que me llama por lo de Catalina. —Intenté ir directa al asunto, dispuesta a agachar la cabeza.

—Efectivamente. Para puntualizar algunos aspectos.

—Pues yo de verdad que lo he hecho todo con mi mejor intención. No quería ni molestarla ni entorpecerla en nada.

—¿Cómo? Está todo perfecto. No sé si ha habido algún malentendido que desconozco, pero me quería limitar únicamente a presentarme cordialmente.

Me dejó descolocada. Juanjo dejó de prestar atención a lo que echaban por la tele para volver su mirada hacia mí. Mis palabras le habían alertado. Le miré como si nada hubiese sucedido y conseguí salir del paso.

—Ya. Es que como es la primera vez que acudo a limpiar personalmente a casa de alguien, una nunca sabe si va a ser del agrado —justifiqué como pude mis atropelladas explicaciones de unos segundos atrás.

—Comprendo. Mire, nuestra labor se desarrolla desde la más absoluta confidencialidad, sobre todo cuando se trata de casos de cierta precariedad. Nos preocupamos de que no trasciendan. Es parte de nuestra política —me explicó de manera muy pausada, consciente quizás de que todo aquello me era absolutamente novedoso—. Me hubiera gustado poder reunirnos previamente,

explicárselo todo en persona, pero como se incorporó de manera inmediata no he encontrado otra ocasión.

—Sí, bueno, desde la agencia me dijeron que podía empezar a trabajar hoy mismo, por eso fui.

—Y se lo agradezco. Este es un caso excepcional. Activamos nuestros servicios de ayuda cuando recibimos un aviso por parte de terceras personas o el entorno, como en esta ocasión, y a veces es la propia persona quien lo solicita. —Tenía su discurso sobradamente aprendido, pero aun así lo decía con una tremenda naturalidad.

—Pues aquí estoy para lo que necesiten —dije sin tener muy claro a quiénes me estaba refiriendo.

—Con cubrir las tareas domésticas en el horario que se acordó sería suficiente. Lo que sí voy a hacer es dejarle mi número de teléfono para cualquier circunstancia. Apunte.

De pronto fue como si nada hubiese ocurrido. De creerme despedida a darme la bienvenida. Iba a seguir trabajando y Catalina no parecía tener ninguna queja sobre mí. No sé si mi cara reflejaría sorpresa o felicidad, o una mezcla de ambas, pero Juanjo, aunque fuera por un momento, demostró interés en mí. En cuanto colgué, me preguntó qué había pasado. Le quité hierro al asunto para que nada le permitiese adivinar mis falsas suposiciones y le diese pie a recriminarme cualquier cosa.

—Y entonces ¿para qué han llamado?

—Me han explicado las normas del trabajo. Todo bien. —Cambié de tema—. Oye, ¿tenemos pegamento? Del de barra.

Ahora tenía que recomponer aquel sobre como si jamás hubiera sido abierto. Quería que pareciera intacto con la esperanza de que Catalina no se diese cuenta; quizás estuviese mal de la vista y no se percatase de los pequeños detalles. Doblé las hojas en tres franjas, tal y como estaban; las guardé y volví a cerrar el sobre con precisión. Me repetí que nada había ocurrido. Lo mejor que podía decirle era que el portero me lo había dado en ese mismo instante, como si rebobinase en el tiempo. O también podía ser sincera: contarle que se me traspapeló dentro del bolso y me lo llevé sin querer. Pero no me preocupaba tanto la explicación. Lo único en lo

que no podía dejar de pensar era en cómo afrontaría Catalina aquella situación, esa deuda que recibiría de mi propia mano.

Capítulo 10

Al día siguiente me subí al 31 apurada, inquieta tras haber perdido ante mis narices un primer bus y haber tenido que esperar al siguiente. Me esforcé en tranquilizarme, estaba dispuesta a emprender la segunda jornada con otro ánimo, con la esperanza de que todo podía ir a mejor. Durante el trayecto y hasta que no bajé del autobús, estuve pensando en si realmente estaba preparada para un trabajo así. En el aeropuerto no tenía que interactuar con nadie, todos iban con prisa y yo les parecía invisible. En el tanatorio, donde a veces los vivos parecían más muertos que los propios fallecidos, menos todavía. En el supermercado solo tuve que pasar productos, uno tras otro, para acabar dando una cifra, el precio total, junto a una sonrisa y una bolsa. A lo mejor no estaba hecha para hablar con la gente, para tener ese contacto directo que te requiere el meterte en la casa de otra persona y el lograr simpatizar con ella. Me planté frente al portal con una conclusión: «No soy sociable».

Llamé al telefonillo y Catalina abrió sin preguntar quién era, dando por hecho que sería yo. O quizás, simplemente, seguía sin ganas de hablar conmigo. Dentro, el portero se encontraba en su mesa en la misma pose que ayer, quieto como si fuese una figura de escayola y leyendo el periódico. Me dio los buenos días y siguió a lo suyo. Mientras esperaba el ascensor, comenzó a hablarme.

—El tiempo parece que no se aclara. Anteayer despejado, ayer el diluvio universal y hoy ya veremos.

No recuerdo qué le contesté. Como nunca he tenido portero se me hacía raro verlo ahí; parecía un vigilante, pero sin porra ni nada parecido. A tres metros de distancia nos despedimos y me metí en el ascensor. Cuando subí me encontré que mi paraguas seguía ahí, en el mismo sitio en el que lo había dejado, apoyado en

la puerta de Catalina. Seguramente había estado encerrada en casa y ni siquiera lo había visto. Toqué a la puerta y abrió al instante. Me estaba esperando con un saludo y una especie de sonrisa.

—Buenos días. ¿Puedo dejar aquí el bolso y la chaqueta? —pregunté mientras me acercaba al perchero de la entrada.

Pensé en darle la carta, aún sin saber bien qué decirle. Metí la mano en el bolso, la cogí. En ese mismo momento escuché que me decía:

—Has llegado diez minutos tarde.

—Sí. Es que perdí el autobús y el siguiente tardó un poco.

Abrí la mano y solté la carta, dejándola caer dentro del bolso, devolviéndola al sitio donde nunca tendría que haber estado. Pero me pareció obvio que no era el momento de dársela.

—Y te dejaste el paraguas —añadió sin inmutarse, como si mi explicación anterior le hubiese dado igual.

—Ayer no sé qué me ocurrió que tenía la cabeza en otro sitio.

Ella había visto el paraguas y lo había dejado ahí, fuera. No le había importado que alguien pudiera quitármelo. ¿Era una forma de desmarcarse de mí? ¿De decirme que no le importaba? Hasta me dio la sensación de que Tara me miraba desde abajo con desconfianza. Le faltaba gruñir.

—No me dijiste cómo te llamabas.

—Esther. Me llamo Esther Gorostiza.

—Bueno, Esther. Pues, si te parece, pasemos al salón.

Parecía estar dispuesta a romper las barreras, pero sin dejar de ser distante, sin bajar la guardia. ¿Qué habría pasado por su cabeza en las últimas veinticuatro horas? En tan solo unos pasos ya estábamos en aquel gran salón con cortinas largas, donde una vez más reinaba la oscuridad.

—He traído algunos productos de limpieza, de esos que siempre vienen bien.

—Gracias. —Me indicó con un gesto que me sentara en el sofá. Obedecí.

—Estropajos, friegasuelos, algo para el baño...

—Mira, te voy a decir una cosa —me interrumpió sin importarle la retahíla de utensilios—: a mí no me gusta que venga

nadie a mi casa. Nadie que no conozca.

Me dejó cortada. Es muy difícil explicar la sensación de sentirse constantemente en la cuerda floja.

—No es por ti —continuó—: es simplemente que no me gusta. Y quiero que lo sepas. Los de la fundación se empeñaron y ya está hecho. Yo nunca lo pedí.

—No sé qué decirle —murmuré sin terminar de entender toda esa explicación.

—No tienes que decirme nada, no es culpa tuya. Las cosas son así y punto. Tú harás tu trabajo lo mejor posible.

—Eso seguro —le contesté con ganas de agradarle.

Su arrebato de sinceridad me había pillado por sorpresa; sin embargo, a la vez me tranquilizó. No eran las palabras que hubiera deseado escuchar, pero al menos se había dirigido directamente a mí y había roto ese extraño muro que ella misma había creado desde el primer momento. En pocos segundos se había dado a conocer. Catalina era orgullosa y directa, si ella así lo quería. Me hizo un gesto para darme a entender que no tenía nada más que decirme.

—Creo que puedes empezar por aquí mismo. —Señaló el salón—. Me vas a disculpar que no te ayude, pero tengo un dolor en las manos que no me lo permite. —Se alzó, dispuesta a irse—. Sí que te pediría que no cambies mucho las cosas de sitio.

Dudé de si aquel dolor al que se refería era real o simplemente una excusa para no estar conmigo. Le aseguré que dejaría todo tal y como estaba, sin moverlo tan siquiera un centímetro. Me contestó con una sonrisa, lo más parecido a un «así me gusta». Habíamos marcado claramente las posiciones: ella era la señora y yo la asistenta. La línea que nos separaba seguía ahí, aunque un poco más invisible.

—Ah, Esther. Muy bien la cocina —dijo justo antes de salir por la puerta.

Tardé unos segundos en agradecérselo. Quizás dos o tres. No me lo esperaba. Incluso había dicho mi nombre. La perrita caminó detrás de ella y desaparecieron por el pasillo. Me dispuse a abrir las enormes cortinas para que entrase la luz del día; aunque

estuviera medio nublado, no pensaba encender ninguna lámpara después de haber leído aquella carta. Me recogí el pelo, saqué uno de los paños que había traído junto al líquido limpiapolvo y comencé por una mesa de madera señorial, con sus seis sillas todas iguales.

Iba limpiando de manera robótica hasta que llegué a una estantería de cristal repleta de fotos enmarcadas. En todas ellas salía, a veces sola y a veces acompañada, Catalina de joven. Se notaba que era ella. Fui cogiéndolas una a una, aprovechando la ocasión para fijarme detenidamente sin dejar de limpiar. Había, en especial, un retrato precioso en blanco y negro, en el que aparecía con la cabeza ladeada y media sonrisa. Desde luego, me quedó claro que sí que era actriz, o que lo había sido. Una foto así no la tiene cualquiera. Era elegante, distinta. En otra estaba abrazada a dos mujeres; las tres se reían. Juraría que una de ellas era Concha Velasco. Había una foto en la que salía firmando un barril gigante con su nombre mientras muchos señores se apelotonaban alrededor. En otra llevaba un pañuelo en la cabeza y un hombre la abrazaba por detrás. Era ese que hacía tantas películas... Fernando Fernán Gómez, sí, seguro que era él. Había un retrato de ella recogiendo un premio. Otro, de ella con gafas de sol y cargando con un perro que no era Tara. No podía serlo, aquellas imágenes tendrían más de veinte años, mucho más. Reconocía a Catalina por la cara, por sus ojos, pero la mirada no era la misma. Y, aunque no la había visto sonreír lo suficiente como para comparar bien, la sonrisa tampoco. Algo me decía que ya no era esa persona, como si dentro de aquellos marcos se encontrara encapsulada la felicidad. Me transmitían tiempos felices. Y pensé que a ella también, que estaban ahí para recordárselo. O quizás para hacerle más daño y recibir el presente como un bofetón sin manos.

Todavía no había terminado de limpiar los últimos marcos cuando Catalina hizo acto de presencia en el salón. Parecía haberla invocado desde su propio pasado.

—Las fotos déjalas tal y como están —me indicó mientras se sentaba en el sofá.

Se quedó un rato en silencio, pendiente de mí. No quise

cruzarme con su mirada porque sabía que estaba observándome y la situación me resultaba violenta.

—Tuve una asistenta hace ya unos cuantos años. Gabriela se llamaba. La elegí yo.

La última frase parecía ir a mala idea, cargada de intención. Estaba claro que mi lugar ahí era casi por pura imposición y que ella se rebelaba ante eso. A la vez parecía desear un acercamiento, como si hubiera asumido que no tenía más remedio que aceptarme, aunque fuese con resignación.

—¿Dónde vives?

—En La Elipa, al otro lado de la M-30. ¿Lo conoce?

—Sí, un barrio de por allí. —Hizo un aspaviento, señalando a ningún lado en concreto—. Pero creo que no he estado nunca.

—Este es muy bonito, con edificios tan grandes...

—Sí, a mí también me gusta. Antes vivía en uno mejor, hará quince años. Pero este no está mal.

—¿En cuál?

—Cuidado con las piezas esas, que son de cristal. Cristal del bueno.

Comprendí que no quería contestar a mi pregunta. Ella marcaba los tiempos y los espacios. No insistí porque entendí perfectamente el corte. Era su forma de decirme: «Por ahí no vayas. Aquí la que pregunta soy yo». Y lo asumí desde mi lugar, consciente de que quizás Catalina no era más que un animal herido. A fin de cuentas, prefería ese trato al del día anterior, donde reinaba el silencio y la indiferencia.

—¿Y qué edad tienes? —continuó con su cuasi interrogatorio.

—Treinta y siete. Cumplo treinta y ocho en febrero.

—Es una edad muy buena para hacer muchas cosas —sentenció desde su sofá como si se acordase de cuando estuvo en ese mismo momento—. ¿Y estás casada? ¿Tienes hijos?

—No, no tengo. Pero sí estoy casada, desde hace diez años.

—Pues mejor. Eso de que los hijos traen la felicidad es mentira. La felicidad se la busca una misma.

La dejé reflexionar, escuchándola atentamente mientras seguía limpiando. Ya no hizo más preguntas, como si hubiera

saciado su curiosidad o simplemente fuese consciente de que aquello se asemejaba más a un cuestionario laboral que a una conversación distendida.

Después de quitar el polvo pasé a la escoba, y después de la escoba, la fregona. El salón quedó reluciente. Le faltaba tan solo el punto final: volver a cerrar las cortinas.

Capítulo 11

Regresé a casa intentando pensar en una solución que la salvase de esa deuda que la perseguía. Debía haber alguien a quien recurrir, quizás entre toda esa gente que se encontraba en aquellas fotos de tiempos pasados, sonrientes y felices. Aunque a lo mejor ya habían muerto o ya no eran amigos o directamente nunca lo habían sido y todo pertenecía a esa vida superficial propia de su profesión. También podía ser que estuvieran en su misma situación. Pero no lograba entenderlo. ¿No se supone que los actores, las actrices, ganan mucho dinero, llevan una vida diferente? Por un instante pensé en pagar yo misma la deuda, pero en casa lo íbamos a notar: si ya llegábamos justos a fin de mes... Lo que estaba claro era que había pasado una semana y que cualquier día le iban a cortar la luz. Y quizás también me «cortaría» a mí, porque ya se sabe que las desgracias nunca vienen solas.

Cuando llegué esperaba encontrarme la misma situación de siempre. Pero no. Esta vez Juanjo había hecho la comida. Bueno, había calentado algo de lo que su madre nos había dejado preparado en uno de los táperes que quedaban dentro de la nevera y lo había dejado todo apañado encima de la mesa del salón.

—Y esta bienvenida ¿a qué se debe? —le pregunté con sorna y extrañeza al mismo tiempo.

—¿Por qué lo dices? No se debe a nada. Me he levantado un poco más tarde y al final voy a comer a estas horas. Como imaginé que ya ibas a llegar, saqué también lo tuyo.

Era lo que yo llamaba un detalle a medias. Si hubiera tenido hambre, hubiese comido hacía un buen rato. Pero tampoco podía pedirle más. Con algo así, aunque fuera debido a la casualidad, me conformaba. Y los astros se alinearon en algo más: yo tenía ganas de hablar y él de escucharme.

—Ya sí que estoy segura de que esa mujer fue actriz.

—¿Te lo ha dicho ella? —me contestó masticando.

—No, pero lo he visto en fotos. Salía con gente importante, con otros actores... —Intenté acordarme del nombre de alguno, pero no me salió—. Además, si la ves de joven sí que te suena.

—¿Y tanto ha cambiado que ni la reconocías?

—Pues no sé, está mayor. Igual lleva mucho tiempo retirada. Pero sé que esa cara la he visto en alguna película española, de las de antes.

Me daba rabia no tener ninguna referencia, no saberme ningún título, algo que me sirviese para ubicarla mejor, para encontrarle su sitio. Al terminar, ninguno hizo por llevarse las bandejas a la cocina, se quedaron ahí. Me dormí durante un buen rato sin percatarme de lo que estaban poniendo en la televisión. Cuando abrí los ojos, casi una hora después, Juanjo veía impasible un concurso, el de *El Precio Justo*. Con el estruendo que se formaba cada vez que alguien ganaba me fui desperezando. Y ahí, de pronto, encontré la solución para que Catalina afrontara esa deuda martilleante en mi cabeza. Tuve la respuesta justo delante. El presentador, con su dentadura perfecta y una chaqueta en amarillo chillón, empezó a enumerar todo lo que el concursante de turno se podía llevar si acertaba: «Un fabuloso velero para surcar el Mediterráneo. Y eso no es todo, además dispondrá de toda una vajilla completa por cortesía de Mobiliario y Ajuar». ¡La cubertería! ¿Cómo no lo había pensado antes?

—Claro, eso puede ayudar —dije pensando en voz alta.

—¿Qué? —Juanjo se volvió hacia mí—. ¿Qué dices?

—Nada, eso, que seguro que les viene muy bien el premio.

Me miró sin entender nada, sin encontrarle explicación a mi repentina reacción. Aquella cubertería de plata que Catalina mantenía olvidada en un cajón de la cocina era la forma perfecta de sacarle del apuro. Era plata de la buena, de eso estaba segura. ¿Cuántos cuchillos habría que fundir para sacar sesenta mil pesetas? No tenía ni idea.

—Pues el de ayer se llevó un todoterreno —continuó Juanjo, sacándome de mi ensoñación— que valía una pasta.

—¿Y una cubertería? ¿Cuánto puede valer una cubertería? —No pude reprimir la duda.

—¿Una cubertería? —me contestó extrañado. Estaba claro que mi pregunta no le encajaba en la conversación—. Y yo qué sé. Tienes unas cosas, Esther... ¿Quién va a querer una cubertería pudiendo ganar un coche? O una moto, o el viaje...

Me llevé las bandejas mientras seguía ensimismada en mi idea. Me dije que ya le podía dar la carta, y a su vez la solución. Pero enseguida caí en que no, no podía hacer eso porque entonces sabría que había abierto aquel sobre y lo que empezaba a ir bien se torcería. La otra opción era darle la carta y hacer como que no sabía nada, a ver si la leía delante de mí. En ese momento le sugeriría el plan. Pero dudaba mucho que Catalina leyera una carta delante de mí, y mucho menos me mostraría algún sentimiento o me confesaría en qué situación estaba. Otra vez vuelta a empezar. Regresé al salón con dos rodajas de melón, el postre que antes no habíamos llegado a tomar. Me sumergí junto a Juanjo en ese mundo burbujeante de cifras, premios, aplausos y alegrías. Llegué a preguntarme si no sería ese tipo de programas lo que lo tenía amargado, con el carácter avinagrado. Más que nada porque ver todos los días cómo los demás se llevan algo mientras tú te encuentras de brazos cruzados en el sofá a lo mejor te produce una envidia extraña, un reconcomio frustrante. Al fin y al cabo, es tener dinero fácil delante de tus ojos, algo que no se puede dejar de mirar fácilmente. Aunque a mí me alegraba ver el Sorteo del Niño y a todos esos ganadores de la lotería, en plenas navidades, descorchando botellas a grito *pelao*. A nosotros no nos tocaba porque nunca jugábamos, salvo cuando mi suegra nos regalaba algún número.

En los anuncios, Juanjo aprovechó para zapear. En uno de los canales, una voz afirmó: «Mañana a las diez, Concha Velasco en *La noche abierta*».

—Esa estaba en las fotos. La Concha Velasco —exclamé pegando un bote, como si fuera una respuesta premiada con un millón.

—¿Con la actriz? Pues sí que sería alguien importante...

Recordé cada una de las imágenes que había visto en su casa, algunas en poses fabulosas, con mirada seductora, en otras divertida o simplemente en compañía de alguien. Me dio la sensación de que todos aquellos retratos eran en definitiva para ella como esos premios que Juanjo no podía dejar de mirar. Algo que la adormecía y la mantenía viva a la vez. Lo más parecido a lo que un día fue la felicidad.

Acabé el melón y el programa volvió de la publicidad. No sé por qué, pero en ese mismo instante tomé la decisión de que sería yo quien ayudase a Catalina. Mañana mismo me llevaría la cubertería de plata.

Capítulo 12

Pasaron tres días hasta que por fin pude llevar a cabo mi plan. En el primero no me atreví, en el segundo me quité la idea de la cabeza y en el tercero me lancé. Además, necesitaba un pretexto para volver a la cocina, y no fue hasta la tercera jornada cuando comencé de nuevo la ronda desde el principio. Cocina, baños, dormitorios, ventanas, salita y salón. Conforme iba cambiando de estancia también iba cambiando la actitud de Catalina. Parecía como si su indiferencia se fuera diluyendo: seguía manteniendo las distancias, pero era poco a poco más amable. Bueno, quizás «amable» no era la palabra adecuada, sino «comunicativa»... o puede que «resignada» a tener que aguantar mi presencia con la mejor de sus ganas. Continuaba haciéndome preguntas mundanas acerca de mi vida y eludiendo las mías acerca de la suya. Yo estaba realmente deseosa de saber más sobre ella, de acercarme a su pasado y a ese presente que tanto me intrigaba. Pero era imposible, ella marcaba los tiempos. Si de pronto había algo de lo que no quería hablar, se hacía la loca, fingía que no me había escuchado y cambiaba de tema con toda naturalidad. Lo hacía con un descaro asombroso, propio de alguien que sabía actuar. Digo esto porque yo no he sabido actuar nunca: miento mal y disimulo fatal. Siempre me ha resultado difícil llevarme una conversación a mi terreno, dominar la situación. Incluso me callo por no discutir.

El día de mi vuelta a la cocina, el día del plan, Catalina también llevaba a cabo su interrogatorio habitual.

—Y antes ¿dónde trabajabas? —me preguntó mientras se dedicaba a doblar servilletas de tela.

—En Barajas, en el aeropuerto, limpiando.

—Qué curioso... —No supe distinguir si lo decía con extrañeza o con cierto desprecio—. Claro, alguien tiene que limpiar

los aeropuertos.

—La verdad que era entretenido —le expliqué sin dejar de frotar—. Todos los días podía ocurrir algo y la gente no estorbaba nada, pasaban por mi lado sin buscar conversación, a su rollo.

Levantó la mirada, sintiéndose aludida. No había sido mi intención. Intenté recular, ponerle solución, pero no sé si me creyó.

—No lo digo por usted, ¿eh? Para nada. Me refiero a que había mucho paso de gente, a que todos los días cruzaban por allí cientos de personas, miles, y, menos algún despistado, nadie decía nada. Éramos invisibles.

—¿Éramos? —se interesó.

—Sí, yo y las demás compañeras.

No entendí su duda, era como si viviese en otra dimensión. ¿Se pensaba acaso que era yo la única encargada de limpiar todo un aeropuerto?

—¿Las echas de menos?

—A veces sí, aunque como ya he cambiado de trabajo tantas veces me he acostumbrado a no extrañar a nadie. A nadie que no sea mi familia, quiero decir.

—Mejor. Te puedes pasar la vida echando de menos a alguien para quien luego ni siquiera existes.

—Me hacía gracia cuando se juntaban dos que eran muy distintas —seguí contándole—. Siempre discutían por lo que fuera. Que si las horas, el jefe, la política... Yo como no entiendo de eso pues no me metía.

—Hay que saber de política —sentenció—. Estamos en sus manos, ¿no? Aunque luego todos sean iguales, haciendo promesas que no van a cumplir.

—Supongo...

En ese momento se levantó, dejando el montón de servilletas a un lado de la mesa, dispuesta a no continuar la conversación. Dijo que se iba un rato a leer al salón. Y, como siempre, Tara siguió sus pasos. Por fin me encontraba sola. Fui a abrir el cajón, pero enseguida decidí que lo mejor era acabar primero de limpiarlo todo, lo antes posible. Tan solo era cuestión de un repaso por encima; terminaría rápido y luego me haría con la cubertería.

Tenía la sensación de estar robando..., pero no era exactamente eso, ¿no?, porque, a fin de cuentas, no era para mí, sino para ayudarla a ella.

Apuré hasta el último minuto antes de salir de la cocina. Al abrir el cajón me asaltó la duda. ¿Cuántos cubiertos debía coger para conseguir sesenta mil pesetas? No tenía ni idea del valor de la plata. Tampoco sabía qué coger exactamente. ¿Cucharas? ¿Cuchillos? Finalmente opté por dos tenedores, cuatro cucharas, cuatro cuchillos y dos cucharitas de café. No pretendía desparejar el lote, pero intuí que las cucharas y los cuchillos debían pesar más. Cuando ya tenía en mi mano los doce cubiertos, me di cuenta de que había dejado el bolso en el perchero del recibidor nada más entrar. Así que guardé el botín en su sitio de nuevo y me dirigí a la entrada, con la esperanza de no cruzarme con ella. El salón se encontraba pegado al recibidor, separado por una puerta de madera y cristal que siempre estaba abierta. Desde el quicio pude observar a Catalina sentada en uno de los sillones, con un libro en sus manos. Debió de oírme, porque levantó la mirada.

—Voy a ver si encuentro el líquido de las lentillas, que hay una que me molesta —mentí como pude, nerviosa.

Catalina asintió con la cabeza sin mediar palabra y continuó leyendo. Desaparecí casi de puntillas. Debería haber actuado con más naturalidad, pero el corazón me iba muy deprisa. Era la primera vez en mi vida que hacía algo así, algo que no debería estar haciendo y de lo que sabía que podía arrepentirme después. Pero el impulso me movía, y también el haber estado meditándolo casi tres días con la certeza de haber tenido una idea brillante. Si ella no se enteraba, sería como si nunca hubiera pasado.

Envolví los cubiertos en un papel absorbente que parecía llevar allí una vida entera. Por si acaso, más que nada para que no hicieran ruido con el movimiento del bolso. Misión cumplida. Atravesé el pasillo, dispuesta a despedirme de una nueva jornada. Mientras me colocaba el abrigo, Catalina se me acercó.

—Te quería pedir algo.

—Claro, dígame. —De pronto, me pregunté si me iría a pedir dinero o, peor aún, que dejase de venir.

—Como ya estás arreglada y te vas siempre a esta hora, ¿podrías subirme el menú del bar de la esquina? —dijo mientras comenzaba a rebuscar en un monedero, sin esperar mi respuesta.

—Claro que sí. Ahora mismo.

—El menú con primero y segundo. Pero no el del bar de abajo, sino el de la esquina, el de Eugenio. Si dices que es para mí, ellos ya saben qué ponerme.

Me sonrió levemente mientras me daba unas cuantas monedas. Parecía cada vez más dispuesta a romper esa línea de fuego y otorgarme algo más de confianza. Me gustó.

Capítulo 13

Aquella misma tarde había quedado con Margarita, cumpliendo nuestra clásica reunión semanal, en el mismo sitio de siempre. Tuve el tiempo justo para llegar a casa, comer, poner un poco de orden y volver a salir. Por supuesto, guardé los cubiertos en uno de los cajones de mi cocina. No era plan de llevarlos encima todo el día, además de que eso me provocaba una sensación extraña, de estar haciendo algo malo. Y lo que menos deseaba era arrepentirme.

Llegué puntual. Ella tardó cinco minutos más.

—Hija, es que no encontraba los pendientes que quería —se disculpó aludiendo a su manía de ir siempre perfectamente conjuntada—. ¿Te has hecho algo en el pelo?

—No. Será por la lluvia, que me lo deja así de rizado.

Tuve claro enseguida de que aquel no iba a ser uno más de nuestros encuentros. Quería aprovechar esa sabiduría especial de Margarita para las cosas de la vida y que me guiase sin percatarse. Yo misma fui la que, con toda la intención le dije de quedar.

—Bueno, ¿y qué es lo que me comentaste por teléfono que me querías decir? No me digas que ha pasado algo en la casa en la que limpias...

—No, no, qué va; no va por ahí. Es Juanjo, que me tiene preocupada.

—No me extraña. Aunque te digo una cosa; al final donde mejor puede estar un marido es en casa, sin moverse.

—Como está sin trabajar, se le ha ocurrido vender una cubertería que tenemos. Una que no usamos.

—¿La cubertería? ¿Para qué?

—Mujer, para ir tirando. Que yo sola no puedo con todo.

—¿Y qué vais a sacar con eso?

—Bueno, es que es de plata.

Creo que era la primera vez que le mentía a mi amiga. Me sorprendí a mí misma: en general no sé mentir, no tengo ocurrencias para salir del paso, pero esta vez me estaba saliendo bien, casi como si lo hubiera ensayado. Quizás se debía a que necesitaba de verdad que Margarita me alumbrase el camino, ella que tenía soluciones para todo.

—Si es plata de la buena os pueden dar un buen pico —dijo afirmando con la cabeza.

—Pues eso espero, pero es que no sé ni a dónde ir. Y claro, de esto mi suegra no puede enterarse, menudo disgusto se llevaría.

—Entonces no vayas por aquí ni cerca del barrio. La mejor es una tienda de compraventa que hay detrás de la Puerta del Sol, en una bocacalle que lleva hasta Plaza Mayor.

—Pues a ver si mañana puedo acercarme. Es que ya sabes cómo es Juanjo, no hay quien le quite una idea de la cabeza. —Simulé cierto apuro.

—Yo nunca he tenido que vender nada, gracias a Dios. Pero una prima de mi padre sí. El marido se enganchó al bingo y luego a las maquinitas esas, y se arruinaron completamente. Claro, no llegaba el pan a casa, y la prima de mi padre no tuvo más remedio...

Margarita continuó contando con empeño aquel drama familiar en el que parecía recrearse, mientras yo me dedicaba a planear cuándo acudiría a aquel lugar en el que compraban oro, plata y todo aquello que brillase. Lo que no podía ni imaginarme era que mi plan iba a cerrarse de la manera más perfecta e imprevista posible.

—Oye, ¿y qué tal en la casa? —preguntó con verdadero interés.

—¿Qué casa? —Me pilló absorta.

—Mujer, ¡qué casa va a ser! Donde estás limpiando. No va a ser la mía.

—¡Ah, claro! Pues muy bien. Es una casa grande, muy aparente. Y la señora es actriz; bueno, lo era. Me suena de algo, pero no consigo ubicarla.

—¿Cómo se llama?

—Catalina Muñoz.

—¡Claro! De las películas de antes. —Ante mi extrañeza, insistió—: Sí, mujer, de hace muchos años.

Mi amistad con Margarita cobró un sentido mayor en ese momento, después de tantos años enfrascadas en conversaciones absurdas. Me había guiado hasta el lugar donde debía acudir con los cubiertos, y además había reconocido a Catalina solo por el nombre, ayudándome a descubrir a la que para mí era casi una desconocida.

—Que siempre hacía de contestona, así como enfadada —continuaba mi amiga—. Que salía mucho en las películas del hombre este del bigote... José Luis López Vázquez.

—Me quiere sonar —le dije, dispuesta a que me siguiese iluminando.

—Sí, a ver, que era muy graciosa, así menudita. Lo que pasa que hace mucho que no se la ve. Vamos, yo ya ni me acordaba de ella. Porque la has nombrado tú. ¿Qué edad tiene?

—Pues debe de tener casi setenta.

—¿Setenta? Y más también. Si tendrá hasta películas en blanco y negro. Me acuerdo que salía en esa..., la que era de risa, de un atraco a un banco que lo hacían los propios empleados. Que, por cierto, no te he contado. El otro día, mientras estaba reponiendo, entró en el supermercado un tío con una navaja para atracar a Juani, la cajera. ¿Te acuerdas de Juani?

Margarita, en su línea habitual, derivó el tema hacia algo personal. Me contó lo del atraco por lo menos durante cinco minutos más. La escuché todo lo atenta que pude, contenta por lo útil que había sido nuestra cita.

Poco después de que yo regresara a casa, Juanjo subió del bar. Solía acudir algunas tardes, cuando se hartaba de la tele. Entró en la cocina mientras preparaba la cena.

—Hay que comprar cervezas —dijo mientras sostenía en la mano la última lata.

—Podrías haber ido tú, ya que has salido —le reproché.

—Sí, pero se me olvidó. A ti te pilla más de paso, de camino

para acá.

—¿Y te vas a beber ahora otra? Porque imagino que abajo ya habrás tomado...

—No, si te parece me voy a beber un zumo de piña.

—Bueno, déjalo, Juanjo, no quiero discutir.

—Yo tampoco. —Tras un par de buches, señaló el cajón—. Oye, ¿y esos cubiertos?

—¿Los cubiertos? —Me pilló sin reflejos y no supe mentir—. Son de la señora a la que voy a limpiar.

Lo había descubierto no sé cuándo. Imagino que buscando algo mientras yo estaba fuera. No tuve más remedio que contarle todo: que a Catalina le había llegado una deuda y que me daba pena dejarla en esa situación. Le conté todo mi plan. No fue nada comprensivo. Me advirtió de que no debía haberlos cogido y que iba a acabar en un lío. Me dijo que estaba loca, que quién me mandaba meterme en ese jaleo. Y puede que tuviese razón, pero también era la primera vez que sentía una responsabilidad que, aunque yo misma hubiera creado la situación, me daba la adrenalina suficiente para no querer volver a la monotonía que caracterizaba mi vida.

Nos pusimos a cenar, dando el tema por zanjado y viendo la misma teleserie de todos los martes. Hasta pasados dos días no acudí a la tienda de compraventa. Y todo salió mejor de lo que esperaba.

Capítulo 14

Por los doce cubiertos me dieron setenta mil pesetas, diez mil más de lo que necesitaba. Bueno, yo no, Catalina. No fui rápida para quedarme solo con el dinero necesario y devolver los cubiertos sobrantes. No se me ocurrió, imagino que por los nervios. Así que me quedé con un dinero de más que ahora tendría que entregarle sin saber cómo. Quizás tenía razón Juanjo: me iba a acabar metiendo en un lío.

Al día siguiente acudí a las oficinas de la empresa eléctrica a saldar aquella deuda ajena con la que estaba implicada de la manera más consciente posible. No me pusieron ningún problema. Especifiqué que no era la propietaria y alegué que Catalina se encontraba hospitalizada, de manera que le era imposible acudir y me había encomendado personalmente aquella misión. Me estaba acostumbrando a mentir como nunca antes lo había hecho. Y parecía ser que resultaba creíble.

De vuelta a mi jornada laboral estuve dándole vueltas a cómo devolverle esos veinte mil sobrantes. Bajé del autobús sin llegar a ninguna idea, confiando en que en algún momento algo se me ocurriría, como venía siendo habitual desde hacía una semana. Como siempre, toqué el timbre, ella me abrió y saludé al portero, que parecía haberse habituado a mi presencia y a narrarme la climatología del día en cuestión. Esta vez la puerta de su casa estaba entornada, esperando mi llegada. Y ella detrás.

—No hace falta que llames desde abajo, ya sé que eres tú. A estas horas no espero ninguna visita.

Era el modo que tenía Catalina de decirme buenos días. No solo me estaba acostumbrando a mentir, sino también a eso, a sus ásperas palabras. Lo único que pensé tras su saludo era en si realmente recibiría visitas a otras horas, tal y como había dado a

entender. ¿Acudiría alguien por la tarde o por la noche? Nunca me lo había planteado.

Barrí toda la casa. Limpié cristales y ventanas, que habían sufrido las consecuencias de la lluvia de los últimos días. En una de las esquinas de la salita, encima de una pequeña mesa, tenía amontonados varios libros y otra foto enmarcada de aquellos tiempos pasados. Me llamó la atención porque enseguida ubiqué a su acompañante. A él sí lo conocía perfectamente: era el mismísimo John Wayne, que tanto le gustaba a mi padre. «For Catalina, kisses, John Wayne», rezaba la dedicatoria. Me quedé algo estupefacta; debí de observar la foto durante varios segundos, porque ella se percató de mi curiosidad. Y no dudó en alimentarla.

—Es John Wayne —afirmó mientras yo volvía a dejar el marco en su lugar, sintiéndome descubierta.

—¿Trabajaron juntos? —me atreví a preguntar.

—No, qué va. Es de cuando vino aquí, a Madrid. Estaban rodando una película... ¿Cómo se llamaba? —Pensó durante un par de segundos—. *El fabuloso mundo del circo*, eso.

—No la conozco. Mi padre seguro que sí —contesté, nostálgica—. Era un gran admirador de John Wayne.

—¿Era? ¿Es que ya no le gusta?

—No, es que está muerto.

—Pues mira, ya tiene algo en común con John Wayne.

Su respuesta me dejó aturdida. No entendí si aquello nacía de su bordería habitual o si quería complacerme. Me faltaban todavía muchas horas para pillarle el punto a Catalina. Mi reacción se limitó a seguir limpiando el ventanal, sin saber qué decir. Pasados unos segundos, ella continuó hablando:

—Montaron todo un decorado en el parque del Retiro. Lo propio de aquellas producciones a lo grande. A veces, cuando acababan, acudían al Florida Park, que les pillaba al lado. Y ahí nos encontrábamos todos.

Me limité a contestar un «Qué interesante», sin intención de que resultase un tópico. No sé si me gustaba más la historia en sí o la idea de que Catalina tuviese ganas de hablar. Porque no cabía duda alguna de que estaba deseosa de ser escuchada, así que yo me

limitaba a darle monosílabos por respuesta para que siguiera explayándose.

—Era simpático; yo creo que le gusté. Bueno, le gustaban todas. Aunque lo peor fue lo de Rita...

—¿Rita?

—Sí. Rita Hayworth. ¿No has visto *Gilda*?

Aquello estaba pasando de ser un monólogo a un examen. Me di cuenta de que mi sabiduría en torno al cine era muy limitada. Por supuesto que había visto *Gilda*, o por lo menos sabía todo eso de la escena del guante y el tortazo, pero normalmente no tenía en mente nada de aquel mundo. Puede que hubieran pasado dos años desde la última vez que había ido al cine, para ver *Titanic* o alguna de esas. Juanjo tampoco me lo sugería nunca, por lo que nos limitábamos a ver lo que echaban por la tele, si antes no me quedaba dormida.

—Ella también actuaba en aquella película. —Ante mi silencio, Catalina continuó hablando—. Y había otra, una italiana de la que ahora no me acuerdo.

—¿Sofía Loren? —contesté, intentando demostrar que algo sabía.

—No, Sofía Loren no. Otra así, de esas guapas. Ya me acordaré.

No sugerí ningún nombre más, hasta ahí llegaba mi conocimiento de actrices italianas. Para entonces, Catalina había logrado atraparme con su historia y le daba la espalda al cristal, fuera de mis labores, escuchándola atentamente.

—Le daba por beber —dijo refiriéndose a Rita—. En ese momento no era tan normal que las mujeres bebieran. Alcohol, me refiero —puntualizó como si yo fuera tonta.

—Ya, me imagino.

—Luego, con los años, se puso peor. En aquel rodaje, por lo visto, tenían que administrarle el dinero, porque, si no, era capaz de pedir una copa tras otra. Y dicen que rebuscaba hasta en los cajones.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace mucho tiempo. De todo hace ya mucho tiempo.

Y con aquella respuesta decidió cortar la conversación y darse media vuelta. El cuento terminó en el mismo instante en el que pareció ser consciente de semejante viaje al pasado. Me dejó allí sola, con el trapo en la mano, y continué fregando mientras intentaba imaginar todo lo que me había contado. ¿Cómo sería John Wayne en las distancias cortas? Me di cuenta de que nunca había estado en el Florida Park, y me pregunté si, incluso a lo mejor sin saberlo, habría visto aquella película en alguna de las muchas veces en las que mi padre se entregaba al televisor a contemplar a uno de sus ídolos del cine del Oeste. Recreándome en todo aquello, mi imaginación vagó hasta Rita Hayworth rebuscando en los cajones. Y entonces caí en la cuenta. Podía esconder las diez mil pesetas en un cajón cualquiera para que Catalina se las encontrase por casualidad, como si formase parte de un despiste suyo.

Dejé inmediatamente de fantasear con las anécdotas que me había contado y, sin parar de limpiar, comencé a darle vueltas a la idea de dónde podía dejar el dinero. Eso era lo bueno de mi trabajo, que me permitía pensar en otras cosas sin tener por ello que parar de limpiar. Descarté los cajones del dormitorio y los del cuarto de baño; a fin de cuentas, seguro que eran los que más utilizaba y le resultaría extraño. La cocina también: nadie va dejando dinero entre los vasos o los botes de especias. Lo mejor era esconderlo allí mismo, en la salita. Estaba llena de recovecos y tenía una cómoda repleta de estantes y cajones pequeñitos: era el lugar ideal. En cuanto pude, me acerqué a mi bolso y saqué las diez mil pesetas, todo en billetes de cinco. Abrí sigilosamente uno de los cajoncitos del mueble, se trataba de uno de esos huecos en los que vas dejando todo lo que no sabes dónde guardar. Escondí el dinero ahí, entre cajas de cerillas y algún pendiente desparejado. Justo en el instante en el que cerré el cajón, escuché su voz a mis espaldas.

—He pensado que podrías hacer como el otro día...

Di un sobresalto. Pensé que me había pillado. Me di la vuelta enseguida y ni siquiera recuerdo si fui capaz de disimular.

—¿Te he asustado?

—Sí, bueno, es que estaba pensando en mis cosas y no me lo esperaba —contesté con el corazón acelerado.

—Pues me temo que mientras estés aquí solo podré ser yo quien te dirija la palabra. Porque fantasmas no hay.

Sonreí ante su ocurrencia. Para tranquilizarme, me dije que no estaba haciendo nada malo: le estaba dejando un dinero que le pertenecía. Aunque, claro, no tenía manera de justificarlo. O sí, contándole la verdad.

—Decía que, ya que bajas, acudas de nuevo al bar de Eugenio —me alargó unas monedas— como el otro día.

—Sí, claro. Le traigo el menú.

Me puse el abrigo, me solté el pelo y me encaminé hacia la puerta.

—Claudia Cardinale —dijo a mis espaldas.

—¿Cómo? —Me giré, sin entender nada.

—La otra actriz, la italiana, era Claudia Cardinale.

Capítulo 15

Pasaron por lo menos siete días hasta que Catalina se percató del dinero que había en el cajón. Lo sé porque cada uno de esos días me dediqué a comprobarlo, de manera furtiva para no ser pillada, deseando incluso dejarle alguna pista más que le llevase hasta ahí. Fue solo cuestión de tiempo. No me dijo nada, nunca mostró ningún tipo de sorpresa. Las diez mil pesetas sobrantes irían a parar a su bolsillo, directamente. Me quedé mucho más tranquila.

Durante un poco más de esa semana todo siguió tal y como estaba. Me acostumbré a ver aquellas fotos del pasado, a repetir el mismo orden en cada una de las habitaciones. Catalina cada vez me preguntaba menos cosas acerca de mi vida, como si ya hubiese saciado su curiosidad. O seguramente era que ya me había ganado su confianza. Debía de ser eso, porque fue por uno de esos días cuando me encomendó una nueva faena: pasear a Tara.

—Hace mucho tiempo que no sale —me explicó tratando de convencerme, aunque no le hiciera falta—. Ella se conforma y lo hace todo en su cajita, pero yo apenas piso la calle. Tú podrías aprovechar para sacarla...

Nunca había paseado un perro, y mucho menos el perro de una actriz. Bueno, la perra. Tras un par de paseos, tuve la sensación de que incluso Tara se había acostumbrado a mí y yo a ella. Parecía alegrarse cuando llegaba el momento de salir, aunque imagino que no sería por mi compañía, sino más bien por ver la luz del sol y descubrir nuevos horizontes, aunque fuesen de cemento y hormigón. No tardábamos más de quince minutos, lo que venía siendo dar la vuelta a la manzana parándonos en cada seto o arbolito. Fue también por entonces cuando Catalina me contó que padecía de artrosis, de ahí todo aquello de que le dolían las manos y los dedos. No tenía necesidad de darme ninguna explicación para

no ayudarme, pero lo hizo, seguramente por esa misma confianza forzada o indirecta que habíamos ido adquiriendo desde hacía casi un mes que entré por aquella puerta.

Se convirtió en rutinario que los últimos quince minutos los dedicase a ir al bar de la esquina para comprarle el menú del día y subírselo. Ya ni tan siquiera tenía que pedírmelo, me indicaba que me había dejado el dinero encima de la mesa o sencillamente me lo daba en mano, sin decir mucho más. Así que aquel día, después de pasear a Tara, acudí al bar de Eugenio, que estaba más lleno que de costumbre, imagino que por ser viernes.

Esperé sentada junto a la barra a que prepararan el pedido, como cada día. Eran tres camareros, a veces cuatro. No sabía quién era concretamente el tal Eugenio, pero bastaba decir el nombre de Catalina para que todos supieran lo que tenían que hacer. Mientras observaba el trajín, la que atendía la barra se animó a darme conversación.

—A ver cuándo baja un día a vernos... Díselo. Que desde que te tiene a ti, no le vemos el pelo.

—Se lo diré. Yo creo que es el invierno, que le quita las ganas —contesté sin imaginar que mi suposición iba a desencadenar algo más.

—Le va por rachas. Pero ya me dirás tú qué hace ahí la mujer todo el día encerrada con la perrita —suspiró sin parar de trabajar —. Antes todavía venía la sobrina y daban alguna vuelta, pero ya ni eso. Tampoco es tan mayor, pero, claro, en su situación pues ya sabes. Aquí se coge el menú, con el primer plato para la comida y el segundo se lo guarda para la cena.

Me quedé estupefacta ante su confesión. ¿Cómo sabría aquello? No me imaginaba a Catalina contando sus miserias o sus planes de ahorro. Después de hacerme partícipe de tal intimidad, la camarera continuó como si nada.

—¿Quién había pedido un cortado? —le preguntó a un compañero. Luego volvió a dirigirse a mí—: Aquí tienes lo tuyo, guapa. Ale, y díselo, que a ver si la vemos.

Me fui pensativa, bolsa en mano, hasta llegar al portal. Desde luego, era un buen método: dividir un menú para alargarlo todo el

día... Nunca se me habría ocurrido. Pero la verdadera sensación que tuve era que aquella idea no debía de ser por gusto, ni siquiera por dieta, sino más bien el resultado de una mala situación económica. Todas mis sospechas volvían a hacerse realidad, aunque aparentemente ella no lo aparentase. No sabía cuánto tiempo llevaría en ese bache, ni cuántas estrategias más tendría para hacerle frente, pero estaba claro que esa era la Catalina que me había tocado conocer: la alejada de los focos y de las películas del pasado. Una mujer que, salvo por una cubertería de plata, algún abrigo de piel y un montón de fotos bonitas, tampoco se diferenciaba tanto de mí misma.

Le entregué la comida, una vez más sin atravesar la puerta. No podía quitarme de la cabeza la indiscreción de la camarera. Nos despedimos hasta el lunes siguiente.

Cuando llegué a casa, Juanjo no me esperaba para comer. Se había adelantado, para no faltar a su costumbre. Nuestra escasa convivencia incluía también algunas discusiones, aunque la que tendríamos aquel fin de semana sería algo más fuerte. Me dio por contarle lo que me pasaba por la cabeza, sin haber previsto su reacción.

—Pues lo de dividirse el menú, para el día y la noche, tampoco es tan mala idea —comenté después de haberle contado el plan de Catalina, mientras pelaba patatas sentada en el salón.

—Esa cualquier día no te abre la puerta y te deja de pagar —replicó.

—Te lo he explicado mil veces, Juanjo: que no es ella quien me tiene que pagar.

—Da igual, al final te has quedado para hacer los recados de una tía que no sabe ni apañarse sola. —Parecía retarme con cada una de sus respuestas.

—Bueno, yo por lo menos hago algo...

—¿Qué pasa, que yo no hago nada? —Subió el tono de voz—. ¿Eh? ¿Es eso lo que quieres decir?

—No grites, haz el favor.

—Pues sí, grito, porque es mi casa, ¿o me vas a decir lo que tengo que hacer en mi casa? —vociferó mientras tiraba de un golpe

al suelo el plato que tenía sobre mis piernas.

La cerámica se rompió, y yo un poco también. Le dije lo típico, que no quería discutir. Cuando bebía de más siempre pasaba lo mismo. Hiciese lo que hiciese, todo estaba mal, aunque desde que había comenzado a trabajar en casa de Catalina estaba aún más irascible. No era la primera vez que mostraba su disgusto por el hecho de que limpiase la casa de otra persona y enseguida dejaba claro que le parecía humillante o indecente. «Si tiene porquería que se la limpie ella», solía decir. Podría hacerle miles de reproches, pero no, nunca llegaban a ningún lado y siempre acababa ganando él. Una vez más, me refugié en el dormitorio buscando un remanso de paz. Un escondite al descubierto que siempre me servía para huir del conflicto, para alejarme al otro lado de la casa sin apenas hacer ruido. Abandonaba lo que estuviera haciendo y me tumbaba sobre la cama. Y fue precisamente en ese momento, ahí tumbada, cuando me acordé de Catalina y todas esas veces que se marchaba a otra habitación. Entendí entonces que no solo huía de mí, sino también del presente, alejándose hasta de su sombra si era necesario. Éramos distintas, pero vivíamos en realidades similares.

Capítulo 16

Llegó el lunes y con él mi deseo irrefrenable de ir a trabajar. Digamos que nunca me había supuesto un suplicio fuese cual fuese el trabajo, menos lo de aquella centralita de teléfonos. Pero esta vez iba todavía con más ganas, consciente de que la propia Catalina despertaba en mí una curiosidad que no recordaba haber sentido antes. Cada día podía ser diferente, incluso el más aparentemente anodino. No sabía con qué batallita me encontraría, qué reproche me soltaría o qué otras muchas cosas podrían suceder dentro de una casa en la que a simple vista parecía no ocurrir nada. Pero sí, era tan solo cuestión de fijarse en cada detalle, en cada rincón, en cada foto. Hasta las palabras de Catalina y el cómo las decía daban mucho a entender. O quizás yo me había acostumbrado a todas esas minucias y sabía descubrir su interés. Me motivaban. Y, a decir verdad, también deseaba salir de mi propia casa.

Cuando llegué, ya sin la costumbre de llamar al timbre de abajo, el portero se levantó de su asiento nada más verme. Juraría que nunca antes había hecho algo así, acompañado además de cierto aspaviento, como si fuera a atravesar la mesa que tenía delante y que lo convertía cada mañana a mi vista en un hombre sin piernas. Pero su intención no era saludarme sin más. Enseguida me dio un sobre. Otro sobre. Con destino a Catalina. No recuerdo ni qué le contesté. No enmudecí, pero mi cabeza empezó a temerse lo peor.

Creo que supe disimular hasta que llegó el ascensor. Una vez dentro, me apresuré a leer el remite de la carta. Respiré aliviada. Teatro de La Latina. No me sentía capaz de repetir la peripecia de dos semanas atrás. Incluso intentaba olvidarla, consciente de que no había hecho nada malo, pero también sabiendo que me dejé

llevar por la inconsciencia y las ganas de retarme a mí misma. Me esforzaba en repetirme que aquello nunca había pasado.

Aquel día tocaba cuartos de baño, el grande y el pequeño. Ella al pequeño lo llamaba el aseo «de invitados». También iba a aprovechar para pasar la aspiradora y limpiar la salita. Le entregué aquel sobre fingiendo que ni me había fijado en él. Miró el remite, hizo un gesto de extrañeza y después se recompuso, sin darle mayor importancia, como si no fuese para ella.

Se pasó la mañana viendo la televisión a ratos y levantándose de vez en cuando. En uno de esos momentos aproveché para dirigirle la palabra:

—No sé si hoy me dará tiempo a terminar con las alfombras.

—¿Qué? —Me indicó con un gesto que no podía oírme. En ese momento me percaté de que debía apagar la aspiradora.

—Perdón. Decía que no sé si hoy llegaré a terminar las alfombras, por si quiere que baje a Tara y luego al bar de Eugenio.

Se quedó pensativa, dándole muchas vueltas a algo que a mí me parecía muy simple.

—Bueno, no pasa nada. Mañana lo terminas. —Su leve tono de voz parecía perdonarme.

—Igual tendría que haber dejado los baños para otro día —me lamenté queriendo remediar algo banal—. No me acostumbro a una casa tan grande.

Justo en el momento en el que estaba a punto de irse del salón, se paró en seco y comenzó a hablarme, todavía de espaldas:

—Antes vivía en una casa más grande. Mucho más grande. —Se volvió como con la intención de demostrarme algo.

—Pues esta es muy bonita, y por lo menos el doble de grande que la mía.

—Sí, no está mal. Pero me gustaba más la otra, en Paseo de la Habana. —Se le iluminó el rostro al recordar—. Con el tiempo me he acostumbrado a estar aquí. Son ya quince años.

—A veces está bien cambiar. —No se me ocurría qué otra cosa decir.

—No —contestó tajante, casi ofendida—. Cuando algo está bien no hay que cambiarlo. ¿Para qué? Los cambios solo son

buenos si son para mejor, no te engañes.

No llegué a responder nada. Estaba dispuesta a escuchar una lección vital que parecía llena de más resquemor que nostalgia.

—Hubiera seguido allí hasta morirme —afirmó—. E incluso después de muerta me hubiera quedado en esa casa.

Me reí ante su ocurrencia, sin que apenas se percatase. Continuó hablando en lo que ya era casi un monólogo con una sola espectadora.

—Tampoco me arrepiento. A veces hay que saber mover las fichas y enfrentarse a la vida. Seguramente si mamá no hubiera enfermado, ahora seguiría allí. Pero se convirtió en un pozo sin fondo. Médicos y más médicos. Luego, la clínica. Y, como siempre, lo asumí todo yo sola, aunque estuviese mi hermana.

Su irremediable desahogo parecía casi teatral, con una entonación perfecta, dramática. Incluso con pausas. Dudé de que realmente se estuviera dirigiendo a mí y no fuese todo una reflexión inconsciente de la que ya no era partícipe.

—Si hubiese podido, lo habría batallado hasta el final. Vaya que sí. Pero al final opté por la resignación. Era mejor venderlo en un buen momento que salir por la puerta de atrás. Y me vine aquí.

De pronto, le cambió la expresión de la cara, justo en la última frase. Como si hubiera terminado de recitar algo con la mayor naturalidad del mundo. Todo con la intención de justificar el piso en el que vivía, que a ella debía de parecerle poco y que yo hubiese firmado por quedarme para siempre. «Incluso después de muerta», pensé repitiendo su lapidaria frase de segundos atrás.

—Así que los cambios solo están bien si los eliges tú. No lo olvides. Eres joven, pero ya te darás cuenta.

Terminó casi a modo de sentencia y conclusión. Me daba algo de rabia que diese por hecho cosas de mi vida sin apenas conocerme. Ese gesto tan propio de quien tiene más edad y solo por eso considera que todavía no has espabilado... Lo había vivido varias veces, con otras personas. Era como si dieran por sentado que mi vida había sido fácil o que todavía tenía que pasar calamidades para poder estar a su altura. Y reconozco que pese a esa rabia, a esa sensación de hacerme de menos, también otra

parte de mí recibía una satisfacción desconocida cada vez que me arrinconaba con sus palabras. Con sus palabras me hacía desaparecer de la habitación en la que estábamos y me convertía en una mera observadora de todo su pasado. Si hubiera cerrado los ojos, podría haberlo visualizado perfectamente. Su madre, una misteriosa enfermedad que parecía no terminar nunca y una hermana que se adivinaba ausente. ¿Cómo de grande sería aquel piso?

Tal y como acordamos, dejé lo que faltaba de las alfombras para el día siguiente y saqué a Tara a pasear. Luego fui a por el menú. Cuando regresé para entregárselo, cumplí también mi misión de recadera.

—En el bar me han dicho que la quieren ver.

—¿Que me quieren ver? ¿Para qué? —contestó extrañada mientras agarraba la bolsa.

—Bueno, no como una orden, sino en el sentido de que hace mucho tiempo que no la ven.

—Ya bajaré cualquier día de estos. Total, para comer allí sola prefiero hacerlo en mi casa, ¿no?

—Claro que sí —afirmé para agradarle—. Pues nada, hasta mañana.

—Hasta mañana. — Y cerró la puerta.

El trayecto de vuelta en autobús cada vez se me hacía más corto. Solía perderme en mis pensamientos, que siempre giraban en torno a lo que ocurría en aquella casa. Había también días aburridos o muy normales, pero cuando la coincidencia o sus ganas de desahogarse desembocaban en historias como esa, no podía dejar de darle vueltas. Su vida sustituía a todas las películas que nunca había visto. Obviamente deseaba preguntarle con detalle sobre todo lo que me iba contando de manera desordenada. Quería saber acerca de su madre, de qué fue eso tan tremendo que la llevó a deshacerse de su casa anterior, de si se veía con su hermana y de mil cosas más. La verdad era que nunca me había considerado una persona curiosa, nunca había sido de meterme en la vida de los demás, no por algo moral, sino simplemente porque no me despertaba interés. Ni siquiera leía revistas del corazón. Pero esta

vez era distinto: había algo que me llamaba poderosamente la atención. Quizás el propio misterio que ella misma imponía o el hecho de que cuando rompía su silencio no era en vano. Esa forma de narrar su vida a cuentagotas me intrigaba cada vez más. No sé si fue por eso por lo que decidí ir al videoclub del barrio, con intención de buscar películas suyas y, de una manera u otra, conocerla un poco más.

Capítulo 17

Fue dos días más tarde cuando acudí a ver si podía alquilar alguna de esas cintas. Me acuerdo porque ese día Juanjo y yo salimos a comer fuera. No por nada en especial, simplemente le dio por ahí. Cuando llegué a casa al mediodía ya estaba arreglado, esperándome. No suele ocurrir mucho, algún fin de semana quizás, y surge por iniciativa suya, como si de pronto se inspirase o le apeteciese, aunque casi siempre coincide con el final de una discusión. Cuando lo sugiere de noche es porque hay partido de futbol del que no echan por la tele normal, y ahí me suele dar más pereza. De hecho, a eso hace tiempo que no voy porque, total, al final ni me mira a la cara ni está pendiente de la comida. Pero al mediodía sí. Me cambié, en plan informal, para no llevar la ropa de toda la mañana limpiando.

—Deberías cogerte vacaciones —dijo mientras masticaba— y así podríamos irnos a algún sitio.

—Bueno, ahora que acabo de empezar no puedo, pero en tres semanas están ahí las navidades.

—Pues eso. Podríamos irnos a Galicia, ahora hay viajes muy baratos.

—¿A Galicia? ¿En pleno invierno? —Me pareció un plan descabellado.

—Bueno, o a donde sea. A donde tú quieras.

—Lo miramos para la última semana. Tendré que avisar a la señora.

Me contestó con una sonrisa. La estúpida discusión de dos días atrás se había diluido como si nada. Lo prefería así. Con el tiempo me había dado cuenta de que nuestro matrimonio funcionaba a base de borrón y cuenta nueva: esa era nuestra dinámica. Y lo tenía más que asumido.

—Mi madre dice que hace mucho que no vamos por allí.

—Ya, Juanjo, pero es que por la tarde estoy agotada y aún me quedan las cosas de casa por hacer.

—Le he dicho que iríamos mañana.

—¿Mañana por la tarde? Me dijeron los de la asociación de actores que me pasara por allí.

—Pues vaya... —Cambió el gesto, mirando para otro lado.

—A lo mejor me da tiempo a las dos cosas —sugerí para animarle.

Hacía tanto tiempo que no trabajaba que no entendía las obligaciones que conllevaba. Me dolía pensarlo, pero era así. A Juanjo ni siquiera se le pasó por la cabeza que no es que fuera allí por gusto, sino que me habían citado y que a lo mejor hasta podía tratarse de algo importante. Ya no me rondaba la idea de que me fuesen a despedir, no. Por lo menos no por el trato que Catalina tenía conmigo, que no es que fuese para tirar cohetes pero era como aquello que ponían en las notas del colegio: «progresa adecuadamente».

—Me llamó Miguel esta mañana, y cree que a lo mejor sale algo de curro, de lo mío —dijo refiriéndose a uno de sus antiguos compañeros.

—Pues ojalá que sí. Yo creo que si hablaras con tu exjefe, igual te reincorporaría.

—Déjalo, Esther, ahí no voy a volver —contestó cortante.

Advertí que se avecinaba una posible discusión, por lo que le quité peso al asunto. Se pidió la tercera cerveza, pero no le dije nada. Preferí dejar mis manías a un lado y que el mar siguiese en calma. Tampoco nos quedaba mucho para terminar de comer, y me dije que quizás Rita Hayworth bebía más, en el Florida Park o donde fuese.

—Me gustaría ir al videoclub —afirmé, cambiando de tema.

—¿Ahora? —preguntó extrañado.

—Bueno, cuando terminemos de comer. Tampoco está muy lejos. Y así vamos dando un paseo.

—Me parece perfecto. —Asintió con la cabeza ante mi sutil ocurrencia.

—Hará por lo menos tres meses que no vamos...

—Cariño, que no me tienes que convencer. Vamos y punto. —Me dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

Al poco rato pedimos la cuenta y nos fuimos. Por el camino nos paramos ante algunos escaparates. Le dije que a lo mejor teníamos que cambiar la batidora, que ya no funcionaba como antes. Él también se detuvo a mirar unos zapatos. En esos minutos callejeando nos pusimos a hablar de nuestros planes, de a donde íbamos a ir cuando tuviese esa semana de vacaciones. Hacía tiempo que no estábamos tan bien, tanto como el que llevábamos sin pisar el videoclub. Al llegar nos encontramos con la misma chica de siempre. Rubia, mascando chicle, con un saludo desganado.

—Siempre está la misma —le susurré a Juanjo.

—Sí, por la mañana, por la tarde y por la noche. O tiene una gemela.

—La de horas que echará. Mira, mi trabajo para eso no es tan malo —le contesté con un guiño.

—Bueno, es que una cosa es echar horas y otra trabajar —dijo en voz bajita, haciéndola de menos.

A los pocos segundos nos habíamos desperdigado por los pasillos, entre cintas y cartones publicitarios. Cada uno a lo suyo. Cuando encontré la sección de cine español me puse a repasar los estantes con la mirada. Todo me parecía actual. *Belle Époque*. *Carne Trémula*. *Perdita Durango*. Había más de lo que me esperaba. *Airbag*. *Familia*. *El abuelo*. Comencé a desilusionarme a la vez que se me cansaba la vista. *Kika*. *Torrente*. *La niña de tus ojos*. De pronto me percaté de que abajo del todo había películas más antiguas, almacenadas de lado sin que se viese la portada. Las fui sacando una por una, esperanzada. Eran todas de esas que habían echado muchas veces por la tele, y a lo mejor por eso estaban ahí, arrinconadas, sin merecer un lugar destacado. Como tampoco iba buscando ninguna en concreto y no sabía cuáles eran las que había hecho Catalina, me dispuse a leer los nombres del reparto esperando dar con ella. Juanjo Menéndez. Isabel Garcés. José Sazatornil. Gracita Morales. Alfredo Landa. Josele Román. Casi

todo eran comedias. Marisol. Antonio Ferrandis. Esperanza Roy. Y ahí estaba: Catalina Muñoz. Sentí como si hubiese hallado el mapa del tesoro. Me invadió una alegría desconcertante teniendo en cuenta que no sabía siquiera lo que tenía entre manos. Me fijé: *Vente a ligar al Oeste*. Aparecía su nombre junto al de José Sacristán, Tina Sáinz y otros actores. Me di por satisfecha, y estando ya casi de cuclillas me incorporé. Seguía mirando de reojo, cuando en aquel momento apareció Juanjo.

—¿*Perdona bonita, pero Lucas me quería a mí*? ¿Qué coño es esto? —dijo mientras cogía una cinta al azar de las que destacaban por novedad.

—¿Has visto algo?

—Sí, me voy a llevar estas dos.

Una era de Van Damme, de las de peleas; la otra no me acuerdo. Él no se interesó por mi adquisición hasta que llegamos al mostrador.

—Pues las tres son quinientas —dijo la rubia.

—¿*Vente a ligar al Oeste*? ¿De verdad quieres ver esto? —me preguntó sorprendido, alzando la voz.

—Sí... —Me encogí de hombros, sin necesidad de darle ninguna explicación.

—Son quinientas —volvió a repetir la chica del mostrador, chicle en boca, como si no estuviese dispuesta a que la hiciésemos esperar—. Tenéis cinco días para devolverlas. Bueno, esta no, esta es de una semana.

Con «esta» se refería a la mía. Tenía un plus de tiempo, imagino que por ser más antigua. Y supongo que hasta salió más barata. De camino a casa Juanjo bromeaba y se reía de aquello. El título era chistoso, pero tampoco entendí que le hiciera tanta gracia. Le expliqué que la había elegido porque salía la actriz, Catalina. A él nunca le decía su nombre; algo en mí sabía que le daba igual cómo se llamase y, además, se limitaba a referirse a ella como «la actriz». No había detrás de ello ninguna intención de despreciarla, sino que era más bien algo así como cuando decimos el butanero, la carnicera o el quiosquero.

Elucubramos sobre el argumento de la película, y acabó

echándome el brazo por la espalda. Fue un día bueno. Le prometí que retrasaría lo de AISGE e iríamos mañana a ver a su madre.

Capítulo 18

La tarde del día siguiente con la madre de Juanjo fue como tantas. Como tantas otras con ella. Se lamentaba por cualquier cosa, hacía ver lo muy agobiada que se encontraba y lo predispuesta que estaba siempre a ayudar a los demás. Ángeles no era una mala mujer, pero de vez en cuando se daba una importancia que resultaba cansina tirando a quejicosa. Era de ese tipo de persona que si te hace un favor, luego, de una manera u otra, te lo acaba reprochando. Sin ninguna mala cara, pero te hace ver sus méritos todas las veces que haga falta. No quiere nada pero tampoco se conforma con un «gracias». Siempre había sido así, desde que la conocí. Me dejó muy claro desde el primer día que no quería que la llamase suegra: «Ni se te ocurra, que no hay palabra más fea». Y desde entonces. No me costaba nada cumplir su deseo, aunque no estuviese de acuerdo. Nunca he entendido que se le dé importancia de más a una simple palabra, como si en ella fuese a ir su categoría humana. Pero, en definitiva, Ángeles era una buena suegra.

Como tantas veces, el tema —cualquiera que fuera— acabó derivando en su desgracia con su marido. Era algo que salía a relucir siempre, aunque se pasaba enseguida, como una estrella fugaz; se hacía presente en una frase contundente y, de pronto, se obviaba como si nada. A Juanjo no le gustaba que lo nombrase, pero ella no podía resistirse: «Si no hubiera sido por tu padre», «El frutero es un buen hombre, no como tu padre», «Cada cual lleva su vela, mira si no lo de tu padre». Para todo le valía como ejemplo si la dejábamos hablar más de quince minutos. Desde que su marido la abandonó, el asunto se había convertido en algo recurrente para justificar cualquier cosa. En nuestra casa era un tema tabú, pero ella tenía la necesidad de hacerle ver a todo el mundo que era una superviviente. Igual otra en su lugar se habría callado,

avergonzada, evitando la típica historia de que fue a por tabaco y nunca volvió, pero ella no. Ángeles parecía hacerse fuerte frente a esa circunstancia. Y Juanjo, por el contrario, se ponía de los nervios. La figura de su padre había desaparecido por completo de su vida, no solo en el diálogo, sino también en las fotos. No había ni rastro de él ni en aquella casa ni en la nuestra, era como si se lo hubiera tragado la tierra, y realmente era un poco así. No sabían dónde se encontraba, no tenían ni pista de su paradero. Juanjo aseguraba que no le importaba. Pero a Ángeles sí. Siempre decía que no se podía morir sin encontrárselo antes de frente para decirle cuatro cosas. «Se iba enterar», juraba habitualmente en tono amenazante.

Yo apenas lo conocí. Durante el primer año que estuvimos de novios y poco más. Después es cuando se fue de casa, y al poco tiempo de abandonarlos nos casamos. Recuerdo que Juanjo por entonces todavía guardaba la ilusión de que apareciese algún día, y confiaba que lo hiciese en su boda. A veces hasta he llegado a preguntarme si se casó con la intención de llamar su atención, si montó todo aquello como un reclamo para atraerlo de nuevo. Sé que se casó queriéndome, pero creo que en aquel momento la figura de su padre le obsesionaba más que la mía. Podríamos habernos casado tres o cuatro años más tarde; a mí nunca me importó esperar. No era de las que sueñan con el matrimonio, como si fuese una meta o algo especial. Me hacía ilusión, pero nada más. Un día, de la noche a la mañana, me pidió que me casara con él, sin haberlo hablado antes. Tampoco me extrañó. Andaba cabizbajo por todo lo que le había ocurrido y entendí que casarnos podía parecerle una nueva ilusión. Fue un borrón y cuenta nueva, el primero de tantos que vendrían. Una alegría para disimular una desgracia.

Cuando Ángeles lo sacaba a colación, bastaba una mirada de Juanjo para que ella cambiara de tema. Como si tuviera rayos láser. En tan solo una décima de segundo le quedaba claro que no debía continuar por ahí. Me imaginaba que le había dejado tan tocada que no podía sacárselo de la cabeza.

—Bueno, y me ha dicho Juanjo que en el trabajo muy bien,

¿no? —me preguntó mientras se acomodaba en el sillón. Parecía alegrarse por mí.

—Sí, la verdad es que sí. —Miré a Juanjo por el rabillo del ojo, intrigada por no saber exactamente qué le habría dicho.

—Siempre por la mañana y menos horas que en lo otro, ¿no?

—Sí, en ese sentido muy contenta. Y cojo aquí cerca el 31 y me lleva directa.

—Yo estoy pensando también en tener una chica, que me venga aunque sea un día a la semana, que yo ya no estoy para tanto jaleo.

—¿Cómo que una chica? —intervino Juanjo con cara de indignación.

—Sí, una chica de la limpieza.

—Esther no es «una chica», no la compares —replicó.

—Bueno, tu madre quiere decir una asistenta —intenté apaciguarle.

—Ella está ahí por una empresa, ¿a que sí? Y en cuanto vuelva a estar disponible lo del aeropuerto, lo dejará.

Me enteré en ese momento de aquella decisión de la que nunca antes habíamos hablado. Jamás había salido de mi boca la idea de volver al aeropuerto; puede que lo hubiera pensado, pero no se lo había dicho. Estaba claro que Juanjo, de cierta forma, se avergonzaba de mí. De que estuviese a disposición de otra persona, aunque fuese una señora mayor. Su mente no aceptaba que yo fuese la asistenta de nadie. Aquel minuto en silencio se hizo eterno. Ángeles nos ofreció más café y más pastas.

—Todavía no sé qué hacer para la cena del veinticuatro —se lamentó, cambiando de tema.

—Nosotros a lo mejor nos vamos fuera, si Esther consigue vacaciones.

—¿Os vais a ir? ¿Y a dónde? —preguntó en tono compungido.

—Todavía no lo sabemos —le contesté.

—A ver, mamá, que para Nochebuena quedan todavía tres semanas, no te aceleres.

—Por cierto, me llamó ayer tu hermana.

Gloria, mi cuñada, vivía en Alemania. Le salió un trabajo muy

bueno allí, conoció a un alemán y se quedó. Tenían dos hijos y no parecía que tuvieran intención de volver. Decía que sí, año tras año, pero nunca daba el paso. La veíamos en fechas navideñas y en algunos días de verano, poco más. Al verla tan poco nunca lograba sentir que tuviera suficiente confianza conmigo. Era correcta y ya está.

—Oye, ¿y si vamos nosotros a Alemania? —preguntó de pronto Juanjo.

—¿Para ver a Gloria? ¿A Berlín? —Su madre se iluminó ante la ocurrencia.

—Bueno, a ver, yo no sé alemán —murmuré.

—¿Y qué importa eso? —exclamó mi suegra—. A Gloria seguro que le hace mucha ilusión que vayáis.

—Tú también te vendrías, ¿no? Tratándose de un viaje familiar y en esas fechas... —La invité porque era lo correcto, pero sobre todo porque era consciente de que tarde o temprano ella misma lo dejaría caer.

—Yo no estoy ahora para montarme en un avión, a mi edad.

—Anda, mamá, no seas tonta —insistió Juanjo, entusiasmado.

—Venga, vale, pero yo me pago lo mío. Que bastante tenéis vosotros. Y vamos a un hotel, que tampoco es cuestión de darle trabajo a tu hermana.

—Oye, que ella cuando viene se queda aquí, en tu casa —le reprochó Juanjo con toda la razón.

En cuestión de minutos habían organizado todo el plan. Iban a ser unas navidades distintas.

—¡Allí hay que abrigarse, que hace mucho frío! No es como aquí —nos dijo mi suegra como si no lo supiéramos.

—Pues claro, y más en invierno. Acuérdate de las fotos de la nieve que nos enseña siempre Gloria —añadió Juanjo.

—Ay, la nieve, ¡qué bonito! —exclamó ella.

—A Berlín salen tres vuelos al día —fue mi única aportación, fruto de mis años en el aeropuerto.

—Esta misma noche la llamo y se lo digo. Seguro que se va a alegrar muchísimo.

—Pues ya nos podemos poner a hacer las maletas —bromeó

Juanjo.

—Uy, a ver qué maletas tengo yo. ¡Que son del año catapum! —Se llevó las manos a la cabeza—. Todavía tengo una de cuero que compró tu padre. Feísima. Ya se la podría haber llevado con él...

A Juanjo se le cambió la cara. Mi suegra captó el toque de atención y derivó la conversación en lo que iba a llevarles a sus nietos de regalo. No hubo más sobresaltos. Media hora después nos habíamos ido de su casa con cuatro táperes bajo el brazo.

Capítulo 19

No comprendía por qué aquella mañana el autobús iba hasta arriba. No conseguí coger asiento y me tocó ir todo el viaje de pie. También era mala suerte. Cuando iba sentada me permitía ponerme a pensar en mis cosas y a confabular sobre Catalina y su mundo. Pero de pie no, en parte por el miedo que me había metido Margarita con todo eso de que, si te descuidabas, te metían la mano dentro del bolso y te robaban, por ir tan apretujadas. Llevaba tantos años diciéndomelo que ya se me había metido por completo en la cabeza. O lo del violador de autobuses. Suspiré, ella sí que era todo un manual de sustos y de mala suerte.

Nada más llegar, el portero me saludó con esa simpatía suya que iba en aumento día tras día.

—¿Cuántos años tiene usted? —me preguntó indiscretamente mientras yo esperaba la llegada del ascensor.

—Treinta y siete —le contesté sin entender a qué santo venía aquello.

—Pues aumenta la tasa de desempleo en los jóvenes, en los de menos de cuarenta. —Me señaló el periódico que tenía entre manos—. Lo pone aquí.

—Entonces seré afortunada. —Le sonreí.

—O es usted una excepción —bromeó.

Nos despedimos porque llegó el ascensor. Mientras se cerraban las puertas pensé que no me consideraba joven ni tampoco afortunada. Treinta y siete no es ser joven, aunque entendí que depende de con quién lo compares: para aquel hombre yo debía de ser una adolescente. Lo del paro, la crisis y todo eso lo llevaba escuchando tanto tiempo que ni siquiera me parecía ya un drama. Se había convertido en una noticia más. A lo mejor mi indiferencia se debía a que era una inconsciente, pero en el fondo

tenía la sensación de que mi vida siempre era la misma por mucho que el mundo cambiase.

Catalina me abrió con un «buenos días» que no fue de los mejores, pero tampoco de los más ásperos. Correcta y punto. Aquel miércoles me tocaba repasar la cocina, limpiar el suelo y, el resto de la mañana, ponerme a planchar. Esto último fue algo que ella misma me había propuesto un par de días antes, viendo que en ocasiones la casa estaba de por sí reluciente y todo se limitaba a continuar un bucle constante. Le dije que no me importaba, que planchar era de lo que más me gustaba. Le mentí. Tampoco tenía opción de negarme, así que lo asumí con una desgana que supe disimular perfectamente. Cada vez me sorprendía menos mi habilidad para fingir.

Cuando llegó el momento acudí al cesto de la ropa limpia, en el que estaba todo lo que se había lavado en días anteriores. Camisas, blusas, faldas, algún pantalón, un par de sábanas, toallas e incluso paños de cocina. Por lo menos había tenido el detalle de sugerirme que lo hiciese en el salón, que al fin y al cabo era un lugar más amplio y acogedor, aunque siguiesen las cortinas corridas y la estancia estuviera en plena semioscuridad. Ella, mientras tanto, con cierta desgana, veía la tele. Hasta que, de pronto, algo llamó su atención: «Lamentablemente no todo son buenas noticias. Nadiuska, la que fuera estrella del destape, sigue sumida en una mala racha que parece no tener fin». Eran las palabras de la presentadora de aquel magazín matinal. Continuó diciendo que la habían ingresado provisionalmente en un psiquiátrico. También algo de un desahucio. Sin ver las imágenes, simplemente escuchando, la noticia me impactó. A Catalina más.

—Dios mío, no puede ser —se lamentó—. No puede ser.

—¿Trabajaste con ella?

—No, qué va. Pero coincidíamos en sitios. Al final en este oficio todo el mundo se conoce.

—Debe de ser muy duro perderlo todo —dije, sintiéndolo de verdad.

Catalina seguía mirando el programa con el ceño fruncido, en un gesto de tristeza que no podía ocultar. De Nadiuska sí me

acordaba perfectamente, aunque no recordaba ninguna película suya en concreto. Hacía mucho que no se sabía nada de ella. Aquel año se habían sucedido las noticias de su caída libre en la desgracia, y parecía que 1999 se iba a cerrar de la manera más estrepitosa posible para aquella pobre mujer. Me di cuenta de que lo que yo consideraba mala suerte era algo totalmente distinto a no ir sentada en el autobús o a salir a flote de la crisis del desempleo. Y lo verbalicé:

—Qué mala suerte.

—No es cuestión de suerte. A veces la suerte simplemente consiste en tener mucha suerte —contestó.

—Bueno, si le dan trabajo a lo mejor puede remontar. —Intenté ser positiva.

—Eso es imposible, ya te lo digo yo. No le van a dar trabajo. ¿Quién va a querer a una actriz que no vende glamur ni tonterías de esas? En ese mundo la lástima nunca suma puntos, solo resta. La gente se apiada de ti, pero a los de arriba no les parece un valor en alza. Los actores estamos destinados a la ficción las veinticuatro horas.

Me quedé sin palabras. Catalina sabía de lo que estaba hablando y todo lo que yo aportase solo iba a demostrar mi constante desconocimiento. Me quedaba todavía la mitad de ropa cuando cambiaron de noticia. Pasaron a otra cosa, así, sin más. Despojaron el asunto con la lástima que merecía y después, con total frialdad, se pusieron a hablar de la hija de no sé quién o del amante de no sé cuántos. Sin apartar la mirada del televisor, pero perdida, como absorta, Catalina comenzó a divagar. Me hablaba sin mirarme. O a lo mejor le hablaba al universo entero y no solo a mí.

—Esta profesión te enaltece y de pronto un día te lo puede quitar todo. Tan pronto como viene, se va. Y vales lo que vales en ese momento. Te quieren siempre con una sonrisa en la boca, aunque se esté acabando el mundo. No hay lugar para el llanto. Aprendes enseguida a ver, oír y callar. Sobre todo, a callar.

Estuvo unos segundos en silencio, meditando sus propias palabras. O cogiendo fuerzas para seguir. Catalina solía hacer ese

tipo de pausas, en las que el aire se cortaba y ella parecía manejar el tiempo, tenerlo en las manos. Giró la cabeza y clavó su mirada en mí. Arqueó una ceja y continuó:

—Hay algo de selección natural en todo ello. A los débiles se les aparta. Bueno, qué demonios, y a los fuertes a veces también. Eso lo aprendes conforme avanzas, mientras vas perdiendo ilusiones y acabas cuestionándote tu propia ambición. No me mires así, no estoy hablando por mí.

No sé cómo la estaría mirando. Seguramente ensimismada. Pareció volver en sí, con una reacción rápida que la sacó de su dolorosa reflexión. Cambió el tono con la intención de protegerse y hacerme ver que aquello nada tenía que ver con ella, aunque estaba claro que hablaba no solo desde la experiencia, sino también desde el rencor. Miré el reloj con la única intención de disimular mi asombro y poder llevarme la conversación a un lugar menos dramático.

—Son la una y cuarto. Igual debería ir ya bajando a Tara.

—Sí —también ella miró su reloj, recuperando así la noción del tiempo—, pero termina con la plancha si no te queda mucho.

Pese a la crudeza de sus palabras, no sentí ganas de abrazarla, ni ella parecía desearlo. Dos pasos hacia delante y uno hacia atrás, así avanzaba nuestra relación. Me imaginaba que no sabría hacerlo mejor, y la verdad era que yo tampoco. Se abría y se entregaba hasta que de pronto renegaba de tener una interlocutora tan nefasta o tan inepta para según qué cosas. Comprendí que aquella noticia, aquel cúmulo de desgracias, le había afectado más que a cualquier ciudadano de a pie. Entendí que fácilmente se pudo ver reflejada en ese triste final, aunque todavía conservase algún abrigo de piel y aquella casa que no cedía lugar a la luz del sol.

Antes de salir por la puerta del salón, se dio la vuelta para tenderme la mano a su manera.

—¿Tú qué querías ser de mayor? —me preguntó.

—¿Para trabajar? —No entendí a qué se refería.

—Sí, eso. ¿A qué te querías dedicar?

Permanecí callada unos segundos, dándome cuenta de que no tenía respuesta. Por raro que resultara, me pareció que era la

primera vez que me hacían esa pregunta.

—No lo sé. Creo que nunca lo pensé —contesté con sinceridad.

—Mujer, a algo te querrías dedicar, no sé, enfermera o profesora, como todas las niñas.

—Puede ser; no lo recuerdo. Quería hacerme mayor sin pensar en el trabajo.

Catalina hizo un gesto de extrañeza que no pudo ocultar.

—Pues yo quería ser actriz, lo he querido desde siempre. Recitaba todo el rato y me inventaba cuentos con mi hermana. Nadie me dijo lo que podía o no podía hacer. Y ahí entraba la ambición, lo que te decía antes. Desear algo hasta tenerlo.

—Eso debe de ser muy bonito.

—Sí, pero cuando llegas, la ambición se desvanece. Y un día te planteas si era necesario.

Terminó sonriendo. Entendí que aquello era una conclusión de lo que había estado diciendo minutos antes. No es que hubiese perdido el hilo, es que había partes de la historia que me faltaban y que ella daba por hecho que yo conocía. Catalina era un puzle en sí misma, y era ella la que se encargaba de repartir las piezas.

Ya a solas en el salón, terminé de planchar mientras pensaba en mi falta de ambición. Pero lo cierto era que yo nunca había querido ser actriz ni profesora ni enfermera. Le di vueltas al tipo de niña que fui, preguntándome si habría llegado al mundo sin que nada me ilusionase. Doblé la ropa, saqué a Tara y, como cada día, acudí al bar de Eugenio. Después, le entregué la bolsa con la comida.

—Aquí está. —Estiré mi brazo.

—Pues nada, hasta mañana. —Sonrió sin demasiadas ganas.

—Hasta mañana.

Tras despedirnos, Catalina cerró sigilosamente la puerta y yo me metí en el ascensor. Segundos después me acordé: quería ser monja. Pero decidí inmediatamente que no se lo contaría nunca. Incluso a mí me resultaba surrealista. Debió ser cuando tenía menos de diez años, poco antes de la comunión. Me encantaba juntar las manos, en señal de rezo, y aprenderme oraciones de

memoria. Luego se me pasó.

Capítulo 20

Esa misma tarde tenía que verme con la asistenta social de AISGE después de que hubiera aplazado nuestra cita anterior para complacer a Juanjo. Entre llegar, comer e irme al otro sitio, ya me había hecho a la idea de que no tendría mucho tiempo para descansar. Por lo menos volví a disfrutar de un hogar apacible.

—Pensé que tardarías más y ya había empezado —se disculpó Juanjo mientras comía.

—No pasa nada. Salí diez minutos antes y cogí el autobús justo cuando llegué a la parada.

—Me he puesto la ensaladilla de mi madre. En la nevera hay más. —Mientras me dirigía a la cocina, escuché que me decía—: ¡Y he comprado pan!

En el rato en el que me servía, escuché a lo lejos la sintonía del pronóstico del tiempo. Para mañana, lluvia.

—Cada vez me gusta menos que llueva. Me resulta deprimente —confesé, entrando en el salón y sentándome a la mesa.

—Pues entonces nos tendremos que ir a vivir al sur. No sé, a Cádiz a lo mejor —contestó con sorna.

—No seas tonto. Además, digo yo que en Cádiz también lloverá.

—Sí, pero no mañana —dijo llevándose a la boca la última cucharada—. Mira, tú porque no ves el telediario, pero ahí sí que hay cosas deprimentes. A veces hasta tengo que quitarlo.

En ese momento, como un *flash*, me vino a la mente Nadiuska. Pensé en ella y en lo que me había dicho el portero sobre la cifra de parados, en que no me apetecía que lloviese y en que nunca había tenido verdadera ambición.

—Juanjo, ¿tú qué querías ser de mayor?

—¿Y eso a qué viene? —Intentó contenerse la risa.

—Bueno, no sé. Es algo que nunca te había preguntado.

—Pues futbolista, piloto de carreras y cosas así. Lo propio de los críos. ¡Ah! Y astronauta. También me dio por ahí.

Él no me devolvió la pregunta, como si supiese mi respuesta. «Nada.» Quizás por eso había acabado limpiando: por mi falta de decisión o, más bien, de ilusión. Me consolé pensando que, por lo menos, lo que hacía lo hacía bien, aunque todos mis trabajos tuviesen caducidad.

Con el tiempo justo me marché al encuentro con la asistente social de AISGE. Serían las cinco de la tarde. Después de alguna que otra llamada telefónica por fin le ponía cara a Pilar. Era una mujer menudita, con media melena, y de primeras intuí que debía de tener mi edad. Luego resultó que no, hablando de cosas de la vida me dijo que tenía cuarenta y tres. Era muy simpática, muy agradable, de esas personas que todo el rato te miran a los ojos y te escuchan con atención. El despacho era sencillo, con varias estanterías repletas de libros y carpetas. Un calendario de la propia fundación adornaba la pared. Había un par de fotos enmarcadas, donde salía mucha gente que no distinguí; parecían celebrar algo.

—No se trata únicamente de una labor de limpieza o de las tareas del hogar —me explicaba Pilar, gesticulando con las manos —. En muchas situaciones, y esta lo es, es también una cuestión de compañía, de poder hacerle un seguimiento a la persona.

—Ya entiendo. La verdad es que me limito a hacer lo que ella me dice.

—¿Tipo qué, Esther?

—Pues desde lo más común hasta la limpieza de alfombras, los ventanales... Todo. Lo normal. También voy a comprar la comida y le paseo una perra pequeñita que tiene, un caniche.

—Muy bien. Pues precisamente a eso me refiero, a que dentro de ese margen de horas la utilidad puede ser múltiple, no ha de ceñirse únicamente a la limpieza. Es algo que recalcamos a ambas partes.

Pilar hizo una pausa y comenzó a sonreír. Algo que acudió a su mente se tradujo en su rostro.

—Teníamos un caso de... Bueno, una mujer, una actriz, que al final lo que quería era jugar al parchís, a las cartas... Podían pasar horas y todo lo demás le daba igual. A eso me refiero, a la compañía.

—¿Qué actriz? —No pude reprimir mi tremenda curiosidad.

—No se pueden decir los nombres en estos casos. No debemos. A no ser que sea la propia persona la que lo indique. Es algo que tenemos muy en cuenta. Hay situaciones muy delicadas que es mejor que no trasciendan. De todas formas, esta mujer falleció hace casi un año.

Su gesto cambió ligeramente. Fue tajante en la respuesta. Ya con anterioridad, refiriéndose a Catalina, me había advertido en torno a la discreción y la privacidad. Entendí que, al tratarse de gente del espectáculo con cierta repercusión, no desean que su situación acabe de boca en boca.

—No se lo he comentado a nadie. Bueno, a mi marido, pero él pasa de estas cosas.

—Sí, claro, a ver, en cierto modo se entiende que su entorno tenga conocimiento de ello, entra dentro de lo normal.

—Pero ya te digo que pasa totalmente. Vamos, no la llama ni por su nombre, simplemente se refiere a ella como «la actriz».

—¡Y qué actriz! De las que han nacido para la comedia. Era de esas que adornaban los repartos como garantía de humor. De las mejores de su época.

—¿Qué época? —pregunté, ansiando ordenar mis ideas.

—Pues los años sesenta, los setenta sobre todo. Luego en los ochenta también hizo algunos pinitos.

Aproveché la ocasión para recalcarle que Catalina no era precisamente alguien que tuviese mucha intención de sociabilizar. Al menos conmigo. No lo lancé como una crítica, sino que sentía que Pilar era la única a la que realmente le podía confesar algo así, en busca de algún consejo y también para que fuese consciente de ello.

—A ver, cada persona es un mundo —matizó—. Y de por sí siempre puede haber cierta desconfianza, que digamos. No creo que sea nada personal.

—No, si sobre todo es porque no quiero ser invasiva, pero hay veces que no me transmite... —No llegué a terminar la frase.

Pilar me interrumpió:

—Mira, en este caso concreto he de decirte que no fue ella quien recurrió a nosotros. Nos enteramos por terceras personas, por alguien de su entorno que nos avisó de una situación complicada. —Fue ralentizando sus palabras, midiendo mucho lo que decía—. Nada fuera de lo normal, pero era un caso que requería atención. Y ella nunca hubiera pedido ayuda, quizás por orgullo o a saber por qué motivo. ¿Entiendes?

Lo entendí perfectamente. Me fui de nuestra reunión satisfecha. Me aplazó para más adelante, sin fijar fecha pero advirtiéndome de que lo habitual era hacer un seguimiento que se fuera espaciando con el tiempo, únicamente para comprobar que todo marchaba correctamente. Lo que más me tranquilizó fue conocer que se trataba de un trabajo a largo plazo, algo que Pilar me había dejado claro desde el principio de la conversación, recalcando que no querían ir cambiando de persona para no marear a Catalina. Y confiaba en mí, aunque yo no supiera muy bien por qué. De pronto me di cuenta de que a lo mejor estaba ante el empleo más largo de mi vida. Pensé en que igual podía permanecer años y años en aquella casa, dentro de esa rutina, y la idea no me disgustó. En ese momento mi mente se puso truculenta e intentó calcular cuántos años de vida podrían quedarle a Catalina. ¿Diez? ¿Quince? Me deshice corriendo de aquel pensamiento; me resultó desagradable. Pero era evidente que mi trabajo dependía de su propia existencia.

Cuando llegué a casa, Juanjo estaba viendo una de las películas que había alquilado, de esas de lucha y artes marciales. Se encontraba tirado en su habitual postura, lo que me daba a entender que llevaba tumbado varias horas y que el aburrimiento comenzaba a invadirle. Me acordé de que tenía pendiente ver la cinta que había alquilado, la cual seguía en el mueble del televisor. El fin de semana le sacaría tiempo.

—¿Le has dicho ya a esa mujer que te marchas en navidades? —me preguntó Juanjo refiriéndose a Catalina.

—No. Se me olvidó por completo.

—Pues díselo, que mi madre va a ir ya esta semana a la agencia de viajes.

Asentí y me alejé hacia la cocina. Mientras batía los huevos para la cena, me hizo gracia pensar que aunque de pequeña nunca soñara con qué quería ser de mayor —aparte del lapsus religioso—, tampoco me hubiera nunca imaginado que trabajaría con una actriz. Que trabajaría, mejor dicho, para ella. Aunque fuese limpiando. O haciéndole compañía, como había recalcado Pilar.

Capítulo 21

Salí con tiempo de casa porque en los días de lluvia ya se sabe que se forman atascos horrorosos y el autobús parece ralentizarse el doble. Durante el trayecto juré no olvidarme el paraguas cuando me fuese de casa de Catalina. Lo repetí como un mantra, una y otra vez. Al llegar al portal lo sacudí a pie de calle con la buena intención de no mojar el suelo. Tras nuestro habitual saludo, el portero siguió leyendo el periódico hasta que decidió dirigirme la palabra:

—A los franceses habría que pararles los pies.

—¿Cómo dice?

—Con todo esto de los camiones, hombre, no hay derecho. Llegar y tirar por tierra todo el trabajo de los demás.

Me quedé en silencio, en señal de escucha. También porque no tenía ni idea sobre el tema, más allá de alguna noticia suelta que había visto en el telediario.

—Que al final somos una cadena humana. De cada naranja que tiran, depende una familia —continuó instruyéndome—. Mi mujer siempre dice que nos tienen envidia.

—¿Quiénes?

—¡Los franceses! ¿Quién va a ser?

Llegó el ascensor y, antes de meterme en él, le di la razón con la misma facilidad que le daba los buenos días. La mañana transcurrió de forma tranquila y rutinaria. Catalina rara vez dejaba en el fregadero algo para limpiar. Ella misma fregaba el plato y el cubierto que utilizase el día anterior, justo después de que yo me fuera. Se lo comenté para hacerle ver que no tenía que preocuparse ni por eso.

—Total, para un par de platos, lo puedo hacer yo —me contestó—. A ver si te vas a pensar que soy una marquesa.

—Pero de veras, que a mí no me importa. Ya que me pongo...

—¿Sabes qué pasa? Que al final ver un plato o dos y que pasen las horas y sigan ahí, me pone de los nervios. Prefiero quitármelo de en medio. Será que soy muy ordenada.

—¿Y el fin de semana? —me atreví a preguntar.

—Pues también, ¿o te crees que no me he sabido apañar hasta que has llegado tú?

—No, claro, no quería decir eso. —Intenté explicarme con la lentitud que me caracteriza—. Me refería a que...

—No te refieras tanto, que el tiempo es oro.

Me cortó en seco. Le quitó hierro al asunto y a los pocos segundos salió por la puerta de la cocina. Hacía un mes no me habría atrevido a preguntarle nada de manera tan directa, ni ella hubiera dado pie a comentar cualquier cosa. Nuestro vínculo avanzaba así, a trompicones. Me había acostumbrado a ella, y creo que ella a mí.

Después de terminar las tareas pertinentes, me dispuse como cada día a sacar a pasear a Tara. Cuando llegaba la hora, la perra solía ponerse más pesada, tratando de reclamar la atención de Catalina, pidiendo su momento de calle, que intuyo que para ella debía de ser como acudir a un parque de atracciones. Cogí el paraguas porque llovía y bajamos. Pero nada más atravesar el portal, el collar que sostenía la correa se soltó de golpe y me quedé como una estúpida sosteniendo la nada. Tara comenzó a correr como si no lo hubiese hecho en su vida, sintiéndose tan libre que ni mis gritos de desesperación podían frenarla. Vi cómo giraba la manzana, bordeando el edificio y desapareciendo tras su curva. Corrí detrás de ella protegiéndome como pude de la lluvia con el paraguas. Pero era inútil: la dichosa perra alcanzaba una velocidad digna de competir en una maratón. La seguí todo lo rápido que pude; al girar aquella misma esquina, Tara ya no estaba. La había perdido de vista completamente. La lluvia no ayudaba. Comencé a llamarla a gritos, pero solo sirvió para que la poca gente que andaba por la calle me mirase como si estuviese loca. No sabía hacia dónde avanzar. Podría estar en cualquier lado, incluso debajo de un coche.

—¿Está buscando a un perro blanco? ¿Pequeñito?

Un chico joven percibió mi desesperación y me indicó por dónde la había visto irse, aunque sus pistas fueron en vano. En otro momento, sin la angustia que llevaba encima, le habría corregido que no era un perro, sino una perra. Pero qué importaba aquello ahora. Tara era la única compañía que tenía Catalina en su día a día. No temía que me despidiese, temía dejarla sola. Llegué a una pequeña plaza situada justo detrás del edificio y, aunque fijé la vista en cada arbusto, banco, árbol y persona, no la encontré por ningún lado. Me deshice del paraguas a conciencia, con intención de moverme mejor, de correr más deprisa.

—Ha cruzado para allá, hacia esa calle —me dijo una señora, señalando con el dedo.

Seguí caminando, con la respiración entrecortada y las piernas flojas. La mujer que hacía unos segundos me había servido de improvisada brújula se quedó quieta mirando cómo avanzaba, esperando desde su impasibilidad algún desenlace inmediato. Hacía tiempo —ni siquiera recordaba cuánto— que no sentía el corazón tan acelerado. Al terminar cada calle surgían otras dos y de cada una de esas dos, otras. Aquel barrio se convirtió a mis ojos en un laberinto sin salida. Por más que agudizaba la vista no había ni rastro de Tara, era como si se la hubiera tragado la tierra. No me explicaba cómo había podido soltarse el collar. De pronto, empaticé con el animal como nunca antes lo había hecho. Era probable que también estuviese asustada, incluso podía ser que nos estuviésemos buscando mutuamente. La imaginé empapada, escondida en cualquier rincón. Asumí que iba a necesitar ayuda y me di media vuelta. En ese momento rompí a llorar, sin apenas fuerzas. De rabia, de impotencia y de puro agotamiento. De sentirme una estúpida un día más. De no saber qué le iba a decir a Catalina. De temer las consecuencias. Lloré por todo eso y más sin detenerme, avanzando de vuelta al portal.

Entonces caí en la cuenta de que igual la había cogido alguien con intención de protegerla o, en el peor de los casos, de robarla. Si ocurría eso último, nada podría yo hacer. Estaría en brazos de alguien o a estas alturas ya metida en una casa o en dirección a

otro lugar, a decenas de kilómetros de aquí. Solo me quedaba imaginar la calle empapelada con esos cartelitos que a veces hay en las farolas, avisando de una pérdida. Por supuesto que también me puse en lo peor: ¿y si la habían atropellado y estaba esperando ayuda, atemorizada, a un lado de la calle? Quise descartar tal pensamiento porque la simple idea me asfixiaba. Si hubiera ocurrido algo así, la habría escuchado llorar, habría emitido algún sonido extraño, se estaría lamentando o aullando de dolor. Ponerme en lo peor no servía absolutamente de nada. Mis lágrimas se confundían con la lluvia, que me había empapado por completo sin que me diese cuenta.

Derrotada, llegué al portal.

—Aquí estás. —El portero estaba pegado a la puerta, esperando mi regreso—. Me iba a marchar cuando de repente apareció.

Y allí estaba Tara, a sus pies. Lloré aún más fuerte, sin esforzarme ni un ápice en disimularlo. El portero contempló mi catarsis impasible. Me agaché para ponerme a la altura de la perra y le hablé por primera vez en mi vida a un animal:

—¿Dónde te habías metido?

—Debió de venir corriendo, por la lluvia —comentó el portero—. Los animales son muy listos.

Tara estaba mucho menos mojada que yo, prácticamente nada, y me había demostrado que sabía llegar a casa sola, supongo que por el olfato o simplemente por pura memoria. Nunca más me atrevería a subestimarla.

—No llores mujer, que no se ha perdido.

—Por favor, no le diga nada a Catalina. No sé qué pensaría de mí. Ni siquiera ha sido un descuido: se soltó la correa del collar, justo al salir por la puerta. Ella dio un tirón y salió corriendo —me desahogué mientras me limpiaba las lágrimas.

—No te preocupes, no tiene por qué saberlo.

—Se lo agradezco... —Fui a decir su nombre y me di cuenta de que lo desconocía por completo—. ¿Cómo se llama? Disculpe que hasta ahora no...

—Rafael, me llamo Rafael.

Se lo agradecí enormemente. Casi sentía que era él quien la había rescatado, aunque fuera Tara la que había regresado al lugar por su propia inteligencia. Aquel hombre que apenas levantaba la mirada del periódico y con el que solo cruzaba cuatro palabras relacionadas con la noticia del momento había sabido tranquilizarme. Calmó mi desesperación con la misma actitud con la que me contaba cómo los franceses volcaban los camiones de naranjas.

Catalina nos estaba esperando arriba, tras la puerta, atenta a cualquier sonido que le indicase que ya habíamos vuelto.

—Pero ¿cómo habéis tardado tanto?

—Ya... Pensé que le vendría bien caminar un poco más, así que me la llevé a otro parque que pilla un poco más lejos.

—Ha pasado casi media hora.

—Se me fue el santo al cielo. Se puso a jugar con otros perros y me despisté.

—Me habías asustado, pensé que te había pasado algo. —En ese instante se percató de mi aspecto—: ¿Por qué estás empapada?

Debí mentir muy bien, porque el interrogatorio duró poco y no levanté ninguna sospecha. Tuve la sensación de que me estaba acostumbrando a no ser sincera con una facilidad pasmosa. Catalina cogió a Tara en brazos y se alejó por el pasillo con intención de secarla con la toalla de siempre. Mientras tanto, mojada y habiendo recuperado la respiración normal, acudí un día más al bar de Eugenio en busca de su menú. Ahí terminó mi jornada, cuarenta y cinco minutos más tarde de lo habitual.

Capítulo 22

Debí de llegar a casa casi a las cuatro, porque el telediario ya había terminado. Solo tenía ganas de dormir, para calmar el sofoco de un par de horas atrás. Sin embargo, nada más poner un pie en el pasillo me di cuenta de que sería imposible. Ángeles, mi suegra, se había presentado por sorpresa.

—Íbamos a esperarte para comer, pero Juanjo me dijo que solías llegar bastante tarde —se disculpó.

—Sí, no te preocupes. Hoy parecía que el día no iba a terminar nunca.

—He traído boquerones, que os encantan.

No entendí ese plural porque yo nunca me he posicionado en torno a los boquerones. A quien realmente le gustaban era a su hijo, así que por extensión me debían de gustar a mí. Ángeles siempre era de las que daban por hecho las cosas. Que sí, que me gustaban, pero porque nunca he sido de hacer ascos a nada, así que en esa combinación funcionábamos muy bien.

Juanjo ni se dio cuenta de que había llegado mucho más tarde de lo habitual. Ahora creo que nunca fue muy consciente de mis horarios. Me miró y por un instante me pareció que iba a decirme algo sobre mi aspecto húmedo, pero solo dijo:

—Mi madre ha venido para irnos luego a la agencia.

—¿A la agencia?

—Sí, joder, la de viajes. ¿Qué te pasa, Esther? Que estás en Babia.

No le había preguntado a Catalina por lo de cogerme unos días y ausentarme en navidades. Iba a tener que tomar la decisión en ese momento, sin consulta previa. No quería reconocer mi despiste. Otro más, no.

—Mira qué buena pinta tienen —afirmó Ángeles mientras

regresaba de la cocina. Refiriéndose a los boquerones sobrantes, comentó—: Les he dado un golpe de microondas. ¡Qué buen invento el microondas!

—Desde luego que sí —contesté por ambas cosas.

—Ale, pues en cuanto acabes de comer, nos vamos para la agencia —añadió en tono maternal—, que a las cuatro y media creo que ya abren.

—No voy a poder ir.

—¿A la agencia o al viaje? —intervino Juanjo.

—Al viaje. Me ha dicho la asistenta social que en esas fechas no debo ausentarme.

Mentí de nuevo sin tenerlo planeado, pero esta vez sentí que me nacía del alma. Cuanto más imprevista era la situación, mejor era mi mentira. Más creíble, más espontánea. La reacción no se hizo esperar: al segundo ya se habían enzarzado madre e hijo en una discusión de la que acabé formando parte inevitablemente.

—¿Y qué tiene que opinar una asistente social? —me recriminó Juanjo.

—Eso es verdad, no deberían prohibirte cogerte días así —le apoyó mi suegra.

—A ver si porque la tía esa no tenga familia, ahora tienes tú que renunciar a la tuya. Es el colmo —continuó Juanjo, retador—. ¿Y tú qué le has dicho?

—¿Qué le voy a decir, que renuncio al trabajo?

—No, mujer, eso no, que tampoco están las cosas para eso —interpuso rápidamente mi suegra—. Y sobre todo ahora, que acabas de entrar.

—Pues eso pensé yo.

—Estabas mejor en el aeropuerto —refunfuñó Juanjo.

—Mira, la de veces que su padre decía que en agosto nos íbamos de vacaciones y llegaba el mes y aún tardaba algunos días más.

El padre ausente salió a relucir, pero en esta ocasión Juanjo no blindó el tema con una mirada, sino que se enfrascó en una pelea verbal con su madre. Mi asunto se vio eclipsado, afortunadamente, por una cuestión mucho más familiar. Que si no

cumplía sus promesas, que si esos días extra no se los pagaban como era debido, que si a santo de qué venía aquello, que si un buen padre haría tal cosa o tal otra. Me ausenté de la conversación con intención de comprenderme a mí misma, de descubrir el porqué de mi mentira. No había sido únicamente para evitar reconocer un nuevo despiste. No. En ese momento, mis verdaderas ilusiones radicaban en pasar más horas al lado de Catalina, aunque no se tratara de la mejor de las conversadoras y su carácter fuese más propio de la típica maestra que a todo le pone un pero. Anhelaba un nuevo monólogo de esos que me trasladaban a un pasado incierto, en los que ella misma iba dosificando las anécdotas como el mejor de los seriales, terminando de normal con una lección vital que me atravesaba como un dardo. En cuanto me paré a reflexionar, tuve muy claro que Catalina era lo que más me motivaba en aquellos momentos de mi vida, aunque yo no fuese igual de importante para ella. La monotonía y el desprecio que Juanjo me ofrecía solo se veían compensados con salir cada mañana a las nueve y cuarto y poner rumbo a otra casa que en el fondo era tan gris y lamentable como la mía.

—Pues, ya que te quedas, te dejaré mis llaves, a ver si puedes regarme las plantas —comentó Ángeles, sacándome de mi ensimismamiento.

—Claro, cuenta con ello. A ver si puedo sacar un par de días para ir también al pueblo a ver a mi madre.

—Tendrás que rellenar un formulario de permiso —ironizó Juanjo.

—Ya está bien, dejemos la discusión —sentenció mi suegra.

Me dije que, al fin y al cabo, no se me había perdido nada en Alemania. No tenía nada en contra de mi cuñada Gloria, ni de su marido ni de sus hijos, pero tampoco creía que yo pintase algo allí. Bien pensado, mi mentira podía resultar hasta piadosa, porque en el fondo había algo de verdad, sobre todo si pensaba en las palabras de Pilar cuando días atrás me había recalcado que lo importante no era solo la limpieza, sino también la labor de compañía.

Juanjo y mi suegra se fueron a la agencia de viajes en cuanto

se frenó la discusión. No me nació el tener que acompañarlos; total, para qué. Me sentía más útil quedándome a recoger la mesa y fregar los platos. La casa quedó en calma. Cuando terminé de limpiar y dejé de pensar en lo ocurrido, me pareció que aquel era el momento ideal para ver la película del videoclub. Observé una vez más la carátula, el título: *Vente a ligar al Oeste*.

Al meter la cinta en el aparato sentí esa misma ilusión de la infancia, la de cuando veías unos dibujos animados que te fascinaban, con la diferencia de que esta vez no sabía con qué me iba a encontrar más allá de una comedia al uso de aquellos años setenta. Me senté frente al televisor dispuesta a descubrir a otra Catalina, a una que nada tenía que ver con la que yo conocía; con la que, más bien dicho, acababa de conocer. No salía todo el rato, pero tenía un personaje importante, que aparecía de vez en cuando para soltar alguna gracia. Me resultó muy divertida con todas aquellas frases delirantes. Me hizo reír de verdad, lo sé porque en algún momento me vi reflejada en la pantalla y me descubrí con una sonrisa gigante. Nunca me hubiera imaginado a Catalina con eso que llaman vis cómica, con la capacidad de soltar un chascarrillo y marcharse. Su voz se hacía tremendamente reconocible, aunque la emplease de un modo distinto al que yo estaba acostumbrada a oír en aquel oscuro salón. Físicamente estaba cambiada, como era lógico. En la película era una mujer contestona, con un acento muy castizo y con el pelo rubio, muy rubio. No pude resistirme a buscar la fecha de la película en la propia carátula; estaba por detrás, en pequeñito. 1972. Habían pasado concretamente veintisiete años. Inevitablemente hice cuentas para ubicar qué estaría haciendo yo en ese mismo año. Mientras Catalina rodaba la película, yo estaba jugando en el patio del colegio. Mi vida no se parecía en nada a la suya; habían discurrido en paralelo hasta cruzarnos por fin a día de hoy.

Al cabo de poco tiempo, escuché la puerta de casa. Juanjo había llegado antes de que terminase la película. No quise esperarme a que acabase. Saqué la cinta, asumiendo que él tenía el monopolio de la televisión, lo cual, en caso de seguir cabreado, sería de lo poco que podría evadirle. Aun así, acabamos

discutiendo.

Capítulo 23

Por lo menos al día siguiente no llovía, así que no eché de menos el paraguas. Esta vez solo tenía que acordarme de comprar uno nuevo. En ese momento no me di cuenta, pero de un día para otro habían cambiado muchas cosas, más de las que podía suponer. Hasta mi saludo matinal con el portero me resultó distinto.

—Buenos días, Rafael.

—¿Qué hay? Buenos días. —Sonrió con un gesto de complicidad—. Una pregunta: ¿usted fuma?

—No —respondí—. A lo mejor alguna vez, cuando tenía quince años, pero no.

—Ahora ya no se puede fumar en ningún sitio, ni siquiera en los aviones. Cuando comience el próximo año, quedará absolutamente prohibido.

No me lo podía creer: al final aquella habladuría había resultado ser verdad. Pensé en decirle que eso lo había oído hacía muchos meses, pero con tal de no llegar tarde no quise contarle mi vinculación con los aviones, bueno, más bien con el aeropuerto. Me acordé de algunas compañeras, especialmente de Marta y de Sagrario. Me la imaginé llegando con su marido, como cada mañana, veinte minutos antes. Y a Marta resolviéndole la vida a todos los turistas perdidos. También las visualicé discutiendo entre ellas, peleando por cualquier motivo absurdo en la hora del descanso. Lo de poder fumar siempre nos dividía.

Ese día me puse con los baños y continué con los cristales. La lluvia del día anterior había tirado por tierra todo el esfuerzo que había puesto en los ventanales unas jornadas atrás.

—Ayer vi una película suya —le dije sin parar de frotar.

—Ah ¿sí? ¿En la tele?

—No, era en vídeo. —Intenté no parecer entusiasmada—. La

teníamos por casa. Hay muchas cintas, me puse a ordenarlas y apareció esa.

—Pues qué casualidad. —Sentada en el sillón, no pareció convencerle mi explicación.

—Era la de *Vente a ligar*...

—*Al Oeste*. —Ella completó el título, como si no pudiese evitar tener la última palabra.

Durante unos segundos se hizo el silencio, con mi constante miedo a decir algo que pudiese incomodarla. También era en ese espacio de tiempo en el que Catalina parecía meditar sus palabras, como preparando lo que iba a contestar. Había ocurrido más veces y ya no me era ajeno. Conocía perfectamente esos segundos que cada vez se tornaban menos tensos al saber que, en breve, ella haría su intervención. Solo era cuestión de dejarla bucear en el recuerdo.

—Aquella película tenía su gracia. La rodamos enseguida, porque entonces se rodaba muy deprisa. Pero los equipos eran muy buenos. —Pareció querer justificarse—. Los técnicos de luces, los mejores; el de sonido también. Era gente muy buena. Pero no le tengo buen recuerdo.

—¿Por qué? —Me giré, esperando su respuesta.

—Había una argentina que me hizo la vida imposible, de esas que parece que más que trabajar se dedican a poner zancadillas.

—¿Otra actriz?

—Sí... —Me miró fijamente y cambió el tono de voz—: ¿Qué te ha pasado? ¿Y esa marca?

Me quedé sin saber quién era la actriz y qué le había hecho. Catalina se había percatado de mi rojez en el lado derecho de la mandíbula. Durante unos segundos no supe qué contestar. Los mismos en los que ella me observó con las cejas arqueadas. Y por una vez en mucho tiempo conté la verdad:

—Es de ayer, por mi marido.

—¿Te ha pegado? —preguntó sin dramatizar.

—Bueno, me dio un bofetón.

—Eso es que te ha pegado. ¿O qué te crees tú que es un bofetón? No me tienes por qué contar nada, pero que sepas que no

me voy a asustar.

—Discutimos. Y él estaba bastante enfadado. No le suele pasar, ¿eh?

—¿Has ido al médico?

Le contesté que no. Tampoco hacía falta y no me insistió. Ni siquiera preguntó el motivo de nuestra discusión, a lo mejor porque intentaba ser tan prudente como en ocasiones lo era yo, entrando de puntillas en lo más íntimo de su vida privada. Sin embargo, se tragó la prudencia para decir:

—No deberías consentirlo, pero no seré yo quien te lo diga.

—De verdad que no ocurre a menudo. Es solo cuando bebe; bueno, si bebe mucho, quiero decir.

—Pues también podría darle por ponerse cariñoso. Como a Rita.

—¿Rita?

—Sí, Rita Hayworth. ¡Ya te lo conté! Lo del rodaje en el Retiro, el Florida Park y todo eso.

Me acordé de aquella batallita, que consiguió sacarme una sonrisa por lo inesperado de la referencia. Ella tenía eso, podía saltar de un asunto a otro, desconcertándome al no entender bien si le daba la importancia que merecía a cada uno. Ahora también pienso que igual lo hacía para no violentarme, con intención de cambiar de tema y quitarle hierro al asunto. Era uno de esos detalles ocultos que para nada esperan alguna muestra de agradecimiento.

—No lo digo por excusarle, pero ahora mismo está en un momento complicado —expliqué—. Hace ya más de dos años que lo despidieron del trabajo.

—Dos años es mucho para un momento complicado.

—Sí... A ver si pronto sale algo de lo suyo.

Se hizo el silencio, pero esta vez desde la resignación. No había nada más que añadir, al igual que tampoco había solución. Me giré, paño en mano, para continuar con los cristales.

—*Vente a ligar al Oeste*. —Se rio brevemente, sin disimularlo —. Anda que no tenían guasa con los nombres. A veces era mejor el título que la película.

Y como en tantas otras ocasiones desapareció por la puerta del salón. Mi herida, esa marca al descubierto, quedó simplemente como un pequeño paréntesis que ella supo cerrar a la perfección, con una de esas salidas suyas que acababan dejándome una sonrisa en los labios. Nada había ocurrido.

Terminé las tareas del hogar, saqué a Tara con un cuidado extremo y me fui a por el menú. Visto así puede parecer que mi día a día resultaba monótono; para mí, no lo era. Al ser las dos del mediodía, Rafael ya se había ausentado de su mesa. Subí, sin imaginar que esta vez la despedida sería distinta, de lo más inesperada.

—¿Te gusta el teatro? —me preguntó Catalina de repente mientras le alcanzaba la bolsa con la comida.

—Sí, imagino que sí.

—¿Cómo que imaginas?

—Es que no recuerdo haber estado...

—¿Y qué haces el día treinta y uno?

—¿De este mes?

—Sí, el treinta y uno de este mes. Nochevieja. ¿Qué haces? —Parecía que se le acababa la paciencia ante mis preguntas de extrañeza.

—Pues... no hago nada.

—Ya sí: te vienes conmigo al teatro.

Cuando fui a decirle «Muchas gracias» ya estaba prácticamente cerrando la puerta. Pero me fui muy contenta. El día que más.

Capítulo 24

En casa el fin de semana pasó sin sobresaltos. Palabras las justas y alguna buena intención por su parte. Juanjo aprovechó para cambiar la bombilla fundida del recibidor y arreglar un par de cosas más. Incluso fue al supermercado sin que yo le dijese nada. Sentí tal hartazgo dentro de mí que no quise ni comer lo que quedaba de los táperes de mi suegra, aunque Ángeles no tuviera la culpa de nada.

Cuando llegó el lunes me invadió de nuevo la sensación de libertad. Me resultaban más reconfortantes los días laborables que los festivos, algo que me había ocurrido también en algunas ocasiones trabajando en el aeropuerto, incluso en el tanatorio, claramente motivada por la curiosidad. Quién se habrá muerto hoy, qué aviones irán con retraso, qué miembro de la familia llorará más o a quién detendrán en el control de aduanas. Lo reconozco: mi vida fuera de casa era mucho más interesante que dentro de ella. Ahora ya no había ataúdes de madera ni pasillos interminables en mi día a día, pero la mera existencia de Catalina ya era para mí un aliciente. Hasta en su propia decadencia.

Me pasé casi toda la mañana pasando la aspiradora, de manera que con el ruido atronador que hacía no hubo muchas oportunidades para entablar conversación. Estuvo leyendo algunas revistas e incluso haciendo los crucigramas que estas traían. En ocasiones observé cómo movía los labios, casi hablando sola, para sus adentros, imagino que intentando resolver los pasatiempos. Me recordó a mi padre, que hacía exactamente lo mismo: se concentraba frente a la página y parecía que no existía nada más. Cuando apagué el estruendoso aparato, la abordé con algo que no dejaba de rondarme por la cabeza.

—Catalina, estaba yo pensando... Para el teatro, ¿hay que ir

vestida de alguna manera especial?

—Mujer, es Nochevieja, aunque solo sea por eso. No hace falta que vayas como Sisi Emperatriz, pero date lustre.

—Bueno, algo encontraré, que todavía quedan dos semanas.

—Oye, no quiero que pienses que te he invitado porque tu marido te haya dado un bofetón. He conocido a muchas con maridos semejantes. —Dejó el bolígrafo sobre la revista, con intención de tomarse una pausa—. Tampoco te hagas muchas expectativas, a ver si luego no te gusta la función, que no es *La venganza de Don Mendo*.

—¿Y cuál es?

—Una que está ahora en La Latina. Pásame ese sobre, la carta de allí.

Señaló la cómoda en la que semanas atrás había escondido aquel dinero restante en uno de sus muchos cajones. Le acerqué el sobre, que era el mismo que me había dado el portero la semana anterior, con el remite del teatro. Catalina lo abrió de nuevo y forzó la vista para lograr leer unas letras minúsculas.

—Sí, pero no —dijo mientras leía. Lo repitió de nuevo—: *Sí, pero no*. Pues así se llama.

—¿*Sí, pero no*?

—Eso. Me las ha enviado Lina, que siempre es tan cumplida. Casi nunca voy a nada, pero ella no desiste. Vamos, que te invito porque me invitan, no es que me haya costado nada.

Entendí que se refería a Lina Morgan. Luego me aclaró que, aunque no salía en la obra, era la dueña del teatro. Habían trabajado juntas en una película.

—*La descarriada* se llamaba. Hacíamos de putas, porque en ese momento todas hacíamos de putas. De putitas graciosas, me refiero.

—A mi madre le encanta Lina Morgan.

—Sí... A todo el mundo le encanta. En el cine español no eres actriz hasta que no interpretas a una prostituta.

Me percaté de que no le apetecía mucho hablar de Lina. Evadió el tema con descaro y siguió explayándose sobre aquella película y los personajes de prostitutas. No estaba dispuesta a

quedarme con la intriga de si todo era motivo de envidia a otra actriz o si realmente existía alguna rencilla entre ellas, así que me atreví a forzar la conversación de manera inocente.

—Yo a ella la veía en la serie esta del hostal, la que ponían hace unos años. ¿Sabe cuál le digo?

—Sí, claro, la de la primera, que duró mucho tiempo. Oye, ¿tú sabes cocinar?

—Pues como todo el mundo. Cocino normal, las cosas de casa, pero le puedo preparar lo que quiera.

—Ya te lo diré, porque tendré visita. Pero lo organizamos con tiempo.

—Puedo hacer tortilla de patatas. O una ensalada, gazpacho...

—No, no, esas cosas no. Tiene que ser algo más elaborado. Ya veremos; por ahora olvídate.

Asumí que lo más seguro era que nada de lo que preparase le fuera a gustar. Nunca había sido una cocinera excelente, aunque lo que le preparaban abajo, en el bar de Eugenio, tampoco podía ser muy distinto a lo que yo solía hacer. Lo que me dio que pensar fue el hecho de que alguien pudiese acudir a visitarla, que alguien fuera a entrar en esa casa que parecía amurallada. Seguro que no sería Lina Morgan.

Fueron pasando los días hasta que llegó el veintitrés, el día en el que Juanjo y mi suegra volaban a Berlín. Como el avión salía por la tarde, les acompañé al aeropuerto. Ángeles llevaba la mitad de la maleta repleta de jamón, chorizo, queso y un montón de comida de la que se supone que no venden en Alemania. El vuelo iba con un retraso de media hora, así que aprovechamos para bromear sobre las pocas palabras que sabíamos en alemán, las que alguna vez nos había enseñado Gloria y que pronunciábamos de tal manera que nos entraba la risa. Juanjo y yo nos despedimos con un beso en la boca de los que hacía tiempo que no nos dábamos. Justo al girarme, dejando a mis espaldas el control de equipajes, me choqué con Sagrario.

—Hija mía, benditos los ojos. —Me abrazó con alegría sincera.

—Sagrario, ¿qué tal estás?

—Pues ya ves, aquí, fregona en mano, como de costumbre. Menos mal que mañana libro.

—¿Y Marta?

—Ahora está en el turno de mañanas. Y mira, mejor, porque me ponía de los nervios. Desde que no estás tú, la veo más redicha. Bueno, ¿y qué haces aquí?

—Nada, mi marido y mi suegra, que se marchan a Alemania. Y he venido a acompañarles.

—Qué apañada eres que te da tiempo a todo.

—¿Y tu marido qué tal?

—Mira, calla, que lo he tenido ingresado el mes pasado por un cólico. Y claro, no podía traerme, así que me tocaba venirme hasta aquí en autobús... No sabes cómo me he acordado de ti. Bueno, ¿y en qué estás ahora?

—Limpiando en una casa, pero de una actriz.

Le nombré a Catalina sin entrar en detalles. Hizo un gesto de recurrir a su memoria y enseguida contestó que sabía perfectamente quién era. Hasta la describió físicamente para asegurarse de que estaba en lo cierto.

—Claro, una así menudita, con el pelo rubio, bueno, castaño más bien. De las películas de antes.

—Sí, exacto.

—Lo que pasa que yo no veo el cine de aquí, porque siempre es lo mismo. Que si la guerra civil, que si tristezas...y, si no, son todo historias de putas o tías en pelotas.

Tras despedirnos, me fui de allí acordándome de todas las prostitutas del cine español.

Capítulo 25

Siempre me gustó la Navidad, hasta que falleció mi padre. A partir de entonces tomó un matiz melancólico que me alejaba todavía más de los bonitos recuerdos de la niñez. Procuré que fueran unas fechas sin tristeza alguna, pero me acabé convirtiendo en un robot al que le dicen lo que tiene que hacer o a dónde tiene que ir. El resto de los familiares eligen los días y el lugar y yo me conformo sin mayor interés. Al menos hasta el momento en el que fui capaz de tomar una decisión, motivada no sabía muy bien por qué. Al no viajar a Alemania podría cumplir el lógico deseo de mi madre de acudir al pueblo y pasar la Nochebuena con ella y mis hermanos. Aun así, antes de ello, la mañana del veinticuatro también trabajé. El mundo no iba a parar porque unas horas más tarde todas las familias se reunieran alrededor de una mesa.

Me había hecho a la idea de que Catalina sería tan reacia como yo a dichas fiestas. Tanto su casa como la mía brillaban por la ausencia de detalles navideños, por lo que bien podría ser abril o diciembre. Aquel día me decidí a dar un paso más; tímidamente, sabía que me lo podía permitir. Metí una observación personal justo tras desearle feliz Navidad.

—Aunque imagino que tampoco le gusta. A mí la Navidad me da igual.

—No, no es eso. Lo que pasa es que una se hace mayor y ve las cosas de otra manera. Además, todavía es veinticuatro.

—Ah. Como no pone el árbol ni esas cosas, pensé que no le gustaba. En mi casa tampoco ponemos nada.

—Pero eso es porque está todo allí, en un altillo del armario de la salita. Es un engorro —se lamentó—. Ponerlo, sacarlo, montarlo, para después quitarlo, y yo sola con toda esa cacharrería.

—¿Y si lo pongo yo? En cuanto acabe de limpiar el polvo.

Se calló durante unos segundos; después arqueó las cejas por respuesta. Hizo un gesto de conformidad y respondió:

—Si tanta ilusión te hace, ponte con ello. Pero, eso sí, en cuanto pase Año Nuevo lo quitas, que al final es una batalla de trastos por en medio.

Me sorprendió darme cuenta de que, efectivamente, me hacía mucha ilusión. En parte porque me apetecía darle algo de color a la casa, verla de un modo distinto, y también porque quería que Catalina se sintiese más acompañada, acorde a lo que tocaba en esa época del año. Me sentí, de repente, los tres Reyes Magos, devolviéndole a alguien la Navidad.

Acudí a la salita, teniendo que subirme a un taburete para llegar al dichoso altillo. Allí había dos cajas grandes por donde asomaban algunas luces y distintos espumillones. Las cogí. Justo cuando iba a cerrar el armario para disponerme a bajar, observé un montón de revistas apiladas. En la de arriba del todo estaba Catalina en la portada. Aproveché que no estaba en la estancia para poder cotillear una parte de aquella montaña de papel. La revista en cuestión se llamaba *Cine en 7 días*. No me sonaba absolutamente de nada, debía de ser muy antigua. Busqué la fecha: 1964. Ella posaba con la cabeza algo girada, sin llegar a estar de perfil. Y sonreía discretamente, pero con ese aire poco natural que tienen las artistas, que a lo vez las hacen creíbles. «Catalina Muñoz, una actriz que afianza», se podía leer en el titular. Quise abrirla, pero supe que podía resultar sospechoso que me demorase demasiado. Me limité a hojear rápidamente algunas de aquellas portadas. También había recortes de periódicos y pequeños anuncios de obras de teatro. La escuché caminar por el pasillo, por lo que bajé del taburete cargando con las cajas, dispuesta a entregarme a las labores de decoración.

La verdad era que todo en aquellas cajas estaba algo destartalado, de haber vivido varias navidades sin ver la luz. Me dijo que el árbol lo montase sola —le debía de parecer más aburrido—, pero que le avisase para el belén porque le gustaba colocarlo a su manera. Abrí las aspas que hacían de ramas del

abeto artificial y fui colocando las bolas de colores que aún resistían el paso del tiempo. Había algunas plateadas y rojas, y otras en color azul que nunca había visto antes en ningún lado. También coloqué adornos de angelitos y corazones a modo de colgantes. Por un momento sentí que viajaba a mi niñez y recuperé la alegría de algo que creía olvidado. Podía hacer más de veinte años que no montaba un árbol con esa fascinación, disfrutando con dedicación de cada detalle. En cierta forma, lo hice mío. Había algo de egoísmo en mi labor, en una idea que reconozco que no era tan altruista. Al fondo de la caja estaba la estrella. La coloqué en lo alto y cerré los ojos, pidiendo un deseo. Era algo que hacía de niña, sabiendo que no existía tradición alguna en ello, sino que simplemente se trataba de una de esas muchas invenciones infantiles que debí de copiar de alguno de mis hermanos.

Las luces estaban medio estropeadas. Había bombillas que parpadeaban y otras que no, la gran mayoría. Así que decidimos que era mejor no ponerlas. Al rato nos pusimos con el belén en la mesa baja del salón, después de apartar de ahí los libros que siempre estaban por encima. Las figuritas eran muy infantiles, parecían dibujos animados. Tenían las caras redonditas y muy expresivas, llenas de felicidad. Juraría que ya no fabricaban ese tipo de belenes, así que debía de ser tan antiguo como todo lo demás.

—A los Reyes hay que colocarlos en la otra punta, porque van avanzando hasta que llegan al portal —dijo Catalina con seguridad.

—Hace tanto tiempo que no lo monto, que ya no sé ni cómo hacerlo.

—Pues esto debería de ser como ir en bici, que dicen que no se olvida. ¿Qué pasa? ¿En tu casa eran árabes y no se ponía?

—No, qué va. —Me reí ante la ocurrencia—. Ha sido después, con mi marido.

—Ya me lo imagino un poco moro —comentó con sorna.

—No, de verdad que no. Es por su padre, los abandonó hace muchos años y desde entonces rehúye de la Navidad. Creo que no tenemos ni decoración.

—¿Y qué culpa tienes tú de que se fuera el padre?

—Ninguna, pero imagino que todas esas cosas deben recordarle a él, y aquello le avinagró el carácter.

Catalina cortó el tema para corregirme: prefería poner la mula a la izquierda y el buey a la derecha. Me asignó colocar ovejas y cerditos por todo el belén.

—Estos cartones ponlos al fondo, que son las montañas —ordenó—. Y aquí tienes al pastor, ponlo con las ovejas. —Obedecí —. Pues a mi marido le encantaba la Navidad. Lo decoraba todo con una precisión y un buen gusto increíble.

—¿Estaba casada? —Lo pregunté de golpe debido a la sorpresa que me llevé.

—Claro. Si te piensas que no he catado varón o que me he quedado para vestir santos, estás muy equivocada. Me casé cuando tenía veintisiete años, así que imagínate.

—Hace mucho tiempo, sí —me limité a decir, reprimiendo mi curiosidad.

Ella terminó de colocar el portal, con precisión y detalle, a su gusto. Consciente de que había abierto un nuevo capítulo en su vida que me era desconocido, decidió proseguir, como si intuyese mis deseos.

—No sé cómo se iría el padre de tu marido, pero Martín se marchó con la idea de no volver jamás.

—Bueno..., desapareció antes de que nos casásemos, sin dar ninguna explicación. Tampoco lo sé muy bien porque es un tema que no se toca en casa.

—Martín y yo lo teníamos todo hablado. Él nunca llevó bien que fuese actriz, aunque ya me dedicara a eso cuando me conoció. Era pintor y, claro, lo mío le parecía una frivolidad. También ganaba más que él, muchísimo más, y eso a los hombres no les gusta...

Iba narrando sin dejar de acomodar su creación, aquel belén desempolvado que por fin veía la luz después de siglos. Se tomaba sus pausas y corregía todo aquello que yo había montado con anterioridad, sin perder el hilo de la historia.

—Luego vino el problema de los hijos. Él quería y yo no.

Bueno, yo sí quería, pero más adelante. Cuando trabajas de lunes a domingo, rodaje tras rodaje o con doble función, lo que menos te planteas es la maternidad. Martín no supo esperar y se cansó, no sé bien de qué, pero me dijo que se había cansado. Que lo mejor era separarnos. —Pausó su discurso y levantó la mirada, dirigiéndola hacia mí—. Podría decirte de carrerilla por lo menos veinte actrices que no han sido madres. Así, del tirón: María Luisa, Esperanza, Julieta, Gracita, la Asquerino. Nuestra profesión está por encima de nosotras. Si amas el oficio, no hay lugar para convencionalismos.

Me quedé sin palabras. Intenté poner apellido a cada uno de esos nombres, pero su discurso seguía y me atrapaba de tal manera que ni tiempo me daba de pensar en la frase anterior.

—No puedes vivir esperando al príncipe azul, ni querer ser la perfecta ama de casa. Cuando sabes valorar lo mucho que cuesta llegar arriba, tu trabajo se convierte en lo primero... —Respiró unos segundos—. ¿Y el ángel? ¿Dónde está el ángel?

Catalina interrumpió de golpe su maravilloso monólogo, como si la falta del ángel anunciador la hubiese traído de nuevo al presente. Nos pusimos a buscarlo. No estaba dentro de las cajas. Tampoco encima de la mesa. Pasado un minuto lo dimos por perdido. De pronto salió mi lado más eficiente y propuse:

—Podríamos usar uno de los que hay en el árbol, de los colgantes.

—Pero no son iguales que el resto de las figuras.

—Bueno, es eso o dejarlo sin ángel, ¿no?

—Pues tienes razón. Es la mejor idea que has tenido en todo el día. Anda, acércame uno.

Y tal y como lo pidió, cogí uno cualquiera de los que había en el árbol y ella lo colocó encima del tejado del portal, dando por zanjado el montaje navideño. Se levantó, lo miró desde lejos y puso cara de satisfacción. Quité las cajas vacías de en medio y volví a subirlas al altillo en el que estaban. Allí seguían todas esas revistas y recortes de prensa que tanto me tentaban. Pero me controlé.

Catalina, en plan benevolente, me dijo que me marchase ya,

sin pasear a Tara ni ir a por la comida, que ya lo haría ella.

Nos despedimos sin desearnos feliz Navidad, sabiendo que pocos días más tarde volveríamos a vernos.

Capítulo 26

Al salir de casa de Catalina ya iba preparada para marcharme al pueblo sin tener que pasar por casa. Acudí a la estación de autobuses y llegué a Talavera a media tarde. En aquel 1999 la Nochebuena caía en viernes y el día de Navidad en sábado; por lo tanto, no volvería al trabajo hasta el lunes veintisiete. Me quedaría todo el fin de semana con mi madre. También estarían mis dos hermanos, mis cuñadas y mis sobrinos, unos un día y otros el siguiente. Siempre se turnaban, con intención de no dejar a mi madre sola; yo me adaptaba a lo que ellos querían. Era algo que teníamos hablado desde que falleció mi padre, y mi madre no decía ni mu. Conforme para todo. En eso nos parecíamos bastante.

La Nochebuena fue la misma de tantas otras veces. Mi madre centró toda su pensión del mes en que en esos días no faltase de nada. Comida en cantidad y Raphael en la tele. Mi madre era de las que se sabían todas sus canciones; como nunca había podido ir a un concierto, verlo la noche del veinticuatro —aunque fuera a través de una pantalla— le parecía toda una ceremonia. A veces hasta bromeábamos en familia sobre qué sería de ella el día que Raphael se jubilase. Y ella siempre aseguraba que tenía cuerda para rato, que no se iba a retirar.

—Desde luego, mira que es sacrificado tener que trabajar en Nochebuena —dijo mi hermano Pedro, buscando hacer la gracia.

—No seas tonto, ¿no ves que es grabado? —le contestó mi madre mientras seguía trayendo platos a la mesa.

—Mamá, siéntate un rato, que al final ni cenas bien ni lo ves tranquilamente.

—No me hace falta verlo, con escucharlo es suficiente. Haced sitio, que ahora voy a traer una crema de champiñones.

Llamé a casa de mi cuñada, en Berlín, para desearle feliz

Navidad y hablar con Juanjo y mi suegra. Se fueron pasando el teléfono unos a otros y nos despedimos hasta más adelante.

Al día siguiente, también como tradición, comimos de todas las sobras de la noche anterior, pero esta vez con mi otro hermano, Manuel, y con su familia. No les había contado nada de mi nuevo trabajo; pensaban que seguía todavía en el aeropuerto. Les costó ubicar a Catalina, algo que a mi madre, más puesta en eso de las actrices, no le había llevado ni un minuto. Les conté la historia por encima y empezaron a acribillarme a preguntas.

—¿Y tiene pasta?

—Pues no creo. Si he tenido que ir por la fundación esa, no creo que esté boyante.

—¿Y os paran por la calle?

—No. Es que no salimos juntas a la calle. A su perra la paseo yo sola.

—¿Y por qué ya no trabaja?

—Pues no se lo he preguntado. Imagino que se jubilaría o que le pasaría algo.

—¿Y dónde está su familia?

—No lo sé, creo que no tiene. Bueno, nunca habla de ella.

—Hija mía, no sabes nada de nada. ¿De qué habláis?

—Cuando ella quiere me cuenta cosas de su vida, pero es muy reservada. Tiene una foto con el actor que le gustaba a papá, el de las películas del Oeste. John Wayne.

—Joder, pues sí que debió de ser alguien importante —observó mi hermano.

—¿Y conoce a Brad Pitt? —intervino mi sobrina adolescente.

Nos echamos a reír ante la ocurrencia y el tema se disolvió. Mi hermano nos comentó la idea que tenían de mudarse a Madrid para montar un taller mecánico, dejando atrás Toledo. Iban a esperar por lo menos a que sus hijos terminasen el curso escolar y después decidirían. Mi madre recalcó una vez más los peligros de Madrid, con la visión pesimista de quien apenas ha salido del pueblo. Aquello me hizo acordarme de Margarita, así que la llamé para felicitarle las fiestas y, de paso, quedar para vernos una tarde de la siguiente semana, en cuanto regresase del pueblo y ella

estuviera menos ajetreada en el supermercado.

Pasé el resto del fin de semana limpiando la casa de mi madre. A ella le apuraba que lo hiciera y me insistía en que lo dejara, pero me resultaba extraño, incluso feo, pasarme la vida fregando mil rincones y luego ir a su casa y no ayudarla. Si me dieran a elegir, sería sin lugar a dudas el primer sitio en el que me pondría a limpiar. Por ella y por todos los recuerdos que almaceno en su interior.

El domingo todavía seguíamos comiendo sobras y hablando de nuestras vidas. Me preguntó por Juanjo, por nuestro matrimonio. Le mentí. Le dije que todo marchaba estupendamente. No era una mentira como las demás. Veo poco a mi madre como para encima preocuparla. Además, igual que un día estamos mal, al siguiente podemos estar bien, así que tampoco era cuestión de dramatizar la situación.

—Mamá, ¿puedo llevarme el ángel que tienes puesto en el portal? —le pregunté señalando el belén.

—¿Y eso? ¿Para qué? Si vosotros no ponéis nada en Navidad.

—Este año sí. Como estoy sola, he decidido ponerlo. Y me falta el ángel.

—Bueno, cógelo. Si, total, está todo manga por hombro. Como cada vez que vienen, tus sobrinos se ponen a tocarlo todo, y lo acaban rompiendo o lo pierden. A saber.

Ahí sí le había mentido intencionadamente. Le podría haber contado la verdad, pero preferí seguir jugando a esa otra vida que me había ido creando en paralelo en los últimos dos meses. Además, tenía razón, los niños habían hecho de aquel belén un desastre universal: cada año faltaban nuevas figuras que mi madre reponía sin tener en cuenta el diseño de las antiguas. Era una mezcla extraña que definía muy bien el caos que siempre había en mi casa.

Cogí de vuelta el último autobús de la tarde y le prometí que pronto nos veríamos de nuevo. Lo dije sin saber cuándo, pero era verdad que me gustaría verla más a menudo. Imagino que por eso mi inconsciente le había buscado una sustituta.

Capítulo 27

El día veintisiete no iba a ser un lunes cualquiera, pero yo no lo sabía cuando entré por el portal. Rafael seguía inamovible en su sitio. Nos felicitamos las fiestas y en el transcurso en el que bajaba el ascensor aprovechó para alargar la conversación. Si conseguía una mayor confianza a lo mejor hasta podía hacer que me diese cualquier tipo de información sobre el tipo de vida que llevaba Catalina. Pero nada, el tema en cuestión fue por derroteros vulgares y comunes, sobre lo mucho que se comía en esos días y lo agotador que resultaban. Nada nuevo bajo el sol.

Arriba, Catalina me esperaba con cierto nerviosismo que no confesó pero sí adiviné. Me preguntó por las fiestas, pero sin darle mucha importancia. Intuí que realmente no le interesaba la respuesta, que era más bien una cordialidad. Cuando le pregunté por su Navidad, hizo oídos sordos y cambió de tema con aquella maestría suya, tan propia de quien está por encima del poder de las palabras.

—Anda, ven, ayúdame. —Abrió un cajón del mueble más grande que había en el salón—. Vamos a sacar todos los manteles.

—¿Quiere que los planche?

—Sí, eso después. Ahora revisa todos, uno por uno, a ver que no estén mal ni con manchas ni ningún descosido. —Los puso uno a uno encima de la mesa—. Lo haría yo, pero mi vista no es la misma que la tuya.

—Claro, por supuesto.

—El que esté mal, lo descartas. Y lo apartas ahí, encima del sofá. Con las servilletas, lo mismo. Vamos a sacar las de tela, las buenas.

No entendí a qué venía todo ese revuelo, pero la tarea no era tan fácil como parecía. Las servilletas fueron menos complicadas.

Sin embargo, cuando miraba al detalle siempre encontraba algún defecto en el mantel de turno. De los cuatro que había ninguno se salvaba. Uno tenía unas manchas casi invisibles, como de vino o algo parecido, pero si te fijabas se veían. Otro tenía una de las esquinas deshilachada; y había uno con un color extraño, como amarillento, fruto del paso del tiempo. El cuarto era demasiado pequeño y no le gustaba.

—Pero puedo lavarlos. Yo creo que el de las manchas puede salir bien —le propuse.

—No, ni hablar, no hay tiempo.

—¿Y si los lavo a mano?

—No, tampoco. Entre que se secan y los planchas se irá media mañana.

—Puedo quedarme más rato, por mí no es problema.

—No es eso, es que tienen que estar al mediodía. Hoy tengo visita. Viene mi amiga Mary a almorzar.

Al final decidimos que la solución ideal era coser aquel deshilachado en la punta y hacerle un arreglo ocasional. Mientras zurcía no pude dejar de pensar en esa inminente visita que entraría por la puerta. También me acordé de los años de colegio, cuando en segundo de primaria nos enseñaron a coser. Se me daba muy bien. No era algo que hiciese a menudo, pero, como en toda tarea doméstica, me desenvolvía con soltura. Arreglaba mi propia ropa, a veces también la de mi prima Tere y por supuesto algunas prendas de Juanjo, para cambiar algún botón o coser algún bolsillo.

Catalina andaba de un lado para otro. Sin pausa, pero sin prisa. De vez en cuando se acercaba para ver cómo iba quedando el mantel, dedicándome algún «Muy bien» en clara señal de ánimos.

—No te he dicho al final de cocinar nada porque preferí encargarlo. Así no improvisamos.

—¿Quiere que baje al bar de Eugenio?

—¡No, por Dios! Me estoy refiriendo a otro tipo de comida. —Se percató de su actitud y reculó—: Que no es que la del bar no esté buena, entiéndeme, pero hoy quiero algo diferente. A fin de cuentas, Mary viene de Pascuas a Ramos.

—Me puedo quedar para servirles.

—No. No es necesario. Podrás irte antes.

Y continuó paseándose por la casa, revisando que todo estuviera en orden. Cuando terminé de coser me puse con los baños y después barrí el salón, la cocina y el pasillo. Todo olía a limpio, incluso más de lo normal. Catalina se ausentó, tenía hora en la peluquería. Por primera vez la vi atravesar las murallas de su cada vez más humilde castillo. Se lamentó de no haber podido coger cita antes, con el fin de semana de por medio. También me dijo que estuviera atenta, que la comida llegaría a las dos menos cuarto y tan solo me tenía que limitar a sacarla de los envases y colocarla en las bandejas.

Serían la una y media aproximadamente cuando llamaron al telefonillo. Descolgué y escuché un «Soy yo», procedente de una voz desconocida. Era la visita. Y no había nadie en casa salvo yo. Bueno, y Tara, que estaba algo inquieta ante la ausencia de su dueña. Abrí, aunque me imaginé que Rafael seguiría abajo, a pocos minutos de terminar su jornada matinal. Al cabo de unos instantes, sonó el timbre.

Abrí la puerta. La mujer era mayor; podría tener más de setenta años, pero se la veía ágil y elegante. Parecía inglesa o extranjera. Se presentó y me dijo que había quedado con Catalina. Mary era educada, tenía la mirada transparente y una actitud gentil, de buena persona. Reconocí su cara, pero no ubicaba el apellido. La había visto en películas, o quizás incluso en televisión. Tenía ese aire de lo que llaman dama del teatro, distinguida y relajada. Le expliqué la ausencia de Catalina, la invité a pasar y esperó sentada en el salón. Se notaba que ya conocía la casa.

—¿Quiere tomar algo mientras tanto?

—No. Bueno, sí. Un vaso de agua. Gracias, cielo.

De camino a la cocina intenté acordarme de dónde había visto antes a esa mujer. La conocía seguro, no eran imaginaciones mías. Cuando le llevé el refrigerio, ella seguía sentada casi en la misma postura, como si no se hubiese movido ni un milímetro, con aquella sonrisa tan amable.

—Catalina vendrá enseguida —dije—. No creo que tarde ya

mucho.

—No te preocupes. Aquí estoy estupendamente. Además, no tengo prisa. —Dio un sorbo de agua—. ¿Trabajas aquí?

—Sí. Vengo todos los días. Entre semana, quiero decir.

—Ah, muy bien. ¿Y con qué le ayudas?

—Con las cosas de la casa, un poco de todo. Lo que haga falta.

—¿Llevas mucho tiempo? Ay, perdona tanta pregunta. Es que como no te había visto antes...

—Pues hará casi dos meses.

Todas aquellas preguntas tenían un sentido que no alcancé a comprender hasta un poco después. Mary daba rienda suelta a su curiosidad de manera muy poco disimulada.

—Ha sido siempre tan divertida —comentó de repente, deshaciéndose en halagos hacia su amiga—. Con una clase de las que ya no quedan. Y te aseguro... ¿Cómo te llamas?

—Esther.

—Y te aseguro, Esther, que sé distinguir a los buenos profesionales. A lo mejor para otras cosas no, pero para eso tengo un ojo clínico.

—¿Se conocen de hace mucho? —me atreví a preguntar.

—¡Muchísimo! De cuando se hacían los *Estudios 1*, así que figúrate. Las funciones de teatro que emitían por la tele, ¿me entiendes? —puntualizó al ver mi cara de despiste—. Ya habían nacido mis hijas, y son mayores, así que una buena cantidad de años han pasado.

—Catalina me cuenta tantas historias que parece que hubiera vivido muchas vidas —comenté.

—Las actrices siempre vivimos muchas vidas, desde el mismo día en el que decimos ser actrices. —Puso un gesto melancólico y continuó—: Está muy bien que le hagas compañía. Llegamos a una edad en la que, aunque seguimos siendo actrices, cada vez nos queda menos vida. Me alegro de que estés aquí.

—Bueno, no ha sido por ella. Me contrató una fundación.

—Sí, lo sé —me confesó sin perder la sonrisa.

En ese momento se escuchó la llave entrando en la cerradura.

Catalina regresaba a casa.

—¿Lo sabe? —dije estupefacta.

—Sí. —Bajó el tono de voz—. Fui yo quien avisó.

Hizo ese gesto tan propio de silencio y confidencialidad, y se levantó como si nada hubiera pasado. Yo seguía congelada.

—¡Mary! Te has adelantado, ¿no?

—¡Cata! Te veo estupenda.

—Calla, que me han tenido veinte minutos esperando en la peluquería. Total, para un retoquito de nada.

—Estupenda, lo que yo te diga.

Casi al mismo tiempo llegó la comida por encargo. Desde luego, tenía muy buena pinta, nada que ver con el bar de Eugenio. Me despedí discretamente. Las dejé hablando mientras ultimaban juntas los preparativos de la mesa. Se notaba lo mucho que apreciaba Catalina a Mary.

Justo después de cerrar la puerta tras de mí, me acordé: Carrillo. Era Mary Carrillo.

Capítulo 28

Me resultó extraño volver a casa al mediodía y que reinase el silencio. La ausencia de Juanjo era notable a través de una paz que invadía todos los rincones, descolocándome. Por un lado, no escuchaba de fondo ningún programa de televisión ni la sintonía del telediario, banda sonora ya habitual en los últimos años. Y, por otro, sabía que no habría lugar para ningún reproche.

Comí con ganas. Esta vez era mi madre la que se había encargado de ponerme en varios táperes comida para un regimiento. Me resultó raro tener el control del mando de la tele. Fui cambiando de canal hasta llegar a uno cualquiera. No importaba lo que viese porque mi mente no llegaba a concentrarse en nada; me era imposible. En mi cabeza daba vueltas sin cesar la idea de que aquella otra actriz había sido la que había dado el aviso para echarle una mano a Catalina. El rompecabezas encajaba. Pese a la discreción de Pilar y a todo eso que me había contado sobre la privacidad de AISGE, el enigma se resolvió frente a mí sin que tuviera que hacer nada más que estar presente. Antes de quedarme dormida frente al televisor, pensé en lo mucho que me encantaría que, si me viese en una situación complicada, hubiese una compañera que se preocupase por mí. Aunque en mi gremio no puede ocurrir, nos tenemos que apañar solas. A lo mejor la bondad es algo propio de algunas actrices.

A pesar de la insólita siesta, llegué a tiempo a mi encuentro con Margarita. Ella, perfectamente conjuntada como de costumbre, se había adelantado a la hora. Me dijo que se debía a que se agobiaba en casa, por lo que había salido antes para que le diese el aire.

—Estoy ya harta del tambor «ropopompón» y de los peces en el río —se lamentó.

—Bueno, Marga, es lo que toca. Lo raro sería que sonase en primavera.

—Sí, el problema es que llevan desde el uno de diciembre con la musiquita. En cuanto nos descuidemos se pondrán a vender turrones en noviembre.

—¡Qué exagerada!

—No, cariño. Que tú sabes lo que es trabajar en estas fechas en un supermercado.

Me acordé de aquella época. Nunca me pareció un mal trabajo, pero comparado con el de ahora era mucho más monótono. Margarita me puso al día de todas las desventuras de la plantilla, los jefes y los repentinos cambios de horario. En eso yo no tenía queja alguna, resultaba muy satisfactorio poder organizarse siempre con la misma jornada.

—¿Y qué tal con la actriz? —preguntó atusándose el pelo.

—Catalina. Pues muy bien, la verdad que cada vez mejor.

—¿Ves como todo era cuestión de acostumbrarse? Es que eres muy impaciente, Esther, te lo tengo dicho.

—Bueno, no te creas. Es muy particular, pero me gusta esa forma de ser tan distinta a mí. Además, yo le dejo su espacio... Es ella la que ha ido cogiendo confianza. Ahora incluso me cuenta batallitas.

—¿Qué batallitas?

—Pues cosas suyas, historias del pasado. Sobre actores o rodajes. A veces se pone a contar algo como si le hablase al mundo entero, y de pronto vuelve en sí y cambia de tema. Me hace mucha gracia.

—Podrías llevarme un día.

—¿Para qué?

—Pues para conocerla, mujer. No va a ser para limpiar las dos a cuatro manos.

Nos reímos. Mientras el camarero traía la comanda, le confesé a Marga que me apetecía tener algún detalle con Catalina por las fechas que eran. Debatimos si era mejor un pañuelo o un perfume. Luego decidimos que sería mejor algo menos personal, sin concretar el qué. También le informé del plan de Nochevieja de

acudir al teatro, y acabé contándole lo del árbol y el belén e incluso lo de aquella sensación infantil que creía haber olvidado.

—Pero ya va siendo hora de que lo pongas en tu casa, si tanto te maravilla —me animó.

—Uy, qué va. Con Juanjo, imposible. Vamos, es que ni pensarlo.

—¿Qué pasa? ¿Que los abandonó en Nochebuena? ¿En mitad de la Misa del Gallo?

—No. Se fue en el mes de abril.

—Pues mejor me lo pones. ¿Qué culpa tendrá la Navidad de que él esté amargado? Además, está en Alemania. Ahora que estás sola, aprovecha y ponlo todo. Luces y todo. No te quedes con las ganas.

Pero no. Le dije que con haber montado lo de Catalina ya me daba por satisfecha. La casa de ella era una extensión de la mía, un viaje a la curiosidad y a veces a la infancia. Era mi escondite, y con eso tenía suficiente.

—¿Y te has quedado aquí, mano sobre mano?

—No, me he ido a Talavera, a ver a mi madre, a mis hermanos. Estuve el fin de semana entero.

—¿Yo te he contado lo del curandero de Talavera? Pues mira, resulta que una prima de mi madre, prima segunda, tenía unos dolores de espalda tremendos. Una cosa fatal…

Margarita dejó atrás mis navidades y se apoderó de la conversación. También de la atención de alguna de las mesas que estaban alrededor. Al relato no le faltaba ningún detalle, como era habitual en sus fabulosas historias.

—Pues resulta que el señor este te daba una galleta y te ponías bien. ¡Te curaba! —El camarero nos trajo la cuenta—. Yo te invito… Esto me lo contó mi madre. Hace la tira de años. Todo el mundo que iba por allí se comía una galleta y se curaba.

—Fíjate qué curioso —le concedí.

—Que, por cierto, el otro día en el súper entró un tío a robar un paquete de galletas. Ya ves tú, un simple paquete de galletas. La que se lio. Claro, el encargado lo pilló y empezaron ahí a pegarse, la gente gritando…

Se recreó en el dramatismo, como a ella le gustaba. La escuché sin prestar mucha atención. Aquellas historias de Marga no me parecían tan fascinantes como las que me estaba acostumbrando a oír en mi rutina laboral. Luego dimos un paseo por las tiendas del barrio, pero no me decanté por ningún regalo.

Capítulo 29

Al día siguiente me pasé todo el trayecto del autobús pensando en qué me pondría para la noche del treinta y uno. Marga se había ofrecido a prestarme algo, y quizás fuese la mejor opción teniendo en cuenta lo bien que iba siempre, hecha un pincel, como diría mi padre. Debatiéndome entre falda o pantalón, blusa o camisa, se me pasó el viaje enseguida.

Rafael se encontraba repartiendo propaganda en los buzones o algo parecido. La cuestión es que no pudo pararse a hablar conmigo como otras veces. Nos saludamos y poco más.

Cuando llegué arriba, Catalina debía de estar esperando detrás de la puerta, pendiente del sonido del ascensor, porque abrió sin que hiciera falta que llamase al timbre. A saber cuánto rato llevaba esperándome. Se limitó a saludarme con un «Buenos días» seco que parecía dicho a la fuerza, sin ningún tipo de ganas. Me pidió que acudiese a la cocina.

—Hoy tocan las alfombras, el dormitorio y quitar el polvo —le contesté.

—Muy bien, pero antes ven a la cocina.

Dejé el abrigo en el perchero mientras ella se encaminaba hasta el lugar, marchando por delante de mí, como si tuviera prisa. Supuse que debía de hacerme cargo de su comida del día anterior. De recoger, fregar y ordenar de nuevo. Pero, cuando llegué, la cocina estaba recogida, envuelta en la misma oscuridad que el primer día.

—Imagino que esto tendrá una explicación —dijo mientras abría un cajón.

—¿El qué?

—Eres la única persona que entra en esta casa y se maneja como quiere.

—No sé a qué se refiere, Catalina...

—Ah, ¿no? Pues te lo voy a explicar.

Se cruzó de brazos. Cogió aire. Y en ese mismo instante caí en la cuenta. Me acordé. Supe lo que había ocurrido y lo que iba a ocurrir.

—Resulta que ayer decidí sacar los cubiertos buenos, y cuando digo «buenos» me refiero a «de plata». Al principio no me di cuenta, debe de ser porque estoy mayor o a lo mejor porque he confiado demasiado en ti.

—Déjeme un momento que se lo explique —traté de intervenir.

—No he terminado —me cortó tajante—. Cuando llegó el momento del café, yo misma fui a servirlo, que para eso tengo dos manos, y me di cuenta de que faltaban cucharillas. Cuál no sería mi asombro que no solo estaban mermadas las cucharillas del café: faltaban también algunos cuchillos, tenedores y a saber qué más.

—Se lo puedo explicar —titubeé.

—Lo único que quiero es saber quién ha hecho desaparecer los cubiertos. ¿Tienes respuesta a eso?

—Yo. He sido yo. Es verdad.

—Podría llamar ahora mismo a la policía, no me daría ningún remordimiento. Pero no quiero escándalos.

—Se los puedo pagar. Ahora no llevo dinero encima, pero mañana...

—Ni mañana ni nada. Lo que menos me podía imaginar es que había metido en mi casa a una vulgar ladrona. A estas alturas de mi vida.

No había manera de explicarle nada. Había acumulado tal rabia en las últimas horas, desde que lo había descubierto, que ahora solo quería desahogarse y poder humillarme sin derecho a réplica. Las piernas me temblaban hasta el punto que tuve que sentarme en una de las sillas de la cocina.

—Figúrate el disgusto que me he llevado —dijo sin apartar la mirada de mí.

—Lo comprendo.

—¿Qué vas a comprender? No necesito que comprendas nada.

Ahora sí, dime si falta algo más, si te has llevado otras cosas, porque prefiero saberlo de tu boca a descubrirlo yo misma.

—No, nada más. Le juro que no.

—Muy bien. No quiero hacer leña del árbol caído, pero me parece que ya sabes lo que viene ahora. Y no me refiero a limpiar alfombras. A ver qué es lo que te dice que hagas tu dignidad y tu sentido de la justicia.

Claramente me estaba invitando a abandonar la casa. No me hizo falta pensármelo dos veces: en cuanto terminó su frase, me levanté y salí de la cocina en dirección a la puerta del domicilio. En esos pocos metros que separaban una habitación de otra, contuve las lágrimas como buenamente pude. Ella ni se movió. Se quedó quieta, esperando mi reacción, esperando que hiciera lo correcto. Podría haberme ido dando un portazo, de pura rabia, pero no tuve fuerzas ni para eso. El ascensor seguía ahí, donde se había quedado unos minutos atrás. En cuanto me monté en él, dos lágrimas empezaron a recorrer mis mejillas. Luego otras dos, y después infinitas. Rompí a llorar ante una reprimenda que no esperaba y que además no me merecía. Por eso mismo, porque sentía que no la merecía y que había algo injusto en todo ello, decidí volver a subir. Estaba ya en el portal, pero me di la vuelta.

—¿Se encuentra bien? ¿Le pasa algo? —me preguntó alertado Rafael desde detrás de su mesa.

No llegué a contestarle. Era lo que menos me importaba en ese momento; que pensase lo que quisiera. Tampoco tenía el ingenio para responderle con una de esas mentiras que me salían ya tan fácilmente. De hecho, me monté en el ascensor dispuesta a terminar con la primera mentira de todas, la que lo había desencadenado todo, sumiéndome en un pozo de injusticia. Toqué el timbre. Tuve que tocarlo una vez más. Seguramente a Catalina le había pillado de imprevisto mi regreso, o simplemente sospechaba que era yo y prefería no abrir. Justo cuando iba a pulsar por tercera vez, abrió la puerta. No la dejé hablar.

—Quiero darle una explicación, porque la hay. Y después me iré para siempre.

—Pasa, no es cuestión de que se entere todo el vecindario.

Cerró la puerta tras de mí y ahí mismo, en el recibidor, con ambas de pie y frente a frente, comencé mi defensa lo mejor que pude.

—El primer día que llegué, el portero me dio una carta para usted. Se me olvidó dársela; estaba muy nerviosa y se me pasó. Luego, ya en mi casa, la leí.

—Muy bien, veo que sabes hacer lo correcto —contestó irónicamente.

—Sí, lo sé, hice muy mal. Lo reconozco. Y le pido perdón. No lo volvería a hacer, me arrepiento de verdad.

—A veces de poco sirve el arrepentimiento.

—La cuestión es que aquella carta contenía un embargo por impago de la electricidad: avisaban de que le iban a cortar la luz...

Catalina apretó la mandíbula. Noté que aquello le resultaba incómodo, a pesar de que no fuese mi intención humillarla. Esta vez no articuló palabra alguna, simplemente se quedó escuchando, navegando entre la indignación y la curiosidad.

—Algo en mí quiso poder solucionarlo. Me sentía mal por haber abierto el sobre, por leerlo. Pensé que a lo mejor podía hacer algo, saldar esa deuda. Tendría que habérselo dicho, pero me pareció algo incómodo. Nunca me ha gustado dar malas noticias.

—Qué considerada —contestó con sarcasmo.

—Luego, a los pocos días, fui consciente de que toda esa cubertería podía tener valor y de que quizás fuera la mejor solución.

—¿Se puede saber qué hiciste?

—Vendí algunos cubiertos, los que faltan, nada más. Y con eso acudí a cubrir el impago de los últimos meses. Sobró algo y lo dejé en la cómoda, la que está en el salón. Nunca pensé que pudiera ocurrir esto.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué no? ¿Qué pasa, que te crees que no conozco lo que tengo en mi propia casa? ¿O es que te piensas que como con las manos?

—Bueno, ahora ya no puedo hacer nada. No quería causar ninguna molestia, al revés.

—¡Me lo podrías haber consultado!

—Pero ¿cómo iba a consultarle algo así?

—Pues del mismo modo en el que abres las cartas y los cajones y se te antoja quitarme cubiertos.

—No los robé. Quise buscar una solución. Catalina, vive rodeada de objetos, de cosas que comprendo que tendrán un valor sentimental, pero siento decirle que, si existe un apuro económico, debería replantearse el valor de las cosas. Y pensar en usted.

—¿Ahora me vas a dar consejos?

—Por el amor de Dios, hay en el armario por lo menos cuatro abrigos de pieles. ¿Para qué le sirven?

—¡Para recordarme que no soy como tú!

Clavó sus palabras en mí con la peor de las intenciones, defendiéndose de alguien que lo último que quería era atacarle. Simplemente no le gustaba ver la realidad, que se la expusieran de frente sin poder evitarlo. Nunca antes me había dirigido a ella tan directamente e imagino que eso también le sorprendió. No lo hice bien, pero lo hice por su bien. A los pocos segundos eran sus mejillas las que se cubrieron de lágrimas, aunque solo fueron dos.

Capítulo 30

Me dijo que me marchara y que volviese al día siguiente. Y cuando regresé, lo hice como si nada hubiera ocurrido. Podría haberme despedido perfectamente; de hecho, era lo que en todo momento pensé que iba a ocurrir durante la discusión. La situación no era agradable para ninguna de las dos y sentí que había perdido aquella mínima confianza que había ido depositando en mí muy poco a poco. Lo que gané con tesón, lo perdí de golpe. Sin embargo, supe volver a mi lugar, del que realmente nunca había salido, donde la sumisión y la obediencia eran mi mejor carta de presentación.

En los dos días siguientes procuró mantenerse alejada de mí, aun estando bajo el mismo techo. Era su forma de evitarme, de no cruzar apenas palabras conmigo más allá de lo pertinente. No me rehuía la mirada, pero me hacía saber que no estaba cómoda a mi lado. Y no podía reprochárselo, entendí que debía asimilar la realidad que tantas veces había negado, al menos de cara al mundo. Catalina podía tanto ser la persona más sincera del mundo, rozando lo hiriente, como de pronto resultar de lo más hermética. Quizás había hecho mal en decirle lo de los abrigos; pudo pensar que me estaba inmiscuyendo en su vida, lo que en el fondo era verdad. Pero cada vez que tenía que pasar por aquel armario no entendía el sentido que podía tener guardar aquellos abrigos de pieles. En mi pueblo, antiguamente, solo había una mujer con prendas así de caras. La Brígida se llamaba. Su marido tenía terrenos y por eso le compraba todo tipo de lujos. Era un abrigo de zorro, lo sé porque mi madre siempre lo decía. Se rumoreaba que aquello debía de valer por lo menos un millón de pesetas. Y un millón de pesetas por entonces daba para comprarse un piso, pequeño, pero un piso. Eso decía mi padre. Imagino que en Madrid

u otras ciudades grandes habría muchas mujeres como la Brígida y, aunque Catalina no se parecía en nada a ella, entiendo que ser actriz podía ser lo más similar a tener muchos terrenos en un pueblo como el nuestro.

Mis jornadas posteriores se limitaron a limpiar los cristales de los ventanales, pasar la aspiradora y quitar un polvo inexistente, lo cual era más bien cuestión de rutina. Saqué a pasear a Tara y fui al bar de Eugenio a por el menú del mediodía. Lo habían decorado con un montón espumillón que colgaba de la barra y un pequeño árbol de luces estridentes que recordaba a una discoteca en vez de a un bar. Habían pasado solo dos días desde la tensa conversación, un tiempo que se me hizo eterno. Catalina era de las que podía mantener alzada el hacha de guerra durante una eternidad. No había duda de que como amiga o compañera podía ser buenísima, pero estaba también segura de que como enemiga podía ser tremenda.

—Aquí tiene el menú. Y las vueltas —dije alcanzándole la bolsa y el dinero restante—. Hasta mañana.

A punto estaba de darme la vuelta cuando se fue la luz del descansillo. Y entonces la escuché:

—Oye, Esther, lo del teatro sigue en pie.

No lo preguntó: lo afirmó, en medio de la oscuridad de aquel rellano, como si así, en la penumbra, le fuese más fácil. Como si quisiera esconderse de algo, de un gesto amable. Me pilló tan de sorpresa que fui tremendamente sincera:

—Ah, muy bien. Pensé que ya no íbamos a ir.

—¿Y por qué no?

Llegó el ascensor y ella cerró la puerta. Ni siquiera me hizo falta encender la luz. Me pareció evidente que ella quería pasar página, aunque no lograse verbalizarlo. Aquella había sido su mejor manera de disculparse o de, por lo menos, comprenderme.

Capítulo 31

La mañana del treinta y uno no fui a trabajar. La noche anterior me había llamado Catalina para, escueta en palabras, limitarse a decirme que no hacía falta que acudiese, que prefería descansar para la noche y que ya nos veríamos directamente en el teatro. Me recalcó un par de veces que fuera puntual. Y nos despedimos hasta que llegase el momento.

Aproveché para acercarme a casa de Margarita, que me había prometido que me dejaría algo de ropa para ir al teatro. Tenía tres armarios llenos, repletos de todo y de todos los colores. Con razón podía conjuntarse siempre a la perfección. La verdad es que su forma de vestir no era para nada la mía, así que comencé descartando todos los conjuntos rosas, amarillos e incluso rojos. La mitad de lo que tenía me parecía excesivamente llamativo y si no me había nacido nunca ponerme algo así, tampoco lo iba a hacer ahora. Finalmente opté por un vestido verde botella, en un tejido que parecía terciopelo y que me llegaba por las rodillas. Era lo ideal para una Nochevieja en el teatro. Me insistió en que me llevase también unos pendientes enormes, que no eran mi estilo pero que ciertamente conjuntaban muy bien.

Pude descansar toda la tarde; total, hasta las diez no comenzaba la función. Habíamos quedado a menos cuarto. A eso de las ocho empecé a arreglarme, y me sobró tiempo. A las nueve ya estaba saliendo de casa para coger el autobús que llega hasta arriba de la calle Toledo, a dos minutos del Teatro de La Latina. La fachada era espectacular, repleta de esas luces que solo se ven por fuera de las salas de farándula. Todo estaba lleno de bombillitas que, sobre todo, servían para destacar el nombre de Raúl Sender, el protagonista de la función, y el de la obra, *Sí, pero no*. Ya había un montón de gente fuera, en grupos, por parejas o formando círculos.

Había llegado diez minutos antes de lo acordado, así que no me quedó más remedio que esperar; tampoco fue mucho porque enseguida apareció Catalina, saludándome desde lejos con la mano. Llevaba puesto uno de esos abrigos de pieles, como si no hubiese sido motivo de discordia. Le llegaba casi hasta los tobillos e imagino que no pude resistirme a mirarla bien de arriba abajo. Se había maquillado y llevaba el pelo con un recogido distinto al de todos los días. También me fijé en sus manos y detecté un par de anillos que nunca antes le había visto puestos. Ella también me echó un vistazo.

—¡Qué arreglada te veo! Pareces otra —dijo nada más tenerme de frente.

—Tú también.

—Es que yo soy actriz.

Su respuesta fue tan sentenciadora como de costumbre. En eso estaba exactamente igual. Nos abrimos camino entre el tumulto y acudimos a la puerta de entrada con las invitaciones. Nadie la paró, nadie le dijo nada. Incluso diría que nadie la vio. Aun con el rutilante abrigo encima, Catalina resultaba invisible para la multitud.

El acomodador nos llevó hasta la fila ocho, butacas trece y quince. Por un momento pensé que íbamos a estar separadas, pero no, me enteré en ese momento de que en el teatro las butacas van salteadas, en pares o impares según el lado. Por dentro era muy bonito, con palcos y todo. El telón era enorme, más grande de lo que imaginaba, y rojo, muy rojo. Mientras la gente se iba acomodando, una voz advirtió por la megafonía de que en cinco minutos daría comienzo la función.

—El teatro no espera —comentó Catalina—. Es como un reloj suizo.

—¿Y si alguien llega tarde?

—Pues se aguanta y viene otro día. Al teatro hay que tenerle muchísimo respeto.

—A esa mujer de allí la he visto en la tele —cambié de tema, emocionada de reconocer a alguien—. La rubia, digo.

—Sí. Jenny Llada.

—¡Eso! ¡Jenny Llada!

—Baja la voz.

Por un instante pensé que Catalina se avergonzaba de mí, pero luego me di cuenta de que seguramente no quería que Jenny la viese. Porque no era normal que no saludara a una compañera de trabajo, que se hiciera la esquiva... ¿no? Yo jamás le haría algo así ni a Sagrario ni a Marta ni a ninguna de las del supermercado.

La obra me gustó, era divertida. Según Catalina, un vodevil. Iba de un grupo de acomodadores que tenían que sustituir a los verdaderos actores de la función porque estos no llegaban a tiempo. Era como teatro dentro del teatro. Catalina lo llamó «metatexto». Terminó justo cuando iban a dar las doce, así que nos repartieron a todos un racimo de uvas y desde el escenario empezaron a cantar los números. Era muy extraño recibir el año nuevo desde un lugar que no fuera el salón de mi casa, y más rodeada de desconocidos, pero me gustó. Todos aplaudimos. La gente comenzó a abrazarse, de modo que Catalina y yo, tras mirarnos a los ojos unos segundos, nos abrazamos también.

—Feliz año —le dije.

—Feliz año para ti también, Esther.

—Ha sido increíble.

—Mira, te llevas dos experiencias: el teatro y una Nochevieja en el teatro.

Nos reímos. Repartieron copas de plástico con champán. Brindamos y, al poco rato, algunos de los actores comenzaron a improvisar metidos en sus personajes, como si la obra continuase. Estuvimos allí veinte minutos más, hasta que el lugar se fue desalojando.

—Si quiere pasar a saludar, le llevo a camerinos —le dijo a Catalina un acomodador de los de verdad.

—No se preocupe, gracias —contestó ella—. Me temo que, siendo el día que es, habrá mucho jaleo. Ya mañana llamaré personalmente a Raúl.

Dentro de mí estaba deseando que aceptase la proposición, pero el muchacho tampoco insistió. Y, aunque hubiera insistido, Catalina no era de las que se doblegan. Me fui sin saber lo que era

un camerino por dentro, aunque consciente de que había vivido una noche única e inolvidable. Y que no había hecho más que empezar.

—Ha sido tan divertido… —suspiré.

—Sí, ha estado bien. —Se hizo el silencio, pero ella lo rompió enseguida—: Pues ahora ya sabes, tienes que venir más al teatro.

—Ay, sí. Es que lo asociaba a algo más serio.

—Bueno, también hay obras dramáticas que son sublimes. Y otras, con perdón de la expresión, que son un coñazo.

—Sí, aunque en este momento de mi vida necesitaba eso, reírme.

—¿Cómo te vas a casa? —me preguntó Catalina.

—Iré a Tirso de Molina, a coger el metro.

—Pues creo que no deberíamos terminar así.

—¿Terminar cómo?

—Mujer, el año. Yéndonos. Quién me iba a decir a mí que iba a llegar al año 2000. Creo que lo más oportuno es que vayamos a casa a abrir una de las botellas que hay en el mueble del salón.

Tardé unos segundos en contestar, asimilando lo que Catalina estaba proponiendo. Me parecía inimaginable.

—¿Qué pasa? ¿Tu marido bebe, pero tú no? ¿No vas a decir nada?

—Pues… ¡que me parece estupendo! —No me preocupé por disimular mi alegría.

Catalina levantó el brazo.

—¡Taxi! —gritó.

Capítulo 32

Se me hizo muy raro entrar por el portal de noche; sería, por lo menos, la una de la madrugada. La Nochevieja del 99 había caído en viernes, así que aquello era una salida sin remordimientos, sin tener que trabajar al día siguiente.

Al entrar, Tara vino directa a saludarnos con mucho énfasis, como si nos hubiéramos ausentado durante un mes. Nunca antes la había visto así, porque nunca antes había entrado por la puerta a la vez que Catalina.

Tras dejar los abrigos en el perchero, nos fuimos directas al salón. Tara, imagino que de los nervios o porque llevaba mucho rato sin salir, se había hecho pis en el recibidor, así que me encargué de limpiarlo mientras Catalina iba a la cocina a buscar dos copas y una botella de vino.

—Es blanco. ¿Te gusta el blanco?

—Sí, me da igual, no sé mucho de vinos —me sinceré.

—El tinto es de borrachos, te sube antes. Pero el blanco entra muy bien y sabe mejor. Mira, esta botella lleva ahí guardada exactamente... siete años. Me la regaló Tony Leblanc. Sabes quién es Tony Leblanc, ¿no?

—Sí, claro. El que sale en *Torrente*.

—¡Pero eso ha sido ahora! ¡Ha hecho muchas cosas antes! ¡Muchas! —contestó casi indignada.

—Sí, sí, lo sé. Lo he visto en muchas películas, lo que pasa es que mi cabeza es terrible para acordarse de los títulos.

—Bueno, pues resulta que vino a casa, hará eso, siete años. Le invité a él y a su mujer a almorzar para celebrar que le acababan de dar ese mismo año el Goya de honor. Eso te lo dan cuando ven que estás ya sin vuelta atrás, que eres muy importante pero que estás a punto de irte al otro barrio. Y mira, cuando nadie apostaba

por Tony, cuando nadie se acordaba ya de él, de pronto el chico este joven lo coge y vuelve. Y este año le han vuelto a dar un Goya, ¡después del honorífico! Eso es increíble. Así que he elegido esta botella porque creo que nos va a dar suerte.

—Pues me parece la mejor de las opciones. —Levanté la copa, aún vacía.

—Vamos allá. —Catalina descorchó la botella y sirvió el vino —. Brindemos.

—¡Por Tony!

—¡Qué coño por Tony! Tony está muy bien ahora, déjalo. ¡Por mí! ¡Por ti! ¡Por nosotras!

Nos reímos al unísono y brindamos. Mi vida se había llenado de primeras veces en los últimos meses, y esta era otra de esas ocasiones: nunca había brindado con una botella con tanta historia. Me daban ganas de contárselo a mi madre, a Margarita e incluso a Juanjo.

—Pero Tony lo pasó muy mal, ¿eh? Vaya que si lo pasó mal. Por culpa de un accidente se vio retirado, pero mucho mucho tiempo. ¿Tú no te acuerdas de eso?

—La verdad que algo me suena, pero no...

—Pues pregúntale a tu madre, ya verás como se acuerda. Lo suyo ha sido un milagro. ¡Un milagro!

—Pues eso demuestra que, por muy mal que vayan las cosas, hay que esperar a ver qué nos depara la vida... —afirmé.

—Pues sí, porque la muerte siempre estará ahí, esperándonos. Aunque eso no se elige, a mí me gustaría marcharme como la Santpere, Mary Santpere.

—¿Qué le pasó? ¿Cómo murió?

—Pues se murió viajando, en avión. Un vuelo muy corto, de Barcelona a Madrid. Se quedó dormidita; fue como echarse una siesta. Sin tragedia, sin sobresaltos. Fíjate, le pilló cerca del cielo. Hasta para eso era oportuna la Mary.

Nos acabamos la botella entre risas y batallas. Y abrimos otra, aunque esa se quedó a la mitad y no traía consigo ninguna anécdota de ningún galardonado con el Goya honorífico. Las historias iban y venían sin parar. De una aventura saltábamos a

otra. Me sentía realmente feliz.

—¡Son las tres! —exclamé al ver la hora en el reloj que presidía una de las estanterías.

—¿Y qué pasa? ¿Ahora eres Cenicienta?

—No, pero si no mañana estaré desubicada.

—Desubicada ya estás. Mañana es sábado, no te voy a hacer venir.

—Ya, pero es más que nada porque Juanjo llega pasado mañana, o sea, mañana, el domingo. Qué lío.

—¿Quién es Juanjo? Me imagino que tu marido... ¿No vivís juntos?

—Sí. Lo que pasa es que se ha ido unos días a ver a su hermana, que vive en Berlín. Y hoy, o sea, ayer, me llamó para decirme que había adelantado el vuelo de vuelta.

—Desde luego, qué española eres.

Nos dio tiempo a algunas risas más; media hora después nos despedimos. Hasta el lunes.

Aquella noche, en vistas a amanecer, regresé a casa como si hubiera estado en un cuento. La Cenicienta mismamente, sí. Pero, por un día, sin limpiar.

Capítulo 33

Me pasé toda la mañana del sábado durmiendo. Y luego por la tarde descansando, sin hacer nada, disfrutando de estar sola en casa. Tenía una sensación que me recordaba a los quince años, cuando mis padres se iban por muchas horas o un par de días y tenía la casa para mí, entera. No solía ocurrir a menudo, pero cuando sucedía me parecía fascinante. Me creía que la casa era mía y todo me parecía más grande. Esa vez me sentía igual.

Aquel sábado tendría que haberle ido a devolver la ropa a Margarita, pero el sofá y la pereza me atraparon y no me apetecía moverme. En la tele estaban repitiendo los programas de fin de año y me di cuenta de que mi plan había sido realmente increíble. Me venían constantemente fogonazos de los momentos vividos en las últimas veinticuatro horas. Raúl Sender travestido en la función, Catalina brindando y Mary Santpere metida en un avión.

Luego, con razón, me pasé la mitad de la noche desvelada, por falta de costumbre y porque a mí lo de cambiarme los horarios nunca me ha sentado bien. Y entre cabezadas, insomnio y mucha desgana, llegó el domingo al mediodía, cuando Juanjo entró por la puerta. Había adelantado su vuelo porque Alemania no le gustó nada; su madre, sin embargo, había decidido quedarse unos días más, hasta pasados los Reyes. Juanjo me contó que le parecía todo muy frío y que además no entendía nada de la tele de allí. Debió de aburrirse bastante, aunque también supongo que mi suegra sacaría en más de una ocasión el tema de su marido a la fuga sin venir a cuento, incomodándole. Y, claro, por mucho que se cabrease, estando allí y sin conocer el idioma no tendría a dónde ir, ni siquiera al bar de abajo.

—Hacía un frío horroroso. Y mi madre, que si no lo organiza todo no se queda tranquila...

—¿No le da miedo volverse sola?

—Pues será que no. Quería quedarse para darle los regalos a los críos. Y yo le dije que los chavales allí no tienen Reyes, tienen otra cosa, Santa Claus o algo de eso. Y los va a marear cambiándoles las fechas.

—Bueno, ya sabes que tu madre es muy tradicional.

—¿Y tú qué tal? —me preguntó.

No le conté nada. Nada de la realidad, de lo que había ocurrido. Había decidido el día antes, en medio de esa especie de resaca, que era mejor no decirle nada. Le iba a parecer mal, no sé en qué aspecto, pero seguro que no le sentaría bien que después de haberme quedado hubiera estado saliendo y divirtiéndome. Así que opté por decirle que había visto los especiales de Nochevieja y repetí en retahíla todo lo que recordaba de la repetición del día anterior. Que si Azúcar Moreno, que si Rocío Jurado, que si Marta Sánchez. Lo de siempre. Sí que le dije que me fui a dormir pasadas las tres de la madrugada, como si hubiera estado enganchada a la tele, más que nada por si me notaba el cansancio, las ojeras o algo similar.

—¿Y por qué no volviste al pueblo? —indagó.

—Pues pensaba ir, pero me pilló tan cansada que no era ni capaz de aguantar el viaje, con todas esas paradas interminables, que parece que recorre media España.

—Pues para eso haberte venido.

—Ya, Juanjo, pero no iba a coger un vuelo para un fin de semana. Ya quisiera haberme cogido vacaciones.

—A ver para cuándo, porque la tía esa es capaz de tenerte esclavizada durante siglos.

—No seas exagerado, si solo voy por las mañanas. Y no digas «la tía esa», llámala por su nombre o, al menos, sigue con lo de «la actriz», que hasta suena bonito.

Aproveché para contarle que mi hermano Manuel tenía pensado trasladarse a Madrid y montar un taller mecánico con otro socio. Le dije que quizás, si quería, podía trabajar con él, que siendo mi hermano no le iban a faltar oportunidades. No llegó a contestarme nada, pero no porque quisiera evitar el tema —que

también podría haber ocurrido—, sino porque algo en ese momento le llamó la atención. De pronto, fijó la vista en algo a mis espaldas, por lo que yo no pude adivinar qué era. Puso esa cara de extrañeza que le sale cuando algo no le encaja. De lejos no debía de verlo bien; se levantó del sofá para salir de dudas.

—¿Esto qué es? —Me mostró una figurita de la que me había olvidado por completo.

—Un ángel, de los que se ponen en el belén.

—Sí, joder, eso ya lo sé. ¿Pero qué hace aquí?

—Bueno, me lo traje de casa de mi madre.

—¿Para qué?

—No sé, para tenerlo. Por el recuerdo.

—Los recuerdos no sirven de nada. Te lo he dicho mil veces.

—Es que estuvimos montando el árbol y esas cosas en casa de Catalina y me...

—O sea, que ahora lo tuyo es decorar las casas de los demás, ¿no?

Conseguí apaciguar lo que se preveía como una discusión tormentosa. Simplemente, le di la razón y no reaccioné ante sus comentarios. El síndrome del avestruz. Lo había escuchado en la radio hacía mucho tiempo, un hombre que debía de ser psicólogo o algo parecido lo explicó con detalle. Consiste en fingir que no existe el peligro como mecanismo de protección; lo que nunca logro recordar es qué relación tenía con el animal en sí.

Juanjo se tomó un par de cervezas y se dispuso a tragarse lo primero que echaban por la tele. Yo aproveché el pretexto de haber trasnochado el día anterior para irme a dormir pronto. Todo volvía a la rutina de siempre y era algo que ni yo misma podía evitar. A lo mejor necesitaba un milagro, como Tony Leblanc.

Capítulo 34

Salir de casa era como respirar aire nuevo. Siempre lo había sido, pero ahora más. No sé si se debía al hecho de saber que comenzaba un nuevo año —con su consecuente predisposición a los buenos deseos— o quizás a que seguía embelesada con todo lo que había ocurrido días atrás.

—¡Feliz año! —me deseó Rafael nada más puse un pie en el portal.

—¡Feliz año para usted también! —contesté mientras me encaminaba al ascensor.

—¿A usted también se le ha rebelado el ordenador?

—No... No tengo.

—Pues a medio mundo lo ha traído de cabeza. El efecto dosmil lo llaman.

—No tenía ni idea.

—Lo dice aquí. —Señaló una página del periódico—. Al final va a resultar que las máquinas nos van a gobernar.

—Pues suena a película.

—Eso pensaba yo con el cambio de siglo, y mira, al final ni coches voladores ni teletransportación ni nada de eso.

Creo que, si no hubiera llegado el ascensor, Rafael habría sido capaz de irme desgranando el periódico entero, noticia a noticia, durante toda la mañana. Deberían contratarlo en una de esas tertulias de la radio o la televisión.

Una vez arriba, tuve que llamar al timbre dos veces. Catalina no me abría, y esta vez dudaba que pudiera estar enfadada conmigo. Volví a llamar una tercera vez; lógicamente empecé a preocuparme. Tuve que hacer eso tan horroroso de poner la oreja pegada a la puerta, intentando descubrir si había pasado algo. Me pareció escuchar un cuchicheo, y mucho más cerca el caminar de

Tara. La voz era la de Catalina, pero no sabía a quién le hablaba.

—Catalina, ¿se encuentra bien? —Elevé el tono.

—¡Ya voy! ¡Un momento! —escuché al otro lado.

Pasaron unos segundos hasta que finalmente me abrió. Me dijo en voz baja que estaba hablando por teléfono desde la salita pequeña, que es la habitación más alejada del recibidor. Visto así parecía que la casa era enorme; realmente, si la comparaba con las de mi pueblo desde luego no lo era, pero sí el doble que la mía en Madrid. Yo no tenía dos cuartos de baño.

Preparé el cubo de agua para limpiar el suelo. Mientras pasaba la fregona pude escuchar retazos de la conversación.

—No, no era el momento. En días como esos lo mejor es no agobiaros, y más habiendo tenido doble función... Sí, sí, pero ya habrá ocasión. Eso mejor lo dejo para las que van buscando la foto... ¡No! No lo digo por nadie. Bueno, no lo digo por nadie y lo digo por muchas, tú ya me entiendes, qué te voy a contar... Pues eso digo yo, que si algo tienen los años es saber cuál es tu sitio... Claro, por supuesto... Sí, para ti también. Y que sigáis así, con mucho éxito... En cuanto pueda te digo, que ahora lo tengo imposible: estoy esperando para organizarme y que me vengan los pintores... Eso, de los de brocha gorda, de los otros no quiero saber nada... Pues sí, que me dejen la casa perfecta y hasta la siguiente vez...

A los pocos segundos se despidió con lo típico de cuidarse y mandarse besos. Imaginé que sería alguno de los actores de la otra noche. No pretendía cotillear ni enterarme de nada, pero el pasillo que estaba fregando en ese momento se encontraba muy cerca de la salita. Vamos, que no pude evitar poner la oreja.

—Esther, he pensado en darle un repaso a la casa. —Apareció en el quicio de la puerta, poniendo los brazos en jarra—. Ahora que estás tú creo que será lo mejor. Así ya tengo propósito para el nuevo año.

—Perfecto, pero ¿a qué se refiere?

—A pintar. Hace por lo menos quince años que no toco estas paredes. Vamos, prácticamente desde que me mudé. Así que, si te parece, compro pintura y nos ponemos a ello.

—¿Ahora?

—No, mujer, ahora no. Primero hay que quitar los cuadros, mover los muebles de sitio y dejarlo todo preparado. Vamos a tener faena para rato.

Comprendí que «los pintores» íbamos a ser nosotras. Era algo que nunca antes había hecho. Otra cosa más. Me descubrí entusiasmándome con la idea, con todo lo que podía suponer mover cada mueble o ponerme a dar brochazos. Aunque ese día lo tenía complicado.

—Le quería decir una cosa —comencé—. Bueno, decir no, pedir.

—Sí, dime.

—Es que antes, cuando llegué, como estaba hablando por teléfono, no la quise interrumpir...

—Sí, muy bien, dime.

—Y por eso no la he avisado antes.

—Esther, ¿me lo vas a decir ya o vas a esperar a que cumpla cien años? Porque no me queda mucho.

—Sí, perdón. Pues es que hoy tendría que salir un poco antes, que tengo a la una y media cita en el ambulatorio y, como he de coger el autobús, pues calculo que tardaré una hora en llegar —solté del tirón.

—¿Al ambulatorio? ¿Y eso?

No le quise decir nada, pero se lo imaginó. Y agradecí que no inquiriera más en el asunto. En el fondo, las dos sabíamos perfectamente que nuestra relación funcionaba con las preguntas justas, las mínimas, y a veces incluso ninguna. Todo a base de suposiciones. Me dijo que sí, que podía irme sin problema, y en agradecimiento a su permiso le aseguré que mañana mismo comenzábamos con la pintura.

—¿Has pintado alguna vez? —me preguntó.

—Pues... la verdad es que no.

—¡Vaya por Dios! Yo tampoco, así que estamos apañadas.

—Pero su marido era pintor, ¿no?

—Exmarido —me corrigió—. Y, además, ¿qué tiene que ver? Si llega a ser camionero, entonces, ¿tendría yo que saber conducir

un camión?

—No, visto así, no.

—Lo suyo era de brocha fina. Él pintaba playas bucólicas y bodegones de esos con fruta y perdices muertas.

Nos resultó imposible no reírnos. Adelanté mis labores todo lo que pude y, antes de lo habitual, saqué a pasear a Tara y acudí al bar de Eugenio a por el menú de siempre. Como era más temprano de lo normal, Rafael seguía en su puesto, escudado tras la mesa. Cuando regresé del bar, parecía que el ascensor se había estropeado. Él aseguró que todo se debía al efecto dosmil.

Capítulo 35

Lo primero que cociné en mi vida debió de ser un huevo frito o algo por el estilo, muy básico. Cocinar no era algo que me encantase, no llegaba a relajarme como dice tanta gente que le ocurre. Mientras me movía entre fogones, mi cabeza siempre estaba en otra cosa, distraída, por eso era habitual que se me acabase chamuscando un poco el plato de turno. Esta vez le puse esmero, sin imaginar que iba a terminar siendo un plato inacabado.

La semana anterior me había llevado del pueblo casi dos kilos de patatas, obviamente obligada por mi madre, que no entiende que tales cantidades solo acaban pudriéndose cuando se trata de guisar únicamente para dos. Esa fue la razón por la que aquella vez pensé que lo mejor era hacer una tortilla gigante, de por lo menos ocho o nueve huevos, con la que tendríamos para varios días. Incluso le podría llevar la mitad a Catalina.

Justo cuando estaba batiendo, con más esmero que nunca, regresó Juanjo de la calle, de una de esas visitas al bar en las que se le pasan las horas volando.

—¿Vas a cenar? Estoy haciendo una tortilla.

—No, no quiero. No me vengas ahora con tortillas.

—¿Qué dices? —contesté sin dejar de batir.

—Que te crees que soy tonto...

—No entiendo a qué viene esto, Juanjo. Si no quieres, dilo y punto.

—Pues no, ¡no quiero!

—Has vuelto a beber... —Me detuve, mirándolo fijamente con el cuenco todavía agarrado.

—¡Sí! ¿Y qué? ¿Qué pasa? ¿Me lo vas a prohibir?

Agarró un vaso de agua que había en la encimera y me lo lanzó. Al estar con las manos ocupadas no pude llegar a pararlo,

aunque debido a la fuerza con la que lo tiró hubiera sido imposible. Impactó contra mi pecho y cayó al suelo, haciéndose añicos. De haber tenido un ladrillo a mano, me lo hubiera tirado también.

—Pero ¿qué haces? Mira, Juanjo, va a ser mejor que te relajes.

A pesar de saber cómo se ponía, me fue inevitable no tratar de imponerme, de hacerme respetar.

—Ya estoy *relajao,* yo siempre estoy *relajao*, lo que pasa es que tú te empeñas en ponerme de los nervios.

—No sé qué estás diciendo.

—¡Que me pones de los nervios!

No llegué a terminar la frase porque me agarró del pelo. El cuenco se me resbaló y todos los huevos batidos se unieron a los mil pedazos de cristal que era ahora el vaso. Aquello no se iba a limpiar tan fácilmente.

—Me parece que has bebido demasiado. Vete al salón o déjame en paz.

—Y a mí me parece que eres una zorra mentirosa y te crees que soy gilipollas.

—No sé qué estás diciendo, de verdad, déjame en paz.

—Ah, ¿no? Que te vas por ahí y te lo callas. Para eso querías tú quedarte, ¿eh? Para joderme la vida.

—No entiendo nada, de verdad.

—Que sí, joder. Que te fuiste al teatro, por ahí, en Nochevieja, con la tía esa, la vieja que te tiene el coco comido. ¿Qué te pensabas? ¿Que no me iba a enterar?

—Eso surgió de pronto, no era nada malo.

—A saber qué más cosas vas haciendo por ahí, que te crees que soy gilipollas.

La última frase la repetía constantemente. Cada cosa que decía, entre gritos, terminaba con esas palabras. Y no tenía respuesta, me quedé sin saber qué decir. Debió de ser el miedo, que me dejó paralizada, sin capacidad de reacción. Cuando me quise dar cuenta estaba acorralada en una esquina de la cocina, mientras él vociferaba sin parar.

—¿Qué le ves a la tía esa? Seguro que hasta estáis liadas.

—Bueno, por favor, no digas tonterías.

—Vete con ella, si tan contenta estás.

—¡No estoy contenta!

—Pero a mí no me mientas más, porque te juro que te cojo y te enteras.

—¡Déjame!

Agarré el cuchillo con el que estaba pelando las patatas. Ni lo pensé, podría haber sido una cuchara o cualquier otra cosa. Cuando reaccionas tan rápido no sabes ni lo que estás haciendo, no eres del todo consciente de tus movimientos. O al menos yo no lo fui. Asumí que no tenía nada que hacer: como tantas otras veces, de un simple bofetón me dejaría indefensa. Y él se vino hacia mí. No debería de haberse acercado. Hoy no.

El mar de huevos batidos que inundaba el suelo le hizo resbalarse justo cuando iba a levantarme la mano. No pudo agarrarse a nada y volcó contra mi cuerpo, clavándose el cuchillo. Se oyó un ruido seco que nunca antes había escuchado. Parecía como si mis dedos hubieran entrado en su pecho, a ras de sus entrañas. Al segundo mi mano se tornó roja, la sangre la empapó entera. No pude verle la cara, que estaba apoyada en mi hombro, pero sí le escuché. Solo alcanzaba a emitir un ruido ininteligible, un balbuceo. Y yo seguía ahí, quieta, con su cuerpo encima del mío, clavado en un cuchillo que nacía de mi mano. En un abrir y cerrar de ojos acabó el suelo teñido de sangre. No era tan rojo como en las películas, pero impresionaba. No pude pensar en nada durante un par de minutos. Luego caí en la cuenta de que a lo mejor Juanjo seguía vivo: no decía nada, pero emitía ese sonido agonizante que se mezclaba con la respiración. La suya y la mía.

Iba a sacar el cuchillo de su cuerpo, algo tan simple como mover con fuerza mi brazo hacia atrás, pero no fui capaz. Así que simplemente solté la mano, aparté mi cuerpo y dejé que el suyo fuese cayendo. Se desplomó boca arriba. Y entonces pude verle los ojos. Estaba muerto, pero clavaba en mí su mirada. Rompí a llorar; me senté en el suelo y me convertí en un mar de lágrimas. El miedo, la tensión, el susto y lo que había ocurrido. Todos esos

elementos juntos me hicieron llorar como nunca antes lo había hecho. Hasta que, pasados unos quince minutos, volví en mí. De pronto pasé a la mayor de las corduras, me serené y me dispuse a intentar solucionar semejante situación. La muerte de mi marido.

No lo había matado, no había querido hacerlo. Podría haberme cubierto la cara con los brazos, como tantas otras veces, y haberme limitado a esquivar los golpes como mejor hubiera podido. Cogí el cuchillo en un acto reflejo, sin imaginar que era posible que ocurriera algo así. Le dije que me dejara en paz, se lo dije tantas veces como él repitió que no era gilipollas, pero no sirvió de nada. Esta vez, no.

Mi arrepentimiento se entremezcló con mi eficacia, y me puse a limpiar. La fregona quedó inservible a los pocos segundos de empezar; por más que la escurriera en el cubo, adquirió un color extraño, entre rosa y naranja, que parecía esparcir más la sangre en cada pasada. Cogí trapos, muchos trapos, y los fui empapando y escurriendo. Usé lejía, disolvente y salfumán, todo lo que tenía en casa se volvió de gran utilidad. En las rendijas que separaban cada baldosa el color solo se quitó con un estropajo. Con la escoba retiré todos los cristales que había, con la mala suerte de que me corté en un par de ocasiones. La segunda, en el pie, hizo que fuese yo quien sangrase por un momento. Aquella esquirla clavada me recordó a todas las veces en las que mi madre me había dicho que no debía andar descalza. La saqué como pude y me curé en el cuarto de baño.

Pasé la noche en vela, velando el cadáver. No fui capaz de tocar el cuerpo de Juanjo, ni siquiera para sacar de él el cuchillo, el cual dejé clavado en su pecho. Me acordé de todos y cada uno de los momentos buenos que habíamos vivido juntos. También de los malos. El balance no era nada positivo, pero hasta en eso asumí la culpabilidad. ¿Qué tipo de esposa había sido? Mi indiferencia en la vida, pasando por ella como de puntillas, había marcado mi existencia hasta llegar a lo ocurrido. Tendría que haberme divorciado o incluso haberme ido, como su padre, sin decir nada; simplemente desaparecer. Aunque no tuviese a dónde ir.

Capítulo 36

Debía de estar en estado de *shock*: a pesar de que nunca he sabido bien qué es, me imaginé que era eso lo que me pasaba porque me entraban escalofríos de vez en cuando y me invadía una cierta indiferencia que me hacía no ser consciente de la situación. Que sí, que lo era, pero no del todo. En ese momento no medí las consecuencias; funcionaba como un robot, dándome órdenes a mí misma, como si fuese dos personas a la vez. Una pensaba y la otra reaccionaba. Me hablaba para mis adentros, sin darme respuesta. Estaba nerviosa, pero a la vez tuve la capacidad de hacerlo todo con calma. No lloré más.

Al día siguiente cogí el autobús de cada mañana una hora antes de lo habitual. A las ocho y media. Era incapaz de esperar más rato en casa; las casi once horas que me pasé junto al cuerpo de Juanjo se me hicieron eternas. Pensé en mil sinsentidos. Lo mejor que podía hacer era volver a mi rutina, como si nada hubiera pasado, y tomarme el tiempo necesario para encontrar una solución. Para acudir a la policía con una explicación razonable, con la verdad por delante.

Llegué tan pronto que incluso algunas farolas estaban todavía encendidas, pese a que ya había amanecido. Deambulé por las calles cercanas a la casa de Catalina. Intentaba distraerme, aunque no lo conseguí. Di demasiadas vueltas, sin rumbo fijo pero sin salirme de la zona. Cansada ya de tanto paseo, me acerqué hasta el portal, prefería esperar ahí que volver a girar por octava vez en las mismas esquinas. Pasaron unos diez minutos cuando, de pronto, apareció Catalina.

—¿Qué haces aquí? —preguntó extrañada.

—El despertador se adelantó una hora. No me di cuenta. Será eso del efecto dosmil. ¿Y usted?

—Pues vivo aquí. Tendré que sacar a Tara, ¿no?, digo yo.

En mi estado ni me había fijado en que la perra se encontraba a sus pies, dispuesta a un paseo matinal que nunca antes se me había ocurrido que existiera. De nuevo, el tema del cambio de siglo y sus alborotos informáticos resultó el pretexto perfecto. Ni se inmutó.

—La saco siempre a las nueve, pero hoy se nos ha hecho un poco tarde, ¿verdad, Tara?

—No pensé que saldría a estas horas.

—Claro que sí, no va a estar el animalito esperando a que llegue el mediodía.

Caminamos juntas hasta la esquina y un poco más.

—Si te parece, luego te marchas una hora antes de lo habitual.

—No se preocupe, me puedo quedar hasta las dos. No tengo prisa. Así compenso lo del otro día.

—Está bien. Además, deberíamos ponernos a preparar todo para las paredes. Anoche intenté mover algún mueble, pero, claro, yo sola imposible.

Subimos a casa, planeando lo que sería el largo proceso de pintarlo todo. Catalina recalcó que no había prisa, lo importante era que quedase bien. Rafael no se encontraba en la portería, así que supuse que su turno empezaría algo más tarde.

Catalina decidió que era mejor empezar por los pasillos, ya que eran lugares de paso y no iban a estorbar tanto como el salón, la salita o el dormitorio. Era lo más lógico. Había cambiado de idea con respecto al día anterior, decidiendo que iríamos pintando por estancias, sin mover los muebles hasta que terminásemos en la habitación anterior, para evitar así tener toda la casa patas arriba. Nos pusimos a descolgar cuadros, apartar jarrones y quitar de en medio algún pequeño mueble que hacía a su vez de repisa para colocar fotos enmarcadas, de esas que tanto me habían fascinado a mi llegada y a las que ya me había acostumbrado. Cuando estuvo todo el pasillo despejado, Catalina se percató de que no tenía la pintura, así que me dijo de ir a por ella, las dos juntas, a una ferretería enorme que estaba allí mismo, en el barrio.

—Recuérdame que cojamos también un plástico de esos que sirven para cubrirlo todo, por si acaso —dijo, gesticulando con las manos.

—Sí, perfecto.

—Y frena el paso, no vayas tan rápido. Que no tenemos ninguna prisa.

—Perdón, no me doy cuenta.

—Te noto muy callada —advirtió.

—¿Sí? No sé. Debe de ser por cansancio.

—Y juraría que cojeas. Del pie derecho.

Algo me inventé, no recuerdo qué. Llegamos a la ferretería, que efectivamente era muy grande. Nos fuimos directas a la sección de pintura y Catalina comenzó a enumerar todo lo que necesitaba mientras uno de los dependientes iba buscando cada uno de los productos. Brochas, rodillos, disolvente y el plástico. No hizo falta que se lo recordase, ella misma lo tenía todo en mente. Nos dieron una carta de colores, habría docenas de ellos.

—Ahora la cuestión es elegir —dijo fijándose con detalle.

—Pues qué difícil.

—Bueno, lo mejor es empezar descartando. Los oscuros fuera. Y los azules también.

—¿Y blanco? —sugerí.

—No, blanco no. Me he pasado toda la vida con el blanco. Ya que me pongo que sea para cambiar un poco, ¿no te parece?

—Pues sí. Además, el blanco es muy sucio, enseguida con cualquier mancha desluce mucho.

—Tienes razón. —Asintió con la cabeza—. ¿Cuál te gusta más a ti?

—Pues, no sé... Quizás el rosa este —señalé.

—¿Ese rosa? ¿Pero qué te has pensado?, ¿que soy Jayne Mansfield?

—Si quieren cualquier otra cosa, estaré en aquel mostrador —nos interrumpió el dependiente.

No debieron pasar más de cinco minutos hasta que tomó una decisión. Verde agua. Me pareció estupendo, era clarito y le daría otro aire a la casa, incluso podía quedar bien con la madera de

algunos de los muebles. Nos llevamos todos los utensilios menos la pintura, que se comprometieron a acercarla a casa ellos mismos un poco más tarde. Eran tres botes de cinco litros cada uno. A nosotras nos hubiera sido imposible acarrearlos.

Ya en el piso nos pusimos a cubrir todo con los plásticos aquellos. Los sofás, las sillas, las mesas, algún taburete y todo lo que habíamos movido de sitio. Nos llevó bastante rato, tanto que nos dieron la una del mediodía. Nunca antes había visto a Catalina tan entregada en una labor del hogar, cuidando todo al detalle, puro perfeccionismo.

—No hay prisa, lo importante es que quede todo bien —repitió por tercera o cuarta vez a lo largo de la mañana.

—Sí, lo dejaremos perfecto —contesté.

—¡Más que perfecto! ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque esta será la primera y la última vez que pintaré las paredes de mi casa. Este color me acompañará hasta el final.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que una no pinta todos los años. Si tardo lo mismo que la vez anterior, pasarán por lo menos quince, y ya no creo que vaya a seguir aquí.

—No diga eso.

—Lo tengo asumido. Lo raro sería que viviese un siglo... ¿Qué te pasa? ¿Qué te ocurre?

Catalina interrumpió lo que prometía ser uno de sus épicos discursos por mi culpa, porque comencé a llorar. No pude evitarlo. Me tapé la cara con las manos y no hice más que despertar su preocupación. Se acercó a mi lado, sin llegar a tocarme.

—Pero bueno, mujer, ¿me vas a decir qué te pasa?

—Es mi marido —sollocé.

—Ah, bueno, ¿otra vez?

—Que lo he matado. Lo he matado.

Catalina abrió sus ojos al máximo y yo cerré los míos.

Capítulo 37

Catalina seguía con los ojos muy abiertos; tardó unos segundos en articular palabra. Ella, que tenía respuesta para todo, se quedó muda, pensativa, impresionada. Supongo que intentando asimilar que tenía delante a una asesina.

—Bueno, vamos a tranquilizarnos. A ver, ¿cuándo ha ocurrido?

—Esta noche, hace unas horas. Yo no quería, de verdad que no quería. —Volví a echarme a llorar.

—Mujer, ya me imagino. Tampoco te veía capaz de robar cubiertos, pero en este caso, conociendo al susodicho...

—¿Qué susodicho?

—¡Tu marido! A ver, Esther, vamos a respirar hondo y me vas a contar exactamente qué ha pasado.

—Él llegó a casa, algo bebido, pero no tanto como otras veces.

—Bueno, pero borracho, al fin y al cabo. ¡Habrá que ir pensando en algún atenuante!

—Sí, pero esta vez no fue por eso. Se había enfadado por lo de la otra noche, por ir al teatro.

—¿Ahora se había enfadado? ¿Cuatro días después?

—Es que no le dije nada. Le mentí.

—¿Por qué? —preguntó sin entenderlo.

—Por miedo, porque se iba a enfadar. No me fui de viaje con él y preferí quedarme aquí; eso ya no le gustó.

—¿Y para qué se lo cuentas? Una mentira, si es cuestión vital, se sostiene hasta el final.

—No se lo conté. Se enteró él, no sé cómo.

Estuvimos debatiendo sobre cómo podría haberse enterado. Seguramente alguien, algún conocido, me vio allí, en el teatro y se

lo dijo. Hicimos cábalas, pero nadie de su entorno me encajaba en una noche del treinta y uno de diciembre celebrando el fin de año con una función, por mucho que a Catalina le pareciese de lo más normal.

—Ya verás, al final habrá sido Jenny Llada —contestó con su sorna habitual—. No te enfades, es una broma.

—No sé quién sería, pero llegó hecho una furia.

—¿Y qué pasó? Te pegó, ¿verdad?

—Sí, empezó a discutir, a gritarme. Me agarró del pelo y, cuando me solté, sin darme cuenta, cogí un cuchillo. El que tenía más cerca. De verdad que sin darme cuenta.

—Muy bien que hiciste. ¿Y se lo clavaste?

—¡No! No se lo clavé. Él vino hacia a mí. No le asustó el cuchillo, sabía que de un bofetón me haría soltarlo, pero se resbaló. Había huevos en el suelo, muchos huevos, y se resbaló.

—¿Y se lo clavaste?

—No, no se lo clavé. ¡No!

—Bueno, lo que fuese, entiéndeme. ¿Entonces qué pasa? ¿Que cogió él mismo el cuchillo y se lo clavó, a lo *Madame Butterfly*?

—No exactamente. Al resbalarse, cayó sobre mí. Y como tenía el cuchillo en la mano... ¡No quise hacerlo!

Rompí a llorar. El hecho de recordar lo sucedido me ponía más nerviosa de lo que ya estaba. Volvían a mi mente cada uno de los segundos de aquella escena, intercalándose constantemente con la imagen de Juanjo tumbado en el suelo, mirándome desde la muerte. Si hubiera podido retroceder en el tiempo lo hubiera hecho, aunque fuese para no agarrar el cuchillo. O, a lo mejor, si hubiera estado sobrada de valentía, para no tener que mentirle.

—¿Qué pasó después? —me instó a continuar Catalina sin dejar de mirarme.

—Que se murió.

—¡Mujer! Eso ya me lo supongo. Me refiero después de muerto. ¿Qué hiciste?

—Lo recogí todo, lo limpié. Había mucha sangre, muchísima.

—¿Y avisaste a alguien? ¿Llamaste a la policía?

—No, no sabía qué hacer.

—O sea que, con semejante panorama, te pones a limpiar todo el desaguisado, pero no se te ocurre avisar a la policía.

—¡Es que había mucha sangre! ¡Me impresionó! Por lo menos diez litros de sangre por el suelo.

—Eso no puede ser, Esther.

—Sí, de verdad que sí.

—Que no, mujer, que las personas tenemos cinco litros en el cuerpo. A no ser que tu marido llevase acumulados otros tantos en alcohol.

Su ironía, o lo que fuese aquello, no me sentó mal, pero tampoco me sacó una sonrisa como solía conseguir. En ese momento me sentía más consciente de todo que horas atrás, como si hubiese recuperado el conocimiento y me hubiera dado cuenta de repente de la gravedad del asunto. Ella se levantó, sin decir nada, y comenzó a caminar de un lado a otro del salón, como si fuera un gato encerrado. Iba y volvía de un extremo a otro, pensando en no sé qué. Hasta que se detuvo, me miró y sentenció:

—Por más vueltas que le doy, me temo que vas a ir a la cárcel.

—¿A la cárcel?

—Esther, en este país, la mujer en casa y con la pata quebrada. ¿Qué vas a decir? ¿En defensa propia? ¿Qué pruebas tienes? ¿Quién lo vio?

—Nadie.

—¿Y le habías denunciado alguna vez?

—No... Nunca.

—Pues peor me lo pones. Y para más inri va y se te ocurre pasearte por Madrid sin llamar a la policía.

—Es que no sabía a dónde ir.

—¡Es que no tenías que ir a ningún lado! ¡Te quedas en tu casa y avisas a la policía! No vienes aquí y me haces cómplice.

—¿Cómplice?

—Sí, Esther, cómplice. Matarlo, venir aquí y contármelo. ¡Cómplice! Ahora o llamas tú a la policía o llamo yo. Eso sería lo normal.

Sonó el timbre y las dos nos sobresaltamos. Me llevé las

manos a la boca, suponiendo lo que iba a ocurrir. El corazón se me aceleró tanto que creí que se me saldría del pecho. Catalina se encaminó hacia la puerta y, antes de salir del salón, me hizo un gesto con el dedo para marcar silencio. Me quedé tan callada que casi se me cortó la respiración.

Capítulo 38

Supongo que miró por la mirilla y por eso, al no reconocer a la persona, preguntó que quién era. Me temí lo peor. Tenía razón Catalina: fui tan torpe que debí de haber dejado un reguero de pistas por todos lados hasta llegar a su casa. Seguramente me traicionaron los nervios o algo me hizo no pasar desapercibida. También pensé en mi suegra: a lo mejor había regresado antes de lo previsto, había pasado por casa y se había encontrado a Juanjo ahí, en el suelo. Qué horror para una madre encontrarse a un hijo en esa situación. Enterarse de esa forma. Todo iba de mal en peor. Escuché a Catalina hablar a lo lejos, sin distinguir qué le decía a la otra persona. Finalmente, se cerró la puerta. Apreté los puños, los labios y los ojos, como queriendo desaparecer.

—Era el chico de la ferretería con los botes de pintura —anunció nada más entrar en el salón.

Respiré aliviada, despertando de un mal sueño.

—Tenía que darle algo de propina —continuó—, así que por eso he tardado: tuve que ir a coger el monedero.

—Me asusté.

—Y yo. Pero me temo que vas a tener que acostumbrarte a convivir con el miedo. Que, bien pensado, no creo que haya mucha diferencia a vivir con el miedo que ya le tenías a tu marido. —Se sentó en el sofá, justo a mi lado—. Esther, me temo que vas a tener que ser muy sincera.

—¿Con la policía?

—No, conmigo.

Me cogió de las manos, algo que creo que nunca antes había hecho. Su intención de tranquilizarme me puso realmente más nerviosa. Y me miró a los ojos, fijamente.

—Si no quieres ir a la cárcel, habrá que inventar un plan. Te

pondrán atenuantes y mil cosas más, pero el juez de turno lo sentenciará claramente como un asesinato. Puede que hasta se convierta en un juicio popular, que no te convendría; cuanto menos entre la opinión pública, mejor.

—Pero a lo mejor si usted declara...

—¿Declarar? ¿El qué? ¿Que estaba allí en el momento del crimen? No tiene ni pies ni cabeza, sería peor. Además, en una situación así, no me creerían. A las artistas y a las putas nunca nos creen.

—Pero yo no lo maté.

—Me temo que sí, que a vista de la justicia lo mataste. Y no sé si hay condescendencia para un caso como el tuyo. Mucho tendría que cambiar este país.

Catalina se levantó y de nuevo comenzó a dar vueltas como una fiera encerrada. De la estantería a la mesa, de la mesa al sofá, del sofá de nuevo a la estantería. No le quedó ninguna baldosa por recorrer. Movía los labios en silencio, como hablando sola. Pasó tanto rato, o se me hizo tan eterno, que casi creí que se había olvidado de mí. Hasta que se quedó quieta.

—¿Te vio alguien llegar hasta aquí?

—No sé, imagino que no. O sí. No lo sé. Era muy temprano y cogí el autobús una hora antes.

—O sea, que no cogiste el autobús que coges siempre, a tu hora habitual, con la misma gente de siempre.

—No. Estaba tan nerviosa que por eso me vine antes.

—Muy bien, estupendo. Aunque sea de casualidad, algo has hecho bien.

—De verdad que no quise matarlo.

—Mira, ya está bien con lo de que no quise matarlo. Está muerto y punto. Y no me tires de la lengua porque a lo mejor hasta se lo merecía.

Se enfadó, pero sin llegar a gritarme. Desde luego, si quería desahogarme, Catalina no era la mejor opción, pero era la única que tenía. Regresó a sus pensamientos, caminó tres pasos y volvió a pararse.

—¿Llevabas esa misma ropa?

—No. Me la cambié esta mañana.

—¿Y qué hiciste con la otra?

—La dejé en casa, estaba llena de sangre. No sé por qué no me dio por lavarla.

—Bueno, da igual. No la tires. ¿Y los vecinos? ¿Te escucharon?

—¿Los tuyos o los míos?

—¡Todos! ¿Qué importa? ¡Esther, estás metida en un lío de tres pares de narices! Intento atar cabos, pero me lo pones difícil porque eres una torpe.

Volví a estallar en llanto. Se acercó a mí, sentándose de nuevo en el sofá, apiadándose. No se disculpó por sus gritos, pero tampoco era necesario: la comprendí. A fin de cuentas, la había convertido en una cómplice. Me dijo que todavía me quedaban muchas lágrimas por soltar, que iba a tener que aprender a controlarme. Para no levantar sospechas. Estaba claro que Catalina había armado un plan o algo parecido.

—De momento vas a irte a casa. Has pasado la noche aquí, ¿vale? Escúchame porque es importante.

—Sí, escucho...

—Llevas algunos días quedándote a dormir porque te lo he pedido yo. Como si fueras una interna. Quédate con eso.

—¿A quién se lo digo?

—A la policía. Vas a ir a casa y vas a llamar a la policía, como si entraras por la puerta por primera vez. Y te has encontrado con todo... con todo el asunto. Así, de sorpresa. Ahí las lágrimas te vendrán bien, podrás llorar todo lo que quieras.

—¿Y si no me salen?

—Pues piensas en algo que te haga llorar. ¿O te crees que Aurora Bautista lloraba por imposición divina? ¿No hay nada que te haga llorar?

Me quedé unos segundos pensativa, con la frustración de no tener nada que me hiciera llorar. La misma sensación de cuando descubrí que nunca había soñado de pequeña con qué quería ser de mayor. Como si estuviera absolutamente vacía. Me esforcé en pensar algo.

—No sé, ¿quizás la muerte de tu padre? —propuso Catalina.

—No, fue hace mucho tiempo...

—Pues algo tendrás, no vas a ser un robot.

—*Robin Hood*.

—¿*Robin Hood*?

—Sí, la película. La de Kevin Costner. Bueno, el final de la película, cuando liberan a los pobres y vencen a los malos. Y también *Lo que el viento se llevó*.

—Mira, Esther, no tengo muy claro si te van a meter en la cárcel o en un manicomio.

—Lo siento.

—No, mujer, cada una es como es. Ya te contaré otro día lo que a mí me hace llorar.

Catalina volvió a levantarse. Era curioso porque sus gestos transmitían inquietud, pero, en cambio, todo lo que decía resultaba tan sereno, tan directo, tan claro. Parecía estar muy segura de sí misma. Caminó tres pasos hasta llegar a la estantería para apoyarse en ella. Miró hacia arriba, como si el cielo fuese a decirle todo lo que yo tenía que hacer, y volvió enseguida a dirigirse a mí:

—Sales de aquí como si nada. Vas a tu casa, ves todo lo que hay y llamas a la policía. Bueno, vas a tu casa, piensas mucho en *Robin Hood* y llamas a la policía. Por ese orden. Y luego te traes la ropa. La tuya.

—Vale, hago eso —asentí convencida.

—No, espera. No te puedes traer la ropa. En cuanto llames acudirán a tu casa, así que no tendrás tiempo. Y tampoco se puede quedar ahí...

—¿Y qué hago?

—Iré yo contigo. Me quedo abajo y me la das, antes de llamar. Iremos por separado.

—¿Será buena idea?

—Es la única que tengo. ¿Acaso tienes tú otra?

—No... —me lamenté frente a su malhumorada pregunta.

—Muy bien. Y además es la una y media. Tenemos que irnos ya.

—¿Y no saco antes a Tara?

—¿De verdad crees que ahora lo necesario es darle un paseíto? Está más adiestrada que Lassie, sabrá esperar. Ahora lo importante es que Rafael te vea salir por el portal antes de que acabe su jornada.

—¿Rafael? ¿Por qué?

—Porque lo vamos a convertir en testigo de nuestra parte. ¿Te ha visto entrar esta mañana tan temprano? No. Pues ya está. Yo sé lo que me digo. Limítate a hacerme caso.

Las lágrimas recorrieron mis mejillas. Me resultó inevitable. La situación era peor que una pesadilla. Sin embargo, me sentía segura, nerviosa pero segura. Toda una contradicción. Ella me daba la fuerza que yo nunca había tenido y obedecerla era lo mejor que podía hacer. Aunque no supiese lo que iba a ocurrir.

—Muchas gracias, Catalina —sollocé—. Muchas gracias de verdad. No sé qué decirle.

—Ahora no me digas nada, venga. Y esas lágrimas guárdatelas para luego, que te vas a quedar sin. Vete ya. Yo saldré diez minutos más tarde.

—Y cuando llegue la policía, ¿qué hago?

—Pues mentir, ¿o es que acaso no has mentido nunca?

Me limité a sonreír, aún con el gesto compungido. No hizo ninguna falta que le respondiese.

Capítulo 39

Me fui, siguiendo sus indicaciones, no sin antes escribirle en un papel mi dirección. Me dijo que, aunque saliese un poco más tarde que yo para no levantar sospechas, llegaríamos a la vez, ya que ella iba a coger un taxi. Lo tenía todo tan perfectamente calculado que parecía que ya lo había hecho antes. Yo esperaba que no fuera así.

Saludé a Rafael con toda la naturalidad posible, como si fuese una de tantas veces.

—Pues nada, hasta mañana —le dije.

—¿Hoy no sacas a la perrita?

—No, es que está descompuesta, así que me marcho ya a casa.

Primera mentira. Me despedí como si nada, dejándolo enfrascado en su periódico. Era increíble que pasada la una y media del mediodía todavía siguiera leyendo. A lo mejor era que tenía varios ejemplares y, como no solía coincidir con él a la hora de salir, no me había percatado.

De camino a casa intenté distraerme con todo aquello que veía a través de la ventanilla. Árboles, niños, motos, comercios, personas caminando y perros. Todo con tal de no perder los nervios y ponerme a llorar. A lo mejor tendría que haber pensado en lo que iba a decir después, frente a la policía, pero preferí dejarlo a la improvisación, que tal y como estaba comprobando en los últimos dos meses no se me daba tan mal.

El taxi llegó antes, porque cuando estaba a punto de entrar por el portal vi a Catalina a lo lejos, disimulando frente a un escaparate. Me quedé unos segundos mirándola para salir de dudas, hasta que ella me hizo un gesto, escudada tras sus gafas de sol, en clara señal de que siguiese con el plan. Subí, cogí mi ropa ensangrentada, que había dejado amontonada en el bidé, y la metí en una bolsa. Ya no olía, era como si el olor de la sangre se

perdiese al secarse. Bajé corriendo y ahí estaba, a dos metros de distancia del portal.

—Ahora sube de nuevo, como si entraras por primera vez. Mañana nos vemos.

Miró a los lados y se marchó. No me dio tiempo ni a contestarle; debió de durar diez segundos el encuentro. Claro, no era cuestión de que nos viesen juntas. Cuando llegué arriba comprobé que no hubiera nada sospechoso, nada que indicara que conocía de antemano la situación. Nada que pudiera desvelar que yo lo había matado.

Su cuerpo seguía ahí, en el mismo lugar, con esa especie de cara de susto y los ojos entreabiertos, mirando al infinito. Su boca también estaba abierta, muy ligeramente. Juanjo siempre había sido guapo de cara, pero muerto era horrible. O quizás se debía a la situación.

Por más que contemplaba todo aquello, no conseguía llorar. Cerré los ojos y me puse a pensar en la película. En todas esas secuencias que me sobrecogían. Cuando la madre ve cómo están a punto de ahorcar a su hijo, delante de mucha gente, y Robin Hood consigue salvarle cuando ya está a punto de ahogarse, lanzando una de sus flechas. Y el momento en el que asaltan el castillo y todos se unen contra el rey tirano. Cuando Lady Marian se une a la lucha con su amor verdadero. A los pocos segundos, apretando mucho los párpados, empecé a llorar. Seguí visualizando escenas hasta que las lágrimas me superaron. Y entonces llamé al 091. Grité algo así como que habían matado a mi marido, que estaba en el suelo, muerto. La voz de la teleoperadora, preguntando sin parar, me distraía de las lágrimas, así que preferí hacerle caso omiso y repetir la misma frase varias veces seguidas. Lo han matado, vengan ya mismo. Lo han matado.

En el rato de espera mientras llegaban me puse algo nerviosa, lo que fue a más con cada segundo que pasaba. Tenía que enfrentarme a todo aquello sola, con las pautas de Catalina y nada más. Se me agotaron las lágrimas en cuanto colgué. Las necesitaba, pero no me salían más, por mucho que pensase en películas trágicas. Cerré los ojos, me pellizqué, pensé en mi padre. Nada.

Tenía que conseguirlo antes de que llegasen, si no, iba a resultar muy raro. Pero no había manera.

Llamaron al telefonillo y les abrí. Me puse frente a Juanjo y miré fijamente aquellos mismos ojos que la noche anterior estaban repletos de odio. Lo miré sin pestañear, casi retándole. Y me acordé de cada una de las veces que me había abofeteado o cogido del cuello. Me vino a la mente una noche de verano y otra de invierno. Un día de primavera, una tarde de otoño. Una estación por cada golpe. Y rompí a llorar, desconsoladamente y con razón. Justo en el momento en el que tocaron al timbre.

Eran tres policías: dos hombres y una mujer. También dos chicos que, por el uniforme, se adivinaba que eran de la ambulancia. Me intentaron tranquilizar inútilmente. Lloré todo lo que pude y más. Con rabia, con ganas y con motivo. Los enfermeros me dieron una pastilla para calmarme. No recuerdo el nombre, pero sí que nunca antes la había tomado. Uno de los policías, el que parecía más joven, comenzó a pasearse por casa, fijándose en todo al detalle. A los pocos minutos, los otros dos comenzaron a interrogarme, pasándose la palabra.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó ella.

—No lo sé. Llegué a casa, como siempre, y me lo encontré así.

—¿Cuándo llegó? —intervino él.

—Hace media hora, o un poco menos. Cuando les llamé. A la hora a la que llego siempre.

—¿Dónde se encontraba usted en el momento del crimen? —continuó ella.

—Trabajando. Trabajo limpiando en casa de una señora, en otro barrio.

—Y cuando salió esta mañana, ¿lo encontró todo normal? ¿Nadie extraño alrededor?

—Sí, todo normal.

—Entonces en su ausencia...

Le interrumpí. Fui lo suficientemente rápida para darme cuenta del error, que no había sido el primero.

—Bueno, esta mañana no. No salí por la mañana. Me fui anoche.

—¿Y desde entonces no había regresado? —preguntó ella.

—No. Tenía que hacer la noche en casa de esta señora que les digo. Me lo pidió ella; a veces me lo pide.

—¿Y se quedó allí a dormir? —continuó él.

—Sí, eso es.

—¿Y el cuchillo? ¿Lo reconoce?

Les dije que sí, que era nuestro. Las preguntas no cesaron durante casi diez minutos. Mis horarios, los suyos, las compañías que frecuentaba, el entorno familiar e incluso las navidades y los días anteriores. También quisieron saber si había personas que tuvieran copias de las llaves, que pudieran tener acceso a la vivienda de aquella manera, sin forzar la cerradura. Ahí estaba mi primer error. Respondí que tan solo mi suegra tenía una copia, pero que nunca la utilizaba sin llamar previamente, al menos que yo supiera.

—¿Solía recibir visitas su marido? —preguntó ella.

—No. Bueno, realmente no lo sé. Como me paso los días trabajando fuera apenas nos vemos, y él se queda todo el día en casa.

—¿Acudía a algún bar o restaurante o algún lugar donde pudiese entablar contacto habitualmente? —prosiguió él.

—Sí. A un bar de aquí cerca, a un par de minutos. El Penalti se llama. Y a veces iba también a otros bares, cuando había futbol del que no echan por la tele normal.

Mientras seguían cuestionándome, los sanitarios me tomaron la tensión. Me insistieron en que todas esas preguntas me las harían de nuevo, más adelante, pero que era importante que ahora pudiera hacer una reconstrucción fiel de mis últimas horas. El policía más joven —el que andaba por la casa— dejó de husmear y se unió a los otros dos. La mujer me insistió en que por ahora no había nada que hacer. Poco después se presentó el juez de guardia, que junto a la policía judicial ordenó el levantamiento del cadáver. Me explicaron todo el procedimiento. De nuevo me deshice en lágrimas. Debía de abandonar la vivienda y mantenerme localizable. Esperaron a que hiciese una maleta con alguna muda, sin saber cuánto tiempo me debía ausentar. No me metieron prisas,

me dieron tiempo suficiente para no dejarme nada importante. También me pidieron los datos del lugar en el que me iba a alojar y distintos modos de contactarme. Precintaron la puerta y cerraron detrás de mí.

Capítulo 40

Tan solo tenía dos opciones: o irme a casa de mi madre o irme a casa de Catalina. También podía huir, fugarme, como si hubiera atracado un banco. Pero opté mejor por acudir a casa de Catalina. No estaba preparada para llegar al pueblo y dar explicaciones. Y, a fin de cuentas, la única que sabía toda la verdad era ella, incluso lo de que Juanjo me pegaba. A nadie más le había dicho nada nunca. Además, Catalina sabía organizarlo todo fríamente, como si estuviéramos dentro de una película.

Toqué al telefonillo, sabiendo que irremediablemente la iba a pillar desprevenida. Se quedó un rato escuchando al otro lado, cerciorándose de que nadie más venía conmigo. Serían las seis de la tarde y Rafael no estaba en la portería.

—¡Te dije que no vinieras! —exclamó nada más abrirme la puerta.

—Ya, pero es que pensé que sería lo mejor.

—Tú no tienes que pensar en nada. Para pensar estoy yo. Anda, pasa.

Le conté todo tal cual había ocurrido. Cada dos por tres me hacía preguntas sobre los policías. Era un interrogatorio sobre el interrogatorio. Que si qué actitud tenían, que si me miraban con recelo, que si cogieron huellas, que si fueron amables conmigo y que qué edad tenían.

—¿Qué hiciste con mi ropa? —pregunté tomando el relevo.

—Pensé una cosa. Nada más entré por casa.

—¿Cuál?

—Te la vas a poner de nuevo. Y te vas a manchar de pintura.

—¿Mancharme de pintura?

—Sí, como si tienes que pegarte a las paredes. Esa ropa quedará inutilizada para siempre, pero por otros motivos. Nada

que levante la más mínima sospecha. Entraste en esta casa con un marido vivo y saliste de aquí con un marido muerto. Hazte a la idea.

Catalina parecía tenerlo todo muy claro. Su capacidad de reacción era asombrosa, propia de tener experiencia, de ser una actriz con muchas tablas. De fondo, el belén y el árbol, con sus lucecitas, le daban un aspecto tétrico a la situación. Era raro tener delante un nacimiento mientras planeábamos ocultar una muerte.

—Ahora lo que tienes que hacer es llamar a la gente que te importa —dijo a modo de orden.

—¿Para contárselo?

—Claro, ¿tú no harías eso? A tu madre, a tu familia, a tu suegra...

—Supongo que sí —contesté.

—Bueno, bien pensado igual es mejor que me encargue de llamar yo, de parte tuya. Porque tú estás de los nervios.

—No, estoy bien, puedo hacerlo.

—Me refiero a supuestamente. Esther, a partir de ahora todo va a ser un supuesto, ¿entendido? Tú estás fatal y por eso soy yo la que lo comunica; luego ya te pones tú y rematas.

—La verdad que «rematar» no me parece el término más apropiado...

—Bueno, y ¿qué quieres que le haga? ¿Buscar un sinónimo en el diccionario? No me salía otra palabra, pero me has entendido perfectamente.

Su idea me pareció razonable, uno de esos pequeños detalles que no se le escapaban a Catalina. Acudí a coger mi agenda, que había metido en la maleta junto a la ropa y otros enseres. Me senté a su lado y ella misma fue marcando cada uno de los números. Se presentaba, comentaba lo ocurrido y alegaba que yo estaba destrozada, que me costaba hablar. Luego me pasaba el teléfono y yo «remataba» la conversación. Mi madre se puso fatal, muy asustada; mis hermanos también. Obviamente contarle a alguien que de pronto has llegado a casa y te has encontrado a tu marido asesinado, con un cuchillo en el pecho, impresiona a cualquiera. Decidí que a Ángeles, mi suegra, era mejor no llamarla de

momento. No tuve fuerzas para ser cínica a miles de kilómetros de distancia y amargarle la víspera de Reyes. Preferí el silencio, el mismo que ella me había dedicado tantas veces ante algún moratón, haciéndome ver que le resultaba invisible.

Acomodamos el segundo dormitorio, el que Catalina tenía reservado para esos invitados que nunca llegaban. Serían las ocho y media cuando nos fuimos a dormir, agotadas de tanto nervio, tanta adrenalina. Y, por mi parte, agotada de una noche en vela. Antes de que me cerrara la puerta de la habitación, le dije:

—Catalina..., muchas gracias. Sé que lo he hecho todo mal.

—Mira, Esther... —Se quedó pensativa, reformulando en su cabeza lo que iba a decir. Finalmente, preguntó—: ¿Cuántos años me echas?

—Pues no sé, soy muy mala para eso.

—Venga, dilo. Lo primero que se te ocurra.

—¿Setenta?

—Setenta y tres. Y si algo he aprendido en estos setenta y tres años es a distinguir a la buena gente de los hijos de puta. Y sé perfectamente en qué lado estás tú, aunque hubieses matado a diez hombres como ese.

Cerró la puerta sin un buenas noches. Me puse el pijama descifrando su cumplido y me tumbé en la cama. Cuando llegué a aquel piso dos meses atrás jamás hubiera imaginado que mi vida desembocaría en algo así: fuera de mi casa, sin marido y, en cierta forma, armada de valor. No lloré. En ese momento no lloré. Imagino que ya no me quedarían lágrimas o, simplemente, el cansancio me venció. Cerré los ojos y dormí del tirón casi diez horas.

Capítulo 41

Me resultó tremendamente extraño amanecer en otra casa, en otra cama. Me pregunté quién sería la última persona que había dormido allí y hacía cuánto. Tras asearme y vestirme, entré en la cocina, donde estaba Catalina, dispuesta a empezar el día.

—No sé qué hora es —dije—. He debido de dormir mucho.

—No te preocupes. Estarías agotada.

—Sí, fue un día horroroso. Se me hizo eterno.

—Bueno, no me refería solo al día de ayer, sino en general. Agotada de la vida. Una no se deshace de semejante marido todos los días.

—Imagino —contesté, descolocada ante su inevitable sarcasmo—. No sé. Supongo.

—La próxima vez tendrás que elegir bien con quién te casas. —Removió la cucharilla que sostenía—. No puedo ofrecerte mucho, solo tengo café y leche.

Me pareció más que suficiente. No estuve rápida para ofrecerme a bajar a comprar algo, pero tampoco lo estuve para afrontar su sentido del humor recién despertada. De hecho, fueron sus frases envenenadas las que acabaron de espabilarme. ¿Quién quiere azúcar en el café si le puedes poner ironía? Parecía ser el lema de Catalina. También es verdad que no me metió ninguna prisa, insistió en que me lo tomase con calma y en que comenzáramos las tareas a la hora de siempre.

—Puedes asearte en el baño del pasillo. ¿Ves para qué sirve tener un segundo cuarto de baño? Y ahí estarán las toallas que tú misma lavaste la semana pasada.

—Gracias, Catalina. De todas formas, hoy hablaré de nuevo con mi madre, para comentarle de ir al pueblo y así no ser aquí tanta molestia. Lo único es que ella vive en Talavera; voy a tenerlo

complicado para venir todos los días.

—Ya encontraremos una solución —contestó antes de dar el último sorbo.

Aunque no estaba en mis horas de trabajo, no pude evitar hacerme cargo de fregar las tazas, el cazo y las cucharillas. Una vez listas, nos pusimos a pintar las primeras paredes. Su casa cambiaba y mi vida también. El verde agua iba inundándolo todo a brochazo limpio. Catalina prefirió hacerse cargo de los pequeños rincones, como los que bordean los marcos de las puertas o el rodapié del suelo, con un diminuto pincel. Se esmeraba en todos aquellos detalles con detenimiento. Mientras, yo asumí los espacios grandes. Me sorprendí disfrutando: empapar la brocha de pintura me producía una sensación placentera, difícil de explicar. A lo mejor se debía a que era una más de tantas novedades que habían llegado a mi vida en las últimas semanas. O quizás era porque me trasladaba a mi infancia, a sentir que estaba jugando. Y el olor, ese olor a pintura..., me embriagaba y me hacía olvidarme de los últimos acontecimientos.

Terminamos el pasillo y, una vez movidos los muebles de sitio, nos pusimos con el recibidor. En eso se nos fue la mañana, hasta que bajé al bar de Eugenio. Como en las últimas horas todo había sido una cuestión de improvisación, no teníamos qué comer, así que compré para mí otro menú con intención de acompañar a Catalina en su almuerzo y, después, ultimar detalles de las paredes, aunque estuviese fuera de mi hora.

—De primero no quedaba crema de calabacín, así que he cogido gazpacho.

—Gazpacho en enero... A quién se le ocurre —esgrimió—. No lo digo por ti, ¿eh? A saber a quién tienen trabajando en esa cocina.

—Como la ensalada ya me dijo que no le gustaba, la he descartado.

—Mejor. Está muy insípida. Dame que guarde el segundo.

Catalina metió en la nevera el recipiente con pasta que hacía las veces de segundo plato, mientras que las natillas de postre las dejó fuera. Imité su idea de desmenuzar el mendrugo de pan y

convertirlo en barquillos que acompañasen al gazpacho, para hacerlo así más sustancioso. Tras unos segundos de silencio, sin apartar la mirada del plato, me abordó.

—Le he estado dando vueltas y creo que lo mejor es que te quedes aquí —dijo sin vacilar.

—¿Aquí, en su casa?

—Sí, para que no pierdas el trabajo, ¿no? Porque si te vas al pueblo como dices, me temo que no podrás venir con la frecuencia que necesito...

—Eso es verdad —contesté.

—Además, no te puedes ir ahora, dejándome todo esto empantanado.

—Lo terminaremos cuanto antes. —Saboreé la última cucharada.

—Lo terminaremos en el tiempo que haga falta mientras se haga bien.

—Si no es molestia... —Me levanté recogiendo ambos platos —. ¿Le saco el segundo?

—No. El segundo lo dejo para la cena. Tómate tú el tuyo.

Efectivamente, tal y como habían murmurado en el bar semanas atrás, Catalina se administraba el menú del día para comer y cenar, en un racionamiento casi de guerra que me resultaba digno de admiración. O de lástima, según se mire. Parecía que estaba muy acostumbrada a un hábito que respondía más a una cuestión económica que de pura dieta estética. Se tomó las natillas y yo los canelones.

—Además, con la situación que tienes no estás para irte por ahí —añadió.

—Bueno, tampoco pensaba fugarme —contesté, intentando estar a la altura de su humor.

—A veces desaparecer puede ser la mejor de las opciones, pero me temo que en este caso no.

—Lo decía en broma —aclaré.

—Yo no. —Negó con la cabeza—. Si hubieras hecho un desfalco de miles de millones, pues a lo mejor tendría sentido que huyeras a la Isla Contadora. Una vez allí te cambiabas la cara y

asunto arreglado. Pero en tu caso no, porque si huyes resultarías sospechosa. Y tú no tienes nada que ver con la muerte de tu marido..., ¿verdad?

Quiso hacerme partícipe del convencimiento como para que me fuese acostumbrando a la ficción que habíamos montado juntas. Me atreví a preguntar:

—Usted... ¿ha desaparecido alguna vez?

Se tomó un segundo antes de responder.

—Unas cuantas. A veces por deseo personal y otras de manera involuntaria. En mi mundo te pueden borrar del mapa en cualquier momento, hacerte desaparecer como si nada. Y en ocasiones eres tú la que quiere irse, sin saber a dónde. Pero si te refieres a que si he matado a alguien, no. Todavía no.

Volvió el silencio antes de que, con la misma facilidad de siempre, ella misma lo rompiera. Cambiando de tercio.

—La habitación es pequeña. Te la puedes poner a tu gusto.

—Está muy bien, con lo que hay tengo suficiente.

—Se quedó tal y como la dejó mi sobrina.

—¿Su sobrina? ¿Y qué fue de ella?

—Está muerta. —Ante mi conmoción, añadió como para quitarle peso al asunto—: Hay gente que se muere sin necesidad de que la maten.

Entendí perfectamente su sentido figurado y comprendí también que no debía de hacer más preguntas, al menos de momento. Sin embargo, no me vi capaz de cambiar de tema. Fue la propia Catalina la que continuó hablando como si nada.

—¿Metiste tu ropa en el armario?

—No. Con el cansancio se me pasó. —Me percaté de que apenas había deshecho la maleta.

—Pues acomódate. Al menos hasta que puedas volver a tu casa.

Sabía que la invitación de que me quedara con ella durante unos días no era un simple gesto altruista. Catalina se había acostumbrado a mí tanto como yo a ella. Si las terribles circunstancias me alejaban del trabajo, no iba a estar dispuesta a volver a abrirle la puerta a nadie más, siguiendo aquello de que

más vale malo conocido que bueno por conocer. Obvié el pequeño arranque egoísta que había en su ofrecimiento y me lo tomé como el triunfo de una relación laboral que había llegado a su punto álgido.

Me curé de nuevo la pequeña herida del pie, fruto del trozo de cristal de la noche maldita, y deshice por fin la maleta. Comprobé que entre otras muchas cosas había metido el vestido y los pendientes que Margarita me prestó la semana anterior. Imagino que lo debí coger por las prisas y los nervios, pues ciertamente no me servía de nada tenerlo ahí. Decidí llamarla para quedar al día siguiente aprovechando que el supermercado cerraría por el festivo del seis de enero. También le advertí que tenía que contarle algo muy fuerte, pero que era mejor hacerlo en persona.

Capítulo 42

«¿Cuánto de fuerte?», fue lo primero que me preguntó Margarita, incapaz de esperar al día siguiente. Me dieron ganas de contestarle que lo más fuerte que podía pasarme, lo más fuerte que podía imaginarse, lo máximo que me había ocurrido nunca. Pero me limité a decirle que era algo terrible, despertando todavía más su curiosidad y sus ansias por saber. Sin duda alguna, iba a ofrecerle una de esas historias que tanto le gustaban, llena de detalles ficticios.

—Estoy todavía consternada, pero tenía que verte —le anuncié en cuanto nos sentamos en nuestro típico bar.

—Pero, ¡Esther!, dímelo ya, que me estás preocupando.

—Ante todo, te pido discreción, porque no sé todavía cómo afrontarlo.

—¿Te vas a divorciar?

—No, no me puedo divorciar.

—¿Entonces qué? —preguntó desesperada.

—Juanjo está muerto. Bueno, lo han matado.

Abrió la boca tanto que pude contemplar hasta la última de sus muelas. Luego empezó a hacer aspavientos con las manos, en clara señal de que la noticia le parecía mucho más fuerte de lo que le había advertido. Se levantó de su silla y me abrazó, sin dejar de repetir «Dios mío» mientras me estrujaba con sentimiento. Justo cuando iba a contarle la situación, con todos sus detalles, me interrumpió:

—Fíjate, yo que lo vi estupendamente hace tres días…

—¿Lo viste? ¿Dónde?

—Sí, en el bar. El lunes por la tarde. Bueno, más bien noche que tarde. Serían poco más de las nueve, porque había terminado el turno. Tú sabes que a mí el bar al que va él no me gusta…

Bueno, al que iba —se corrigió, intentando asumir todavía la pérdida—. Pero es de los pocos de por aquí que tienen máquina de tabaco.

—¿Y qué pasó? —Ahora, la curiosidad me invadía a mí.

—Pues que entré y, claro, me lo encontré. Me saludó él porque yo con las prisas ni me di cuenta de que estaba en la barra. Lo vi estupendamente. No recuerdo si estaba con alguien más.

La dejé con su verborrea mientras iba atando cabos. Lunes por la noche, pasadas las nueve. Todo me encajaba.

—Estuvimos hablando un par de minutos, lo justo para preguntarle qué tal por Alemania. Era Alemania, ¿no?

—Sí, Berlín.

—Pues eso. Y nada, poco más, le dije que te había visto unos días antes para dejarte el vestido de Nochevieja, el del teatro con la actriz. Nos felicitamos el año y me fui para casa. ¿Estás bien, Esther? ¿Esther?

Me había quedado embobada imaginándome la situación y entendiendo por fin de dónde venía su irascible reacción. Si no se hubieran encontrado, Juanjo todavía estaría vivo.

—¿Esther?

—Sí, estoy bien —reaccioné a destiempo—. No, que diga... mal. Estoy mal.

—Lógico. ¿Pero cómo ha sido? ¿Aquí en el barrio?

—Sí. Ese mismo lunes. Me lo encontré muerto en el suelo, con un cuchillo clavado. Bueno, al día siguiente, porque me tocó pasar la noche en casa de Catalina.

—¿Catalina? —se extrañó.

—Sí, la actriz.

—Ah, claro. La actriz... Entonces, eso quiere decir... —volvió a abrir la boca muy expresivamente— que seguramente yo sea... ¡la última persona que lo vio con vida! Además de su asesino, claro.

Dejé que se montase su Cluedo particular, fascinada como estaba con la idea de que por fin fuera ella la casi protagonista de una de sus historias escabrosas y no el primo de su vecina ni el hermano de su cuñada. Se sentía más cerca del suceso que nunca.

No tardó en armar una de sus cábalas.

—A lo mejor la policía quiere hablar conmigo —afirmó.

—No lo sé, puede ser —titubeé—. Ahora mismo están investigando. Ya sabes, cosas del forense y todo eso. Es que fue prácticamente ayer.

—¿Y estás afectada?

—Mucho. Lo que pasa es que, como se suele decir, no me quedan lágrimas. Pero ha sido terrible, terrible. No me quito su imagen de la cabeza. —Aquello, en parte, era verdad.

—Ahora tienes mucho duelo por delante. Y fíjate, quién me iba a decir que iba a ser la última vez que lo vería. Si no llega a ser porque entré a comprar tabaco...

Le era irremediable no arrebatarme el protagonismo, por mucho que el asunto fuera escabroso y yo la que debía ser la más afectada. Pero así era Margarita: la novia en la boda, el niño en el bautizo y el muerto en el entierro. Aquel dicho le iba como anillo al dedo. Por suerte, al ser un día festivo no había apenas mesas ocupadas a nuestro alrededor y nadie se percató de lo que hablábamos.

Fui entrando en todos los detalles que me preguntó. Me tomaba mi tiempo para construir de nuevo el relato, con la debida precaución de no equivocarme. Le narré la llegada de los policías, la ambulancia y el juez con la perfección propia de haberlo vivido. Me escuchaba con la boca entreabierta, fascinada ante el suceso.

—Ahora que lo pienso —me interrumpió—, él estaba bebiendo. Tú ya me entiendes, no lo digo a mal. Me refiero a que igual ya llevaba ahí un buen rato.

—Sí, puede ser. Como no estuve en casa no sé a qué hora se iría para allá.

—Y, claro, si llevaba ya tres o cuatro vinos, o cervezas o lo que él bebiera, a lo mejor se pudo meter en una trifulca.

—Pues no me extrañaría. Juanjo, cuando bebía, era imprevisible —contesté.

—Que yo no digo que la empezara él, pero cuando están en ese estado son más susceptibles... Tú ya me entiendes —repitió.

—Te entiendo perfectamente, Margarita.

Le dejé que se otorgase el papel de investigadora, que diese rienda suelta a su imaginación, consciente de que así reforzaba cualquiera de mis ideas ficticias. En medio de suposiciones y extrañezas, aproveché para devolverle el vestido, los pendientes y todo lo demás.

—¿Sabes qué pienso? Si te lo hubiera visto puesto, se hubiera quedado maravillado. Porque el vestido te quedaba precioso.

—Prefiero ni pensarlo —contesté.

—Y fíjate, cuando le conté lo de tu Nochevieja especial, se quedó extrañado. Claro, si a lo mejor llevaba ya un par de copas, pues igual ni se acordaba.

—Le pillarías desprevenido.

—¿Y él tenía deudas? Porque tú sabes que la gente con deudas siempre arrastra problemas. Eso decía mi abuela. Y quien paga, descansa.

—Pues puede ser. Es que todo es tan posible que ya no sé qué pensar, Marga.

El camarero nos trajo la cuenta, intentando echarnos pronto en un día que prefería tener libre, como el resto de los españoles. Margarita enseguida hizo ademán de pagar, como para contribuir a paliar mi dolor. Me arrebató el tique.

—¿Sabes qué creo? Que esto es una señal para que deje de fumar.

—¿El qué? —pregunté.

—Lo de Juanjo. Que yo entrase en el bar, a comprar tabaco, y lo viese a él. Y que después lo matasen. Creo que voy a dejar de fumar, porque además no tengo ningún propósito para el año 2000.

Colocó un billete sobre el plato metálico en el que estaba la cuenta. Me miró fijamente, como con pena.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Pues no lo sé —contesté.

En eso sí que no había mentido.

Capítulo 43

Al estar en casa de Catalina asumí lógicamente hacerme cargo de pasear a Tara también a primera hora de la mañana. Era lo mínimo que podía hacer, aunque ella no me lo ordenase. Digamos que mi jornada comenzaba pocos minutos después de las ocho, aunque ya no hubiese horarios establecidos. Aquel día, cuando subí después del paseo, me encontré con la sorpresa de lo que en principio me parecía una broma.

—Ha llamado la policía —dijo Catalina.

—¿Ahora? ¿Tan pronto? —contesté extrañada.

—Sí. La policía no descansa, ¿o te has creído que son como el portero?

—¿Y qué querían?

—No sé, no lo han dicho. Tampoco he preguntado, me ha pillado tan de repente que no he sabido reaccionar. Hubiera preferido que no dieses mi número.

—Me pedían contactos, direcciones, y tampoco se me ocurrieron muchos.

Por la reacción de Catalina, mi mirada debió de delatar preocupación.

—No te asustes. Puede ser algo rutinario. A lo mejor están barajando algunas hipótesis o te querrán preguntar algo. Lo raro es que no lo hayan hecho hasta ahora.

—¿Y qué hacemos? —pregunté.

—Pues seguir como si nada. Habrá que ponerse con el salón.

El tenerme atareada hacía que no le diese tantas vueltas a la cabeza y Catalina lo sabía, más allá de que además desease avanzar y dar por terminadas las labores de pintura. Antes de retomar los brochazos, recogimos todos esos adornos navideños que poblaban el comedor. Saqué de nuevo del altillo las cajas donde habían

estado guardados durante años, a las que volverían para no ver la luz hasta Dios sabe cuándo. Hacía poco más de dos semanas que estaban ahí —el árbol, el belén y sus luces— y, aun gustándome, se había convertido en una eternidad.

—Me estaba ya agobiando —apunté mientras desenredaba el rosario luminoso.

—Pues fuiste tú quien quiso ponerlo. Cuidado con las bolas.

—Sí, y se lo agradezco. Pero, con todo lo que ha pasado, ahora me parece algo frívolo por mi parte.

—¿A qué te refieres con «todo lo que ha pasado»?

—Pues lo de Juanjo, su muerte. Lo que he hecho.

—Mira, Esther. —Se detuvo y me observó fijamente, muy seria—. Vas a tener que empezar a crear tu propia historia. Y a creértela.

—¿Cómo?

—Pues como la de los Reyes Magos. Los Reyes Magos son un invento. ¿Has leído la Biblia?

—Creo que no.

—O sí o no, pero «creo que no» es una tontería de respuesta. Que no es Pérez Galdós, es la Biblia: de eso una se acuerda.

Me quedé callada ante su regañina, sin imaginar en qué iba a derivar aquella comparación que le había inspirado claramente el momento de quitar el belén.

—Bueno, pues en la Biblia en ningún momento se nombra a los Reyes Magos. No existen. Ni Melchor ni Gaspar ni Baltasar.

—Ah, ¿no?

—No, ni están ni se les espera. Son un invento muy posterior. Y el ser humano lo ha asumido como si hubiera ocurrido, como tantas otras cosas. Así que, si te has podido creer lo de la estrella, los camellos y toda la historia, vas a tener que hacer lo mismo con lo tuyo. Y ahora vamos a dejar todo esto recogido, aunque hasta San Antón, Pascuas son.

Me explicó el sentido del refrán —es decir, que las fiestas navideñas pueden durar hasta el diecisiete de enero—, aunque ella era tan partidaria como yo de quitarlo todo y pasar página. A media mañana ya habíamos despejado el salón, apartado los

muebles y quitado los cuadros y lámparas de las paredes. No había dado el tercer brochazo cuando el teléfono comenzó a sonar. Era la policía de nuevo: lo sabíamos las dos antes de cogerlo, con tan solo mirarnos. Catalina me hizo un gesto de que fuese yo la que descolgase, la que tomase la iniciativa de atender, aunque fuese su casa. Asumí su metafórico empujón y respondí.

—¿María Esther Gorostiza Rodríguez? —preguntó una voz de mujer al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo.

—Mire, le llamamos de la comisaría del distrito de La Elipa.

—Sí, dígame —contesté con más firmeza.

—Es para informarle de que ya se han realizado los estudios y análisis oportunos en su vivienda habitual, siguiendo el protocolo establecido en el lugar de los hechos, por lo que puede regresar al domicilio.

—¿Ya puedo volver?

—Sí, a partir de hoy mismo cuando lo desee.

Catalina estuvo en todo momento pendiente de la conversación, que no duró más de dos minutos, e intuyó por mi cara que todo iba bien. Colgué, se lo conté y decidimos que esa misma tarde regresaría a mi casa para no levantar sospechas. Poco a poco todo debía de volver a la normalidad, en la medida de lo posible.

Siguiendo las costumbres bajé a por dos menús del mediodía y me uní a su ritual de administrar el primer plato para la comida y el segundo para la cena. Me quedé hasta pasadas las seis; nos dio tiempo a pintar un par de paredes en el salón. Luego hice la maleta y me encaminé de nuevo a la que era mi verdadera casa. Al llegar me resultó más grande, más vacía, por la ausencia de Juanjo. Pese a todo el dramatismo, lo que sentí realmente fue paz. Reinaba un silencio que ya nunca se iba a interrumpir. Eso me gustaba, aunque no tuviese muy claro lo que iba a ser de mí.

Capítulo 44

Pasó por lo menos una semana hasta que tuvimos más de la mitad de la casa pintada, con una segunda pasada incluida y dejándolo todo perfecto. Parece algo fácil, por lo que tiene de mecánico, pero requiere de bastante tiempo, al menos cuando se trata de un piso como el de Catalina, con los techos altos y lleno de pequeños detalles. El plan siempre era el mismo: me quedaba a comer para alargar las horas y que nos cundiese más, aprovechando así la tarde y evitando la soledad. La suya y la mía.

Aquella mañana, al llegar, Rafael tenía algo distinto, aunque no supe bien en un primer momento de qué se trataba. En algo había cambiado, pese a que seguía en su misma postura de siempre.

—Buenos días —saludó con una sonrisa.

—Buenos días, ¿qué tal? —contesté.

—Lo van a llamar euro... No lo veo yo un buen nombre.

—¿El qué?

—La nueva moneda, lo pone aquí. —Señaló el periódico con la mirada—. Para dentro de dos años justos ya estará en circulación. Pero el nombre es como poco personal, poco nuestro, ¿no crees?

—Sí, algo había oído. Pero no me acordaba.

—¿Cómo te vas a acordar? Si es lo que yo digo, euro suena a máquina, a cosa extranjera. Deberían cambiar la moneda pero que se siguiese llamando peseta, para no marearnos.

—Pues tiene usted toda la razón.

Llegó el ascensor justo en el momento en el que me percaté de qué era lo que lo hacía distinto. Se había cambiado las gafas.

Catalina había abierto el último bote de pintura, destinado a las paredes de los dos dormitorios. Ya se adivinaba que en pocos

días nuestra labor llegaría a su final.

—Podría seguir pintando cuatro casas más —dije.

—Pues yo no, con pintar la mía ya he tenido suficiente. Aunque he de reconocer que ha quedado muy bien.

—Creo que es porque me relaja, el ir trazando líneas con la brocha. ¿A usted no?

—A mí más bien me desespera.

—Lo que pasa es que como la casa es grande parece que no vayamos a terminar nunca —contesté.

—¿Y qué le voy a hacer? No la voy a partir por la mitad. ¿Yo te he contado lo de Agustín y María Luisa? —me preguntó sin apartar la mirada de la pared, concentrada en la tarea.

—No. No recuerdo nada de ningún Agustín.

—Agustín González, el actor —aclaró—. Que estuvo muchos años con la Ponte, con María Luisa. La tira de años. Se querían y se odiaban a partes iguales. Claro que él era muy mujeriego, veía una falda y le cambiaba la cara. Y eso a María Luisa la traía por la calle de la amargura. Todas las peloteras que tenían venían por eso. No es que ella fuera celosa, es que él le daba motivos. ¡Pero no dejes de pintar! Sigue pintando...

Catalina interrumpió la anécdota al ver cómo me quedaba ensimismada escuchándola. Mi brazo volvió a oscilar de arriba abajo, conforme avanzaba la historia.

—Si vas a parar, no te lo cuento. Que no estamos para distraernos. Bueno, pues resulta que vivían juntos, por ahí, por la Castellana. Un piso enorme, mucho más grande que este, dónde va a parar. Y cada vez que discutían partían la casa por la mitad.

—¿Cómo puede ser eso?

—Pues levantaban un muro de ladrillos hasta arriba, y cada uno entraba por un lado de la casa. Si de pronto estaban bien, entonces derribaban el muro. Y así cada vez. ¿De qué te ríes?

No pude evitar estallar de risa. La situación me parecía digna de película, era algo surrealista. Lo visualicé en mi cabeza y me parecía que aquello era como de viñeta de tebeo. No podía parar de reír.

—¿Qué te da risa? —insistió Catalina.

—Pues toda esa historia. ¿No hubiera sido más fácil divorciarse?

—Desde luego que sí, pero al final volvían juntos cada dos por tres. Lo suyo era como el refrán, que ni contigo ni sin ti.

—¡Debían de gastar mucho en cemento! —contesté.

Catalina se unió a mis risas, consciente de que aquella historia no tenía desperdicio. Al poco rato ya habíamos terminado con el segundo dormitorio, el que yo había ocupado días atrás. Entre brochazo y brochazo pensé que debería de animarse a escribir un libro contando su vida y todas esas anécdotas. Algo donde aquellas batallitas quedasen plasmadas para siempre.

—Eso luego no le interesa a nadie —contestó.

—Pues a mí me hace mucha gracia.

—Sí, pero no como para comprar un libro. Además, contar alegrías es muy fácil, pero ahondar en las tristezas no le gusta a nadie. Y no estoy dispuesta a remover heridas.

—A lo mejor puede ser terapéutico...

—¿No vas a bajar a Tara? Porque ya son casi la una y media y como te descuides en el bar de Eugenio se quedarán sin menú.

Era experta en contar mil historias fantásticas, pero también en zanjar conversaciones. Nadie como ella para hacerte sentir el golpe de un portazo, aunque fuese sin puerta alguna.

Para cuando terminamos de comer ya se había secado la pintura y pudimos dedicarle una segunda pasada.

Capítulo 45

Aquel miércoles era el segundo día que veía a Ángeles. Sé que era miércoles porque era el día que aprovechaba para poner lavadoras y hacer la colada completa. Mi suegra se presentó de pronto en casa, sin avisar, tal y como había hecho tantísimas otras veces con Juanjo en vida. Aunque en esta ocasión venía de vacío: ya no había táperes de comida ni buenas intenciones. De eso tardé en darme cuenta.

—Ayer también vine, pero no me abriste.

—Es que no estaba, Ángeles. He aumentado las horas y termino un poco más tarde de trabajar.

—En la casa de la señora esa, ¿no?

—Sí. Y al final entre el autobús y todo no suelo llegar hasta casi las siete.

—Mejor, así tienes la mente distraída. No como yo, que no puedo quitármelo de la cabeza... Mi pobre hijo.

No hizo falta que se lo ofreciese: ella misma atravesó el recibidor para sentarse en el sillón, el mismo en el que Juanjo pasaba horas y horas dispuesto a tragarse lo que echaran por la tele. Me senté a su lado, en el sillón más próximo, con intención de consolarla. Respiraba profundamente, cogiendo mucho aire y volviéndolo a expulsar una y otra vez. Me dio la sensación de que podía acabar desmayándose ahí mismo, en mitad de mi salón. Y me vi torpe, sin saber cómo se consuela a una madre en semejantes circunstancias.

—Si yo hubiera estado aquí, nada de eso hubiera pasado.

—No lo sabemos, Ángeles. Estas cosas no se pueden saber.

—Sí, porque yo cada dos por tres iba a visitarlo, aunque tú no estuvieses —dijo con tono de reproche—. Ese mismo día, perfectamente, se podría haber venido a mi casa a cenar en vez de

estar por ahí, en un bar cualquiera.

—Pues a veces he sentido que ir al bar es lo único que le gustaba.

—¡No digas tonterías! Un hombre que está a gusto en su casa no tiene necesidad de irse por los bares.

—Pues a lo mejor es que no estaba a gusto en casa —contesté serenamente.

—Mira, Esther, sé de lo que hablo. Que antes de perder a un hijo perdí a un marido.

Mucho había tardado en abrir el baúl de los recuerdos. No comprendí qué tipo de comparación se le podía ocurrir entre uno y otro, pero estaba claro que no iba a perder la oportunidad de reprocharme algo, lo que fuese. E intenté entenderla, en parte por lo mal que me sentía y por no saber ponerle remedio. Le ofrecí algo de beber; me dijo que no, para inmediatamente cambiar de idea y pedirme un vaso de agua. Mientras me dirigía a la cocina, ella volvió a hablar. Estaba en una especie de estado nervioso en el que parecía que solo quería desahogarse. Regresé justo a tiempo para escuchar su siguiente reproche:

—Tendrías que haberme avisado. Haberme llamado tú personalmente, y no la policía.

—Lo sé, puede ser. Pero estaba muy mal. Estaba que no podía ni hablar, de verdad.

—¿Estaba? ¿Ya no lo estás? —preguntó con malicia antes de llevarse el vaso a la boca.

—Sí, claro. Lo estoy. Lo que pasa es que, después de dos semanas, me he ido haciendo a la idea, me he mentalizado. A lo mejor a ti te pasa lo mismo.

—Yo no me puedo mentalizar hasta que los asesinos de mi hijo estén en la cárcel. Los tengo que ver entre rejas. ¡Entre rejas!

—No nos queda más remedio que confiar en la policía.

—La policía debería de estar aquí, en tu casa. Preguntándote de todo, atando cabos, investigando...

Comenzó a ponerse furiosa y ya no encontré modo de calmar su exaltación. Me limité a escucharla con el mayor de los compungimientos posible mientras no apartaba su mirada de mí.

Con los nervios su pulso temblaba y el agua comenzó a derramarse fuera del vaso, en pequeñas olas que oscilaban de un lado a otro hasta convertirse en charco, sin que ella apenas se percatase. Lo cogía y lo dejaba, sin parar de hablar. De repente, me di cuenta de que en su tono recriminatorio había una clara intención de hacerme culpable de lo sucedido.

—No entiendo lo que quieres decir, Ángeles.

—Pues está muy claro. Tú eres la única persona que vivía con él, aquí, en esta casa. Algo tendrás que saber. ¿Quién puede entrar sin forzar la cerradura? ¿Cómo puedes estar tan tranquila?

—¡Que no estoy tranquila! ¡Te lo he dicho ya! —estallé.

—Ah, ¿no? Pues le podrías haber hecho a mi hijo una misa, algo, en señal de recuerdo.

—Sabes tan bien como yo que Juanjo no era de misas ni esas cosas.

—¿Y qué? Tampoco era de bares, y acabó allí.

—Creo que ahora mismo lo importante es que busquen a los culpables.

—Eso mismo pienso yo. —Dio un sorbo y zanjó el tema—: Y que sea rápido. No me voy a quedar de brazos cruzados.

Una semana antes, en el entierro, Ángeles había sido otra persona completamente distinta: no articulaba palabra. Llevada por la angustia, apenas nos pudimos abrazar. Su pequeño entorno familiar, empezando por mi cuñada y algunas primas que todavía conservaba, se volcaron con ella. Por suerte, mi hermano Manuel se hizo cargo de todos los papeleos junto a la hermana de Juanjo, que había llegado directamente desde Berlín. No podía entonces imaginarme que días después mi suegra habría cogido las fuerzas suficientes para cargar las tintas contra mí, como si necesitase cuanto antes la cabeza de un culpable o, peor aún, como si sospechase algo de todo lo ocurrido. De lo verdaderamente ocurrido.

—El padre de Juanjo quiere contribuir a los gastos —dijo sin mirarme a la cara.

—¿Cómo que el padre? ¿Tu marido?

—Sí, mi marido —contestó muy digna.

—Pero ¿dónde está? ¿Lo has encontrado?

—Sabía desde hacía muchos años dónde estaba, lo tenía más que localizado.

—¿Cómo puede ser?

—Contraté a un detective, por si pasaba algo.

En ese momento me explotó la cabeza. El drama familiar que tanto tiempo habían arrastrado tenía solución desde hacía tiempo. Aquel padre perdido, huidizo, no lo era tanto. Ángeles había manejado a su antojo una historia que acabó agriando el carácter de su hijo.

—¿Y él lo sabía? ¿Juanjo lo sabía? —pregunté anonadada.

—No, preferí no decírselo nunca. ¿Para qué? No era un buen padre y a esas alturas de poco servía.

—Pero a lo mejor se podrían haber reencontrado. A lo mejor todo hubiera sido distinto si él lo hubiera sabido.

—No creo. Él tenía que asumir las consecuencias de sus actos: si eres hombre para irte, también has de ser hombre para no volver.

—Me parece injusto. Juanjo debería de haber tenido la oportunidad de saber dónde estaba su padre.

—Hay cosas mucho más injustas que esa, te lo digo yo.

No lograba darle crédito a la situación. Ángeles había contribuido a separar ese vínculo entre ambos, de manera egoísta. Después de mucho tiempo, durante un instante, sentí pena por Juanjo.

Capítulo 46

Dormí mal. No es que hubiera estado durmiendo bien durante las últimas noches, pero la retahíla de reproches cargados de bilis por parte de Ángeles había conseguido quitarme el sueño. No entendía a qué se debía que hubiera cambiado de actitud de esa manera tan repentina y agresiva, como si alguien la hubiese envenenado. Aunque viendo lo que había sido capaz de hacer —imponiendo el silencio del marido ausente—, no me extrañó que se hubiese bastado ella sola para iniciar una cruzada contra mí.

Cogí el autobús a la misma de hora de siempre y, si hubiera sabido lo que pasaba, bien lo habría cogido antes, a pesar de que no pudiera ser de gran ayuda. Cuando llegué, Catalina me esperaba con la puerta abierta, sin necesidad de que tocase el timbre. No me hicieron falta más de dos segundos para darme cuenta de que algo le preocupaba.

—Tara se ha pasado toda la noche vomitando —dijo—. No he pegado ojo.

—Será que algo le ha sentado mal.

—Sí, desde luego, porque no es normal. Lo que pasa es que hace un par de horas ya directamente echaba sangre.

Lo cierto era que Tara no parecía ni la sombra de lo que yo recordaba apenas un día antes. El animalito nunca había sido una alegría constante, ni siquiera excesivamente cariñosa, pero había algo en ella que denotaba lo mal que se encontraba: estaba cabizbaja, como si no tuviese ganas de nada. Ni siquiera caminaba al son de los pies de Catalina, siguiendo sus pasos. Desde que entré se había quedado en un rincón, apartada de nosotras.

—A lo mejor ha sido la pintura —sugerí—, aunque juraría que hemos cerrado todos los botes.

—Eso pensé, pero no. Tiene que haber sido otra cosa. Algo en

mal estado, qué sé yo.

—Parece que se haya consumido. La veo más pequeña.

—Es porque lleva desde ayer sin querer comer nada, ni beber siquiera. Y estos perros, como son tan pequeños, a la mínima que pierden algo de peso resulta muy exagerado.

En ese instante Tara volvió a vomitar, para desesperación de Catalina, que le acariciaba el lomo mientras intentaba acercarle un cuenco con agua que la perra rechazaba ladeando la cabeza. Fui corriendo a por la fregona y limpié aquel líquido amarillento, casi transparente, que parecía contener pequeñas gotas de sangre. Catalina me dejó sola pintando mientras ella acurrucaba a Tara sobre sus piernas, sentada en el sofá del salón y esperando que aquellos mimos la reconfortasen. Creo que hasta se quedaron dormidas un buen rato, imagino que supliendo las horas de desvelo que habían tenido que pasar esa noche. Si hubiera podido, habría hecho lo mismo: me habría tumbado en la butaca grande, que parecía más cómoda, para recuperar las horas de sueño. Pero ya no quedaba apenas nada para terminar de pintar la casa —tan solo la última habitación— y eso me motivaba a seguir. Siempre me había gustado comprobar el trabajo bien hecho; ya era cuestión de horas.

Al cabo de un rato, Catalina se asomó por la estancia donde yo trabajaba.

—Esther, ¿a dónde fuiste a vender los cubiertos? Los del cajón.

—Pues a un sitio cerca de la Puerta del Sol, por el centro. —Me había quedado descolocada ante su pregunta—. De esos que anuncian que compran oro y demás.

—Una casa de empeños, ¿no?

—Sí, eso.

No entendía qué le había llevado a preguntar eso, a desenterrar el único tema por el que habíamos discutido y que obviamente resultaba incómodo para las dos. Se alargó entre nosotras un silencio que nada tenía que ver con los que ella misma dramatizaba en otras ocasiones. Estaba intentando encontrar las palabras exactas para decirme algo que se notaba que no sabía cómo plantear. Tosió, carraspeando levemente antes de volver a la

conversación.

—Creo que podrías volver a hacerlo.

—¿Vender los que quedan?

—Sí. Bueno, todos los que quedan no; con que me quede con un par de cada uno, será suficiente. ¿Podrías ir hoy?

—Claro, sin problema —contesté, servicial—. Ahora mismo si quiere...

Dejé aparcada la pintura mientras la propia Catalina se disponía a sacar la cubertería delante de mí, uno por uno. Me sugirió limpiarlos, para que así la plata reluciese todavía más y quizás influenciase en la tasación aunque aquello fuera por peso. Ya en el recibidor me pidió que me esperase unos segundos. Se ausentó un momento y enseguida regresó, dándome un par de pequeñas medallas doradas. Dijo que también quería deshacerse de ellas. No me detuve a mirarlas hasta que me encontré en el ascensor. Tenían una inscripción en latín que no supe descifrar.

Tardé un rato en ubicarme, en decidir si era mejor coger el metro más cercano o un autobús. Opté por el metro, iba a ser lo más rápido. Por la actitud de Catalina parecía que de pronto tuviese prisa en vender todo aquello. En poco más de una hora fui, lo vendí y regresé. Me dieron ciento quince mil pesetas y la verdad fue que me dio cierta pena desprenderme de todos esos cubiertos, aunque no fuesen míos. Habían formado parte de su vida: a saber de cuántas cenas, comidas, meriendas y demás reuniones habían sido testigos todas aquellas cucharas y tenedores. En cierta forma me sentía culpable de haberle metido en la cabeza en aquella discusión de hacía mes y medio la idea de desprenderse de sus cosas, que ahora me resultaba tan lejana y tan estúpida.

A pesar de que no había hecho nada más que cumplir un mandado, me sentía culpable y heroica a la vez. Una sensación difícil de explicar. Si lo pensaba fríamente, sabía que le había abierto una puerta para desprenderse de todo aquello que le sobrara, de aquellos lujos que a mí me parecían innecesarios. Pero si lo meditaba en profundidad me venía la sensación de haberle hecho renegar de sí misma, de lo poco que le quedaba. Había juzgado su modo de vida y el valor de sus pertenencias, las que la

habían acompañado en su soledad hasta aquel mismo día.

Capítulo 47

—¿Cuánto te han dado? —me preguntó casi al segundo de abrir la puerta.

—Ciento quince mil pesetas. Creo que está muy bien.

—Sí. Está muy bien —contestó mientras cogía el dinero.

Había algo raro en todo aquello, como si estuviéramos traficando con algo, como si estuviéramos haciendo algo vergonzoso. Y no lo era. El problema estaba en que, hasta entonces, hasta ese momento, habían faltado muchas palabras en medio de tantas historias y aventuras.

—Me quedaba solo una pared. Puedo terminarla.

—No te preocupes, ya lo harás mañana.

—¿Quiere que saque a Tara? Ya pasa de su hora.

—No, con lo mala que está será mejor que no salga. Ahora cuando abran, a las cuatro, la llevaré al veterinario. Está a dos calles de aquí. Por eso te pedí que vendieses los cubiertos.

—¿Para el veterinario?

—Sí. Estas cosas una nunca sabe lo que pueden costar y la verdad es que no tengo cómo asumirlo.

—No me tiene que dar ninguna explicación.

—Ya lo sé, pero quiero hacerlo.

Aunque mi jornada había terminado, Catalina me hizo un gesto para que la acompañara hasta la cocina. La seguí y, una vez allí, comprobé que tenía sobre la mesa el menú del mediodía: había bajado a comprarlo durante mi ausencia. Nos sentamos y me acercó uno de los platos, renunciando a la que sería su cena.

—No, no se preocupe. Comeré más tarde en casa.

—No seas tonta, tú uno y yo otro. Para comida todavía tengo —insistió empujando el plato hacia mí—. Lo he estado pensando y tenías razón. Podría deshacerme de muchas cosas, darles otro

valor.

—Bueno, eso fue un arranque, no soy quién para decirle nada...

—Eres mi asistenta, ¿te parece poco? La gente no tiene a lo largo de su vida treinta o cuarenta asistentas. Quizás ni cinco. Aunque tú no me hayas elegido a mí, ni yo a ti.

—Gracias, pero aquello fue motivado por una discusión. Lo he estado pensando bien y no debería haberme metido en cómo administra su dinero.

—Ese es el problema, que no hay dinero. O al menos el que debería de haber.

—Bueno, a lo mejor pronto hace una película o la llaman para algo...

Catalina me miró fijamente, con la cabeza ladeada. Su gesto denotaba extrañeza ante mis palabras, que solo buscaban agradarla.

—No has entendido nada, ¿verdad? —preguntó.

—¿A qué se refiere?

—A mí no me llaman para ningún papel. Hace mucho tiempo que no me llaman para nada. Hasta podría deshacerme del teléfono, que hace mucho que dejó de sonar.

—Ya, pero nunca se sabe...

—Eso decía Liza Minnelli en *Cabaret*. Pero sí, sí que se sabe. No espero ya que pase ningún tren.

Catalina resopló después de coger aire. Parecía que se estaba armando de paciencia para expresar lo que quería decir, enfrentándose a una realidad que conocía muy bien pero que no sabía cómo explicar. Quizás era la primera vez que lo verbalizaba, por mucho que tuviese muy clara su situación. Era momento de que se sintiese escuchada, así que la comida podía esperar, aunque se enfriase.

—Hace doce años que no hago una película. Supongo que el cine ha cambiado mucho. O a lo mejor he sido yo la que ha cambiado, aunque me sienta la misma.

—Pero usted ha trabajado mucho.

—Muchísimo. Pero eso no cuenta, en esta profesión solo

cuenta el presente. Durante una época te llaman mucho, parece que lo haces todo, encadenas una película con otra, después una obra de teatro... y así sin parar. Llega un día en el que te llaman menos, y luego ya no te llaman más.

—Pero la gente no se ha olvidado.

—Sí, pero eso es porque a veces pasan aquellas películas por televisión. Y, si te digo la verdad, no me gusta verlas.

—Pues a mí me hacen gracia.

Se llevó el tenedor a la boca mientras arqueaba la ceja en clara señal de estar pensando algo sobre mí, aunque no llegué a adivinar si era bueno o malo. No dijo nada, solo sonrió, así que supuse que le gustó mi comentario. Masticó con lentitud, meditando sus siguientes palabras.

—Luego, a principios de los noventa, participé en alguna serie cuando llegaron las cadenas privadas. Capítulos sueltos y mal pagados, sin ninguna trascendencia. Pero nunca se me han caído los anillos. Todo es trabajo. Porque, ¿sabes qué? Que hay algo peor que hacer malas películas: no hacerlas. De eso me di cuenta muy pronto.

—¿Y el teatro?

—Lo último que me ofrecieron no lo cogí; hace siete años, por lo menos. No me veía con fuerzas ni con ganas. Me acostumbré a vivir así, tirando con lo justo. Fui gastando lo que tenía, comiéndome los pocos ahorros que me quedaron después de la enfermedad de mi madre.

—¿Qué le pasó?

—Tuvo un cáncer muy malo. Me desviví por ella, qué iba a hacer. De un médico a otro, de acá para allá. Me acuerdo de que por entonces murió Laly y me desanimé. ¿Te acuerdas de Laly? Laly Soldevilla.

—Sí, la de la carita redonda, ¿no? Muy graciosa.

—Esa, sí. Una mujer que no paraba de trabajar, buena como ninguna, con todo un futuro por delante... Y de pronto murió. No debía de tener ni cincuenta años. Ahí me di cuenta de que la enfermedad de mi madre no iba a tener solución. Que estaba luchando contra algo que superaba mis fuerzas. Después vino la

mala racha, sin imaginar que iba a ser eterna...

—Por lo menos ha sabido afrontarlo —intenté consolarla.

—Y eso era lo que me ayudaba a llorar.

—¿Cómo?

—Sí, ¿no recuerdas cuando te dije que tenías que pensar en algo que te hiciese llorar? Para llamar a la policía. Pues a mí eso es lo que siempre consigue hacerme llorar.

—¿El qué?

—La muerte de Laly.

En ese mismo instante sus palabras quedaron interrumpidas por la angustia de Tara, que había vuelto a vomitar aquel líquido casi transparente, alejada en una esquina de la cocina, como si no quisiera molestar. Catalina se levantó con intención de socorrerla. Dejó la comida a medias y se fue al salón para ponerla de nuevo sobre sus piernas, acurrucándola de manera maternal.

—Tráeme la manta de cuadros, la que hay encima de la cama. —Señaló hacia fuera.

Se la llevé. Cuando ya estábamos a punto de despedirnos, teniéndome de espaldas, terminó su confesión.

—Esther, no te pienses que hago un drama de todo esto. Hace tiempo que asumí el lugar en el que estoy, aunque no lo pregone a los cuatro vientos. He trabajado mucho, decenas y decenas de películas, teatro, lo que viniese. Pero sé perfectamente que mi lugar es el de una actriz de reparto.

Aunque me había imaginado ya mil veces todo lo que me había contado, me marché a mi casa con la sensación de haberla conocido un poco más.

Capítulo 48

Aquel lunes no pude ir a trabajar. No porque no quisiera, sino porque se presentaron en casa dos agentes de policía. No eran los mismos que semanas atrás vinieron a casa ante mi llamada. Eran otros, mucho más serios, casi antipáticos. O a lo mejor lo percibí así por el miedo que me entró. Llamaron al timbre justo quince minutos antes de que me marchase, cuando me estaba terminando de arreglar. Me extrañó, obviamente, porque no esperaba visita de nadie y menos a esa hora, poco antes de las nueve de la mañana. Por un momento pensé que sería el cartero, aunque no estuviese esperando nada. Apenas cruzaron la puerta me dijeron que los acompañase, que estaba citada en la comisaría más cercana. Me pilló tan de sorpresa que no supe reaccionar a tiempo para pedir que me dejasen llamar a Catalina, y así avisarla de que me iba a retrasar. Cogí el bolso, me puse la chaqueta y les seguí.

Me llevaron a un despacho como los que se ven en las películas. Me hicieron esperar sola un par de minutos, quizás un poco más, hasta que entró otra pareja de policías que se llevaban bastante diferencia de altura. Uno de ellos sí que era de los que había estado en casa el día posterior al crimen.

—No se asuste —me tranquilizó el más alto—, simplemente queremos tomarle declaración.

—Pero ya declaré el primer día, en mi casa, hace un par de semanas —contesté.

—Sí, lo que ocurre es que hay ciertos aspectos que nos gustaría repasar.

—Aspectos que no nos encajan —apuntó desafiante el más bajito.

—Pues no sé qué más puedo decir. —Me encogí de hombros.

—Vamos a empezar por el principio.

Me sudaban las manos. Aunque eran correctos y educados, había algo en el ambiente que me hacía sentir acorralada. El más alto se sentó sobre uno de los lados de la mesa para después levantarse, ponerse a caminar de un lado a otro y volver a sentarse. El otro permaneció inamovible frente a la mesa, frotándose de vez en cuando el mentón con los dedos, en un gesto que parecía mostrar desconfianza. Desconfianza hacia mí.

—¿Usted a qué hora llega al domicilio?

—Al mediodía, imagino que pasadas las dos. Lo que viene siendo la hora de comer.

—¿Y durante toda esa mañana no hizo por hablar con su marido? ¿No le llamó después de haber estado toda la noche fuera?

—No tengo costumbre de llamarle en horas de trabajo, ni a él ni a nadie.

—¿Cuándo habló con él por última vez?

—Tendría que pensarlo...

—Pues piénselo, que para eso estamos. No tenemos prisa, ¿verdad, González? —dijo el bajito dirigiéndose a su compañero.

Intentaba no aparentar nerviosismo, pero me resultaba casi imposible. La situación era asfixiante. Al ser dos, no podía dirigirles a ambos la mirada, tenía que alternar, de manera que siempre había uno que me estaba observando sin que yo lo pudiese mirar a él. Me sentía vigilada por más que intentase mostrar tranquilidad. Tardé unos segundos en responder, tomándome el tiempo al que me habían invitado. No era cuestión de fastidiarla, no podía contradecirme ni decir nada distinto a lo que había declarado semanas atrás. Pero era muy difícil acordarme de todo y apenas podía concentrarme en ese ambiente en el que se escuchaba un teléfono sonar en otro despacho y un cierto murmullo en el pasillo más cercano.

—Durante la tarde del día anterior, cuando me despedí de él —improvisé.

—¿Se refiere a la tarde antes de llegar a su casa y encontrárselo? —se aseguró el más alto.

—Sí, esa tarde.

—Entonces habló usted con él el mismo día del crimen, horas

antes incluso, ya que según el forense su marido falleció en torno a las diez de la noche.

—Sí, ese mismo día —repetí, cada vez más nerviosa.

—¿Y de qué hablaron? —preguntó el bajito.

—No lo sé, no lo recuerdo. De cosas normales. Me dijo que se iba a ir al bar.

—¿Y desde entonces hasta que se lo encuentra no vuelven a cruzar palabra?

Fui contando sobre la marcha una conversación que nunca existió, cambiando las horas reales e inventándome algo con la mayor cautela posible. Y no se me dio nada bien. Entró un tercer agente en el despacho, les preguntó algo que no tenía que ver con mi situación y, tras aquella interrupción, continuó el interrogatorio.

—Lo que no entiendo es por qué me hacen todas estas preguntas —observé compungida.

—Pues sencillamente porque es usted sospechosa —dijo el bajito.

—¿Yo, sospechosa?

—Sí, sospechosa según nuestras investigaciones. Hay puntos que no encajan, que resultan, como mínimo, extraños.

—Pues no sé a qué se refiere —me defendí.

—¿Por qué limpió el suelo? ¿Por qué no dejó ni rastro de sangre alrededor del cuerpo?

—¿Cómo? —contesté desprevenida.

—Sí, usted aseguró que se encargó de limpiar todo aquello antes de llamar a la policía. Todo lo que podría ser considerado como pistas, huellas... ¿Por qué lo hizo? —me increpó.

—Pues, no sé... —titubeé—. Porque me dedico a la limpieza.

Se miraron entre ellos. Quizás mi respuesta no les pareciera convincente, pero era la verdad. No limpié todo aquello con intención de ocultar nada, ni siquiera se me pasó por la cabeza. Ahora, bien pensado, reconozco que no debí hacerlo, que fue lo más insensato del mundo, pero en ese momento me dejé llevar por mi instinto, por lo único que sabía hacer bien: limpiar. Sin imaginar las consecuencias.

—Han aparecido pequeños restos de cristal, mínimos, pero esparcidos a lo largo de su cocina. En cambio, no hay ningún objeto de tales características como arma homicida. ¿Cómo se explica eso?

—Imagino que lo limpié, junto a lo otro. No pretendía ocultar nada, de verdad que no.

—También tuvo usted una leve cojera después del crimen. Señal de forcejeo, ¿quizás?

—Puede ser, no lo recuerdo.

—Pues yo sí —afirmó el más bajito, el que había estado aquel día en mi casa.

—Bueno, en todo caso creo que eso no quiere decir nada —contesté.

—Quiere decir que existe un indicio de pelea, ¿le parece poco?

—Jamás me he peleado con mi marido.

Me hicieron algunas preguntas más en torno a la familia de él, el trabajo y sus amistades. Aunque eran cuestiones muy básicas, centradas en la vida de Juanjo, respondí con el miedo de saberme cuestionada, de ser consciente de que todo apuntaba hacia mí. De que algo había hecho mal. O más bien todo. Y, lo peor, de que tarde o temprano acabarían por descubrirme.

Capítulo 49

Salí de la comisaría algo aturdida, pensando en lo que había dicho, en lo que no debería haber dicho y en lo que sí. Ya no había vuelta atrás, tenían muy claros cada uno de mis errores. Los habían observado con lupa y nada podía hacer. Es verdad eso de que la policía no es tonta, de que estudian los casos con detalle y exactitud. Vamos, eso y que no existe el crimen perfecto.

No llegué a casa de Catalina hasta pasadas las doce, dos horas más tarde de mi entrada habitual. Rafael se encontraba en su puesto, consumiendo las últimas páginas del periódico.

—Fíjese en lo que dicen aquí, que dentro de tres años el setenta por ciento de la población tendrá un teléfono móvil —apuntó.

—Pues no me extrañaría, con lo rápido que va el mundo —respondí con las pocas fuerzas que me quedaban.

—Conmigo que no cuenten... Debe de ser insoportable estar todo el día localizable.

No conocía a nadie que tuviera ese tipo de teléfonos, aunque la verdad era que me hubiera venido bien para avisar a Catalina de mi retraso, de todo lo ocurrido.

—Llegas dos horas tarde —dijo nada más abrir la puerta—. ¿Qué ha pasado?

—Algo horrible. Vengo muy nerviosa.

Una vez sentada le fui explicando todo. Me sorprendió el haber podido sacar fuerzas no solo para contárselo, sino para haber llegado hasta ahí. Con el cúmulo de nervios, el miedo y el cansancio, lo más normal era que me hubiese desmayado nada más salir de la comisaría, pero no, los seres humanos nos crecemos ante las adversidades. O al menos yo.

—Creo que ha sido mi suegra la que ha movido todo esto.

—No te hace falta una suegra para armar este lío. ¿A quién se le ocurre limpiar toda la sangre de la cocina? —me reprochó.

—En ese momento no lo pensé, no pensé nada. No podía reaccionar de otra forma. Si lo hubiera pensado seguramente me hubiera ido directa a la policía, a declararme culpable.

—Me temo que ya no es tiempo de lamentaciones ni de arrepentimientos.

—Da igual, saben que he sido yo. Me miraban de un modo desafiante, buscando mi confesión.

—Lo importante es que no tienen ninguna prueba, solo indicios —contestó.

—De todas formas, me dijeron que van a seguir investigando, interrogando a todas aquellas personas con las que estuve horas antes del crimen.

—¿Y eso me incumbe a mí?

No me hizo falta decirle nada. Apreté los labios y moví la cabeza levemente, en señal afirmativa. Catalina era una de esas personas que formaban parte de mi vida; quizás, de hecho, la única que podía aportar credibilidad a aquel relato, a una historia que nunca existió y que parecía estar desmoronándose por momentos. Si la invención dependía de mí, no iba a tener buen resultado.

—Usted sabe explicarse mejor que nadie. Además, todo lo que dice parece verdad.

—Es que es verdad, ¿o qué insinúas? —contestó molesta.

—Me refiero a que lo cuenta muy bien, casi se puede hasta imaginar.

—De momento vamos a terminar la última habitación, que no soporto más días con la pintura por en medio.

—Sí, ahora mismo. —Me incorporé—. ¿Sabe qué? Cuando pusimos el árbol, al colocar la estrella pedí un deseo. Es algo que siempre he hecho, desde pequeña. Y esta es la única vez que se ha cumplido.

—¿Qué pediste?

—Que mi vida cambiase. Lo que no pensé era que fuera a cambiar así.

—A veces hay que tener cuidado con lo que se desea...

Un par de horas después dábamos por terminada la labor de pintura, con el dormitorio que faltaba y que había tenido que dejar a medias la vez anterior finiquitado. Llegado el mediodía compré un par de menús en el bar de siempre y comimos juntas, con la idea de recuperar mis horas perdidas por la tarde. A fin de cuentas, nadie me esperaba en ningún lado.

—Veo que Tara se encuentra mucho mejor —apunté—. Parece otra.

—Sí, era una gastroenteritis que con medicación se soluciona. Menos mal que pude ir al veterinario, si no, no sé qué hubiera pasado.

—Bueno, ahora lo importante es que se ponga bien.

—He pensado que... quizás... también podría vender los abrigos, los de pieles.

—Pero eso no lo puedo llevar a la casa de empeño —comenté.

—Ya lo sé, no soy tonta. Ya veré qué hago... A lo mejor podrías llevarlos a una peletería.

—¿Seguro que se quiere deshacer de ellos?

—Sí. Antes tenía un sentido: si tenías abrigo de pieles hasta parecías más artista. Te colocaba en otro lugar. Una absurdez, porque luego pasabas por la Castellana o por los alrededores del Hotel Eurobuilding y todas las putas llevaban abrigos. Llegó un momento en el que no sabías distinguir a una fulana de una folclórica.

Rompimos a reír ante su ocurrencia, dicha con esa seguridad que Catalina sabía aportar a tales afirmaciones. Que en vez de ella fuera yo a venderlos entendí enseguida que era una cuestión de vergüenza, de no querer que la reconociesen en semejante situación. Lo del otro día, siendo yo la que acudiese al empeño de los cubiertos para conseguir dinero en efectivo, no se debía solo a la urgencia del momento, sino también a poder parapetarse en mi persona, anónima como tantas otras, una desconocida para el mundo entero.

—¿Tú sabes lo de la huelga? La del setenta y cinco —preguntó.

—No, ¿qué huelga?

—Estaba todavía Franco vivo, meses le quedaban. Y los actores nos reunimos para exigir el día de descanso y ciertas condiciones frente a los empresarios.

—No tenía ni idea.

—Eras muy pequeña. Además, estas cosas a la gente no le interesaban. La cuestión es que ahí se notaba la que era de abrigo de pieles y la que no. Porque eso fue en el mes de febrero y hacía un frío en Madrid que no te quiero ni contar. Ahí se unió todo el mundo, desde Concha, Enriqueta, Tina y la Roy hasta Lola Flores y la Montiel, que esas sí que eran de las de abrigo permanente: no se lo quitaban ni en agosto.

Así pasó la comida y así pasó la tarde, y entre historias fantásticas y algún que otro reproche logró hacerme olvidar que era una mujer investigada por la justicia.

Capítulo 50

Todo aquel discurso de los abrigos me pareció perder su sentido al día siguiente, cuando acudí de nuevo a casa de Catalina, no sin antes toparme con la noticia más desagradable de todas las que Rafael me había transmitido hasta la fecha.

—No me diga usted que no hay nada más chapucero que cometer un crimen y limpiar las pruebas.

—¿Cómo dice? —pregunté perpleja.

—Sí, aquí en Madrid. Han asesinado a un tipo y por lo visto la mujer se dedicó a limpiar la sangre y todo lo que había alrededor. Tiene guasa.

No di crédito. Era yo. Mi caso salía en el periódico. Me sentí invadida; lo vi como una broma pesada por parte de Rafael, aunque desde luego él ignoraba que yo fuera aquella mujer que en su afán por la limpieza había convertido un crimen en un despropósito.

—¿Y qué más dice? —pregunté casi temblando.

—Nada, que se trata de un hombre de treinta y ocho años y que la policía científica todavía anda investigando lo sucedido.

Me quedé sin saber qué añadir, quizás porque era mejor que me mantuviese callada. Cualquier palabra podía volverse en mi contra y no deseaba convertirme en una noticia más, en tinta de periódico para porteros trasnochadores. El ascensor había llegado a la planta baja, pero tardé en reaccionar, esperando a ver con qué más me sorprendía Rafael.

—Esta es la parienta que todo hombre desea. Lo matan a uno y sigue limpiando. Las hay entregadas.

—Que tenga usted un buen día —me despedí.

Se me juntó la sorpresa con la indignación. También con la vergüenza, por qué no decirlo. Mi afán de protagonismo había sido

nulo desde siempre, desde mi infancia, y verme ahora reflejada en un diario nacional, aunque fuese sin nombre ni apellidos, me producía una sensación de pudor difícil de explicar. Pensé en cuánta gente podría estar leyendo esa noticia al mismo tiempo..., gente que podía cruzarme en cualquier momento.

Iba dispuesta a contárselo a Catalina cuando me abrió la puerta. La imagen con la que me encontré me quitó la idea de la cabeza. Allí estaba ella, con el abrigo de pieles puesto.

—¿Pero no lo iba a vender? —pregunté extrañada.

—Sí, pero mañana. Hoy lo utilizaré por última vez. Ahora nada de limpiar cristales, de barrer ni de fregar. Nos vamos al cementerio.

—¿Y eso?

—A despedir a una compañera.

Estaba claro que Catalina seguía anclada en las apariencias del ayer. O quizás no quería realmente desprenderse de tales objetos. No llegué a traspasar más allá del recibidor porque nos fuimos directas para la calle.

—¿Qué cementerio es?

—El de la Almudena, así que tendremos que ir en dirección... —Se quedó pensativa, intentando orientarse.

—Creo que el 12 llega hasta ahí; podemos cogerlo desde mi barrio. Y el metro también, en la línea 4 podemos hacer trasbordo.

—¿El metro? No he ido en el metro en mi vida y no pienso hacerlo a estas alturas. Cogeremos un taxi.

—Muy bien, como usted quiera —me resigné.

Si algo estaba aprendiendo a su lado era que hay que saber dosificarse los caprichos. En definitiva, elegir es renunciar. Unos días antes no podía asumir el gasto repentino de un veterinario, pero ahora no pensaba perder lo que ella consideraba una de sus buenas costumbres, aquellas que tenía tan adheridas que a la vez la convertían en quien era. La mujer capaz de repartirse un vulgar menú de bar de barrio entre el mediodía y la cena, estirándolo como el mejor de los chicles, no concebía pisar el transporte público por nada del mundo. Catalina en la intimidad y Catalina en la calle: dos personas casi distintas.

—¿Y quién es la compañera? —pregunté ya una vez acomodada en el interior del taxi.

—Trini. Trini Alonso.

—No sé quién es.

—Ya me lo imaginaba. Pues, fíjate, si no llega a ser por ella Ana Belén y Víctor Manuel ni se conocen.

—Ah, ¿sí?

—Trabajamos juntas en una película de hace la tira de años. Un dramón, de los de cárceles de mujeres. *Carne apaleada* se llamaba. Trini hacía de jefa de prisiones, o sea, de mala, con lo buena que ella era.

—¿Y usted de qué hacía?

—De presa. Éramos muchísimas presas. Estaba Terele, Julieta, la Bardem...

—¿Y cómo era la cárcel? ¿Daba miedo?

—¿Por qué me lo preguntas? Era una película, así que olvídate de eso.

—Usted cree que si yo, bueno, si me...

—Olvídate de eso —zanjó firmemente mientras observaba al taxista.

Llegamos a aquel cementerio. Lo conocía de oídas, como todo el mundo. Me pareció impresionantemente grande, casi laberíntico. Llegamos a un pasillo repleto de nichos donde el entierro estaba teniendo lugar. Catalina se detuvo como si algo se lo impidiese, frenada por completo.

—Es ahí, ¿no? ¿Por qué no vamos? —pregunté, extrañada ante su actitud.

—No hace falta, prefiero estar aquí.

—Pero hemos venido hasta aquí para esto, ¿no?

—Sí, pero no quiero que me vean. Acércate tú si lo deseas.

—¿Yo? No, me quedo con usted.

Parecíamos dos fugitivas, ataviadas para la ocasión, pero escondidas tras una esquina, a treinta metros del lugar de los hechos, observando desde lejos. No me cabía en la cabeza la idea de haber hecho el viaje hasta allí, con toda la buena intención, para luego querer ser invisibles. ¿Acaso tenía algo que ocultar?

—Mira, allí está María Elena, la Flores y Helga —dijo como si yo supiese de quiénes me estaba hablando—. Y la Trujillo.

—Acaban de colocar una corona de flores —apunté—. «Sociedad protectora de animales» —leí en voz alta.

—Sí, estaba metida en eso; siempre recogía perritos de la calle. Incluso estuvo ayudando en un sanatorio para leprosos.

—¿De veras?

—Sí. Me acuerdo de una vez que recolectó un montón de perchas, miles, y se fue al Rastro a venderlas para recoger fondos. Pero de eso hace ya muchísimo tiempo.

De pronto, una mujer menuda con un caminar lento se acercó a nosotras. Era bastante mayor que Catalina. Así, a simple vista, tenía por lo menos diez o quince años más.

—Catalina..., ¿cómo estás?

—Hola, María, te veo muy bien.

—Muy bien tampoco, lo que pasa que tal y como está la cosa... —Señaló alrededor, con un peculiar sentido del humor, antes de comentar—: ¿Sabes lo que me preocupa? Que ya no nos vemos en rodajes ni en estrenos ni en premios ni en teatros. Nos vemos siempre en el cementerio... ¿Te das cuenta?

—Sí, la última vez aquí mismo, hace un año, por Margot.

—¡Ay, Margot! Con lo buena que era...

Y la mujer continuó caminando, sin despedirse. La reconocí, a ella sí, perfectamente. Tenía una de esas voces inconfundibles. No recordaba ninguna película o serie suya en concreto, pero la había visto tantas veces que me resultaba familiar.

—Esa era...

—Sí. María Isbert —contestó Catalina.

Quizás incomodada por el hecho de que la hubieran reconocido —o, más bien, descubierto—, nos encaminamos hacia la puerta, en vista de que la ceremonia estaba a punto de llegar a su fin. Allí, de nuevo, cogimos un taxi. A lo lejos me pareció ver a la Isbert, esperando al autobús como la más común de los mortales.

—Bueno, pues esta misma tarde lo puedes llevar a la peletería —dijo tocándose el abrigo, una vez dentro del taxi—. Esto en la época valía un millón.

—¿Y no prefiere esperar a que acabe el invierno?

—¿Para qué?

—Bueno, con este frío... Es lo que menos me gusta del invierno. Eso y el cambio de hora. Realmente odio el invierno —me lamenté.

—A mí tampoco me gusta, nunca me ha gustado. Hasta que me di cuenta de que cada vez me quedaban menos inviernos.

Catalina sabía cómo dejarme callada y pensativa. Parecía que de un modo u otro la muerte rondaba nuestras vidas. Pero no me dio mucho tiempo a reflexionar ante lo que ella se percató.

—¿Te has dado cuenta del coche gris?

—¿Qué coche gris? —No me había dado cuenta de nada.

—El que va detrás. Nos está siguiendo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque ese mismo coche iba a nuestro lado antes, a la ida.

—¿Está segura?

—Segurísima. Nos habrán esperado fuera del cementerio.

—¿Y qué hacemos?

—Nada. Todo como si nada. ¿Has visto *Con la muerte en los talones*? Porque ya me parece indignante que no conozcas a Trini Alonso, pero que no hayas visto *Con la muerte en los talones*...

Capítulo 51

La policía secreta seguía mis pasos. No sabía desde cuándo; quizás hacía una o dos semanas, o incluso tal vez desde el principio. Nunca me había dado cuenta. Era carne de noticia de sucesos y, además, me estaban espiando, esperando a que cayese en un paso en falso.

Pasaron cuatro días hasta que interrogaron a los que ellos consideraban mi entorno, las personas que habían compartido espacio conmigo en las horas previas al crimen. Le tomaron declaración a Margarita debido a que me había prestado el vestido para la noche del treinta y uno, y también por ser la única amiga a la que veía con cierta asiduidad. Luego, como es habitual en ella, me lo contó todo con pelos y señales.

—Les dije la verdad: que, sintiéndolo mucho, Juanjo era muy particular, que no le gustaba trabajar y que a menudo se pasaba por el bar. ¡A saber a qué tipo de gente se cruzaría por ahí! Y lo mal que tú estás, con lo mucho que te has entregado a tu matrimonio, y ahora de pronto verte así, en esta situación... No es justo.

Las cábalas de Margarita podían jugar a mi favor, pero también en mi contra; ella poco podía aportar más allá de una visión lastimera y tremendista. Me sorprendió que acudieran a Rafael, en plena portería, quien se enteró por ellos de los avatares de mi vida, descubriendo así que era yo aquella mujer que torpemente se dedicó a limpiar las huellas del crimen, como si quisiera ocultar algo.

—Siento mucho si la ofendí, no podía imaginar que... —se disculpó conmigo desde su mesa por los comentarios jocosos de días atrás, desde su desconocimiento.

—No se preocupe, sé que no lo dijo de mala fe.

—Además, les he dicho la verdad, que ese día la vi salir, pero no la vi entrar. Fue la única mañana que no nos cruzamos por aquí.

El hecho de que el día del crimen hubiera acudido horas antes de lo habitual a mi puesto de trabajo, movida por los nervios, había servido para despistarlos. Rafael no me vio llegar a mi hora, a las diez de la mañana, por lo que resultaba convincente que hubiera pasado la noche en casa de Catalina, tal y como ella me dijo que debía contar. Él tan solo me vio salir horas más tarde, antes de que me encontrase el cadáver de manera oficial.

A Catalina le pidieron que se personase en la comisaría al ser la persona con más contacto directo conmigo y, por ello, el testimonio clave para esclarecer mi vida, mis costumbres y mis últimas veinticuatro horas antes del asesinato. También las de después. Pero pidió posponer el encuentro, alegó sentirse indispuesta. No parecía estar muy cómoda con la situación. Entendí que prefería ganar tiempo, ya que era consciente de que su declaración resultaría crucial para mi enjuiciamiento, pero lo cierto era que aquella jugada no hacía más que aumentar la desconfianza de quienes llevaban el caso.

Desconozco lo que pudo declarar Ángeles en su posición de suegra despechada dispuesta a encontrar culpables hasta debajo de las piedras, pero estaba claro que no había formado parte de mis últimas horas ni de las posteriores. Ni siquiera de las de su hijo, ya que el viaje a Alemania la tuvo alejada de los acontecimientos hasta su regreso. Creo que fue mejor para ella, y desde luego también para mí. En todo aquel tiempo había pensado decenas de veces en que si me hubiese ido a Berlín con ellos seguramente nada de esto hubiera pasado: no habría habido Nochevieja a espaldas de Juanjo ni el correspondiente cabreo. Pero me consolaba diciéndome que tarde o temprano hubiera sido cualquier otra cosa, cualquier otro motivo para levantar su ira y mostrarme su descontento a través de un empujón o de una de aquellas bofetadas que sonaban a golpe seco.

Durante todos esos días la policía continuó siguiendo mis pasos, que eran fácilmente detectables debido a que llevaba una rutina que se limitaba a salir de casa, coger el autobús y llegar a la

de Catalina, para marcharme seis horas después de vuelta a mi piso. Imagino que los agentes debían de estar aburridos ante tal monotonía y hasta pensé en cambiar mi rumbo, alterar un poco el plan de cada día para marearlos un poco, una travesura que nunca llegué a cumplir. Podría haberme ido unos días a Talavera, a ver si así los despistaba o agotaba sus fuerzas, pero preferí mantener alejada de todo aquello a mi madre y a mis hermanos. Aun así, también fueron interrogados. Obviamente mi madre se limitó a decir que no me veía desde el fin de semana que acudí a verla, el del veinticuatro de diciembre. Se lamentó de lo ocurrido y hasta le dedicó algunas palabras bonitas a Juanjo.

Me consta que acudieron a mi edificio para preguntar a algunos de los vecinos si habían escuchado algo raro, qué tipo de relación manteníamos o si era habitual que me ausentase de casa tanto tiempo. No sé qué pudieron responder, pero imagino que todo dentro de lo que se considera normal. Me vinieron a la mente aquellos casos tremebundos donde ocurre algo en un edificio y el vecindario siempre responde a la prensa con lo de que el asesino era muy cordial, muy educado, y que nadie podría haberse imaginado lo ocurrido. Esa podía ser yo perfectamente. La vecina que nunca da problemas, la que siempre saluda e incluso te sostiene la puerta cuando te ve llegar a lo lejos. La que nunca levanta la voz, la que tiene una sonrisa en los labios y hasta trata de usted a las personas mayores. Esa era yo, la asesina. Perfecta para todo menos para cometer un crimen. No sé qué pudieron haber dicho de Juanjo, porque él en cambio se limitaba a ser correcto y apenas tenía trato con ninguno de los vecinos.

En los días siguientes Catalina me tenía desde que llegaba hasta que me iba contándole aspectos de mi vida, de todo aquello que me intrigaba, me asustaba o me había hecho ser quien era. Me hizo explicarle mi relación sentimental, cómo surgió, por qué degeneró en algo así y cómo era él con los demás. También me preguntó detalles de mi suegra, de mis hermanos, de mi madre y hasta de mis antiguas compañeras. En esos días previos a su declaración no hubo escoba ni fregona. Al cerrarse la puerta tras mi llegada comenzaba un examen exhaustivo de toda mi vida.

Parecía estudiarme, como si fuese una especie en extinción. Sin abandonar su habitual sentido del humor, no perdía la ocasión para tacharme de simple, absurda o ingenua si la anécdota lo requería.

Pasada una semana, llegó el día en el que Catalina acudiría a declarar. El día en el que, tal y como ella me dijo, volvería a actuar.

Capítulo 52

—La de tiempo que hacía que no pisaba yo una comisaría. Y menos aún por un motivo tan delirante. ¡Surrealista!

Así entró Catalina al lugar, dejándolos a todos con la boca abierta. Lo sé porque yo estaba ahí, justo en el despacho contiguo, separada de ella por una cristalera y una pared endeble donde unas cortinas plegables impedían ver con claridad pero sí escuchar lo que al lado estaba aconteciendo. Cuando ella llegó yo llevaba poco más de veinte minutos en la comisaría. Me habían citado para lo que denominaban «asuntos burocráticos».

Arreglada pero informal, Catalina había aparcado el abrigo de pieles y vestía un conjunto de chaqueta y pantalón en verde claro. La hacía más joven. Llevaba unos pendientes muy bonitos que nunca antes le había visto, parecían dos monedas gigantes doradas. Pensé que ojalá jamás los vendiese.

—Me van a disculpar la demora, pero, claro, una ya tiene una edad y, con el frío que está haciendo, cogí un catarro que me ha dejado en cama toda la semana, por eso tuve que retrasarlo. ¡Los inviernos de antes en Madrid no eran así! ¿Verdad? Bueno, qué estoy diciendo, si son ustedes demasiado jóvenes...

Era otra mujer, nada que ver con la que yo había conocido. Juraría que hasta el tono de su voz era distinto al habitual. Incluso los trataba de usted con mucha ceremoniosidad, ella que nunca se doblegaba ante nadie. Mientras tanto, en el despacho de al lado me hacían escribir los nombres y apellidos de gente relacionada con Juanjo. Su antiguo jefe, sus compañeros de trabajo y hasta su padre ausente. Una mujer policía, de unos cuarenta años o poco más, me hacía de vez en cuando alguna pregunta. Nada que me impidiese prestar atención a lo que estaba ocurriendo al otro lado del cristal.

—¿Desde cuándo se queda Esther en su casa a pasar la noche?

—Pues aquella vez fue la primera. Siempre hay una primera, y la ley de Murphy quiso que coincidiese con la misma noche del trágico hecho. ¿Han oído ustedes hablar de la ley de Murphy? Si algo puede salir mal, saldrá mal. Y así fue.

—¿Por qué se quedó? ¿Se lo pidió usted?

—Por supuesto. ¿Conoce a alguna asistenta del hogar a la que le guste hacer horas extras? O simplemente a cualquier otra persona. ¿Se quedan ustedes más horas por puro placer o solo si el día lo requiere?

—Sí, está claro. Pero comprenda que debemos de preguntárselo. Podría darse el caso de que ella supiera lo que iba a ocurrir y hubiera deseado quedarse en su casa, alejada del lugar del crimen, pero siendo consciente o partícipe de él.

—No le entiendo, ¿qué quiere decir?

—Pues que no sería la primera vez que una esposa contrata a un matón para que aniquile a su marido.

—¡Por Dios bendito! ¿Ha visto usted bien a esa pobre mujer? Dudo que pueda llegar a fin de mes como para contratar a un vulgar delincuente. Si llego a saber que esto iba a tomar unos derroteros a lo Perry Mason, me hubiera vestido de otro modo.

—Entiéndalo...

—Yo lo entiendo, pero, vamos, comprenda usted también que fui yo la que le pedí que se quedase aquella noche. Bueno, no se lo pedí, se lo supliqué. Me encontraba indispuesta y no sabía si en algún momento, en plena madrugada, iba a necesitar de su ayuda. Seguramente, si no se lo llego a pedir, ella hubiera estado aquella noche con su marido y nada de esto hubiera pasado. A lo mejor resulta que soy yo la culpable.

Catalina desprendía una fina ironía que para nada resultaba hiriente. Es más, me podía imaginar perfectamente la cara de los policías, abducidos ante aquella mujer encantadora que dialogaba con aplastante seguridad en la cruda armonía del ambiente.

—¿Cómo se explica que destruyera todas las pruebas posibles? El hecho de limpiar la sangre de su marido y, quizás, la de una segunda persona.

—Cuando me contó que hizo aquello, si les soy franca, no me extrañé. ¡Es una torpe! La conozco bien. Esa muchacha es una torpe, de verdad que sí. ¡Pero si abandonó los estudios con dieciséis años! Una vez me confesó, y esto por favor que no salga de aquí, que nunca se planteó qué quería ser de mayor. Ya saben, lo típico de maestra, enfermera o yo qué sé. Toda su vida dedicada a limpiar. Se encuentra todo aquel desaguisado, ¿y qué hace? Pues lo único que sabe hacer: limpiar. Lo que yo les diga, una torpe. Porque, claro, entiendo que el hecho de limpiar la sangre no la convierte en una asesina, ¿no?

Me tuve que contener para no esbozar una sonrisa. Si hubiera estado sola en lugar de acompañada por aquella mujer que me pedía nombres, calles y teléfonos, habría soltado una carcajada ante las ocurrencias de Catalina, quien me criticaba sin piedad, dejándome como la persona más absurda del mundo, digna incluso de lástima. Volví la cabeza en un movimiento rápido, tentada a observar lo que estaba ocurriendo al lado a través de los pequeños huecos horizontales que tenía la cortina. Ella gesticulaba, movía mucho las manos y parecía ser capaz de mirar a los dos agentes a la vez.

—Y no se crean que no he pensado en este caso. Hasta pensé en si debía despedirla, pero no era cuestión de hacer yo un juicio paralelo, aunque tampoco quiero que esto me salpique. Y de pronto, un día, me acordé de El Lute, ¿se acuerdan ustedes de El Lute? Que robó una gallina, se vio involucrado en una tontería y mientras estuvo encarcelado se convirtió en un héroe popular. Aclamado por todos. ¡Si hasta creo que le hicieron una canción! Total, que me entró un remordimiento tremendo; me dije que cómo la iba a despedir, así sin pruebas de nada, por más extraño que parezca todo... Luego la meten presa por error, acaba convertida en una santa y yo quedo de mala de la historia. No, señor.

—Bueno, pruebas directas no hay, únicamente sospechas. Si no, ¿cómo se explica que la cerradura de su casa no fuera forzada? Es la única que tenía llaves.

—Hoy en día no hace falta tener llaves para entrar en una

vivienda —afirmó Catalina.

—¿Qué pasa?, ¿que el asesino subió trepando, como si fuese King Kong? —ironizó el policía más bajito, que todo lo que tenía de bajito lo tenía de insolente.

—Pues mire, más de una vez algún desconocido se ha ofrecido a ayudarme a subir la compra. Y he dicho que no, ¿sabe por qué? Por consejo policial. No sé si aquí, en este distrito, darán esos consejos, que no seré yo la que juzgue los suburbios.

—Aquí somos igual de competentes que en cualquier comisaría.

—No lo dudo. Pero, vamos, que no me extrañaría que el marido haya dejado entrar a alguien que ni conocía. Sobre todo si llevaba una buena cogorza. Porque, por lo visto, bebía y mucho. Eso sí que lo sabrán, ¿no?

Aquella conversación parecía más una clase de esgrima que una interrogación policial. Desafiante, pausada y elegante. Nunca había visto una lucha de esgrima, pero la imaginaba tal que así. Yo hubiera perdido los nervios en la segunda pregunta. Yo y cualquiera. Ese aplomo, esa entereza que ella demostraba, no era algo común entre el resto de los mortales. Lo suyo era un don.

—No me irán ustedes a decir que el forense no encontró restos de alcohol al realizar la autopsia. Sería de una incompetencia fatal.

—Sí, ciertamente parece que el individuo había consumido alcohol en grandes dosis.

—Lo que yo le decía, una cogorza. Por lo visto era tal la adicción que ella tuvo que ir a vender hasta una cubertería de plata que tenían en casa. Para darle dinero. Vayan, vayan ustedes a preguntar a la casa de empeño. A mí me lo contó un día que vino llorando, sin saber qué hacer con el problema de su marido.

—Lo cierto es que no nos había dicho nada, desconocíamos todo esto.

—En ocasiones no se consiguen las respuestas exactas porque no se hacen las preguntas adecuadas.

—En cambio, la madre asevera que su hijo no se movía en ambientes complicados, que no se relacionaba con extraños.

Incluso que no bebía en exceso.

—¡Ay, las madres! ¡Me hubiera encantado ser madre! Pero no pudo ser, no se dio la circunstancia. Es increíble cómo las madres pueden cegarse ante una realidad, negar lo evidente hasta tal punto. Realmente resulta hermoso. ¿Cómo lo llaman? Amor de madre, ¿verdad? De todas maneras, tampoco sé yo qué credibilidad puede tener una mujer que le niega la existencia del padre a un hijo durante tantos años. Por lo visto, el muchacho falleció sin saber dónde se encontraba. Una historia muy truculenta, pero eso, como comprenderán, no es asunto mío.

Era simpática, aunque también mordaz. Era astuta a la par que imprevisible. Tenía un punto sosegado, pero segura de sí misma. Y, sobre todo, era creíble. Catalina estaba dando la mejor de sus interpretaciones. Parecía lo suficientemente objetiva como para ser fiable, ya que no se deshacía en halagos hacia mi persona, pero a la vez resultaba completamente coherente.

—Y me van a perdonar, pero lo que no logro explicarme es cuál es el móvil de todo esto —dijo, haciéndose la misteriosa.

—¿A qué se refiere?

—Pues el móvil, ¿no lo llaman así ustedes? ¿Qué motivo puede tener la muchacha esta para matar a su marido? No me vendrán a decir que era para heredar, como si de una novela negra se tratase.

—Pues nunca se sabe.

—¡Por el amor de Dios! Pero si, por lo visto, era un parado que no quería trabajar. Todo el día mano sobre mano. No debía de tener ni para pipas.

Se hizo un breve silencio, como si hubiese logrado hacer recapacitar a los policías.

—¿Y el hecho de que Esther cojease? Hasta hacía unos días mantenía una cierta cojera, lo cual nos hizo pensar en un posible forcejeo o quizás en una pelea.

—Eso me temo que fue culpa mía. Cada vez veo menos, me niego a admitirlo pero es así. Y eso que asumo perfectamente el paso del tiempo; sin embargo, hay veces que te das de bruces con la realidad... Me puse a buscar algo encima de la mesa, con tal

mala pata que, sin darme cuenta, tiré un cenicero. De esos de murano, prácticamente transparente. No lo digo para excusar que no lo vi, pero es que es verdad. Y no le dije nada, a Esther me refiero, y al día siguiente aún debían de quedar por ahí esparcidos algunos trozos porque se clavó uno. Torpeza mía.

Cuando volví la cabeza por segunda vez, inevitablemente tentada de ver cómo Catalina realizaba su función particular, la policía que estaba conmigo se levantó de su mesa sin decir nada y acudió al despacho de al lado. Algo les debió de comentar de que me estaba percatando de todo debido a lo mucho que elevaba la voz Catalina para su reducido público. Apuraron las persianas al máximo y dejé de escucharla, pero sabía que la representación seguía en marcha aunque me hubiesen hecho abandonar el patio de butacas. A los pocos minutos, después de algunas cuantas preguntas y de dejar por escrito mi declaración firmada, me dijeron que podía marcharme. Pero Catalina siguió ahí, no sé cuánto tiempo más. La función debía continuar.

Capítulo 53

Dos días más tarde recibí la llamada que nunca pensé que llegaría a ocurrir: quedaba libre de toda sospecha. El caso había tomado otros derroteros e incluso estudiaban cerrarlo. Lo llamaron «sobreseimiento». Disimulé mi alegría como pude, con toda la naturalidad de la que fui capaz. Quise llamar a Catalina inmediatamente para agradecérselo. Sentía y sabía que ella formaba parte de aquella buena noticia. Pero recordé unas palabras que me había dicho unos días antes, cuando me hizo contarle mi vida en lo que estaba siendo todo un ensayo y preparación de su papel. Me indicó que nada de llamadas telefónicas, que no fuera torpe, que perfectamente podía tener el teléfono pinchado. Que lo importante no era no solo ser inocente, sino parecerlo. Ni siquiera la había llamado días antes para contarle que mi suegra se había presentado en casa de manera repentina para decirme que se iba a Berlín con su hija y sus nietos y sin idea de vuelta; parecía como si quisiera empezar allí una nueva vida y pensé que quizás el final de sus días no se alejaba tanto del del marido fugado que tanto le había dado que hablar. Obviamente, Ángeles no había venido con intención de contarme sus planes, sino que pretendía llevarse algunas de las pertinencias de Juanjo. Y no se lo impedí.

Cogí el autobús a las nueve y media. Llegó puntual, como la mayoría de las veces. Durante todo el trayecto observé las calles de otra manera, como si tuvieran un color distinto, como si todo hubiera cambiado. Pero en el fondo de mi corazón sabía que las calles eran las mismas de siempre, que la que había cambiado era yo.

Como tantos otros días, Rafael se escudaba detrás del periódico. Esa mañana, por vez primera, no me leyó ninguna

noticia. Parecía que no había nada lo suficientemente alarmante como para compartirlo conmigo. Ni de economía ni de sucesos ni de política internacional. Nada destacable que sirviese para romper el silencio.

—El ascensor está estropeado —fue lo único que dijo.

—Vaya. Algún día tenía que suceder —contesté.

Comprendí que debía de seguir impresionado tras descubrir que durante un tiempo fui la principal sospechosa de un asesinato. No todos los días se tiene delante a la protagonista de una noticia, aunque sea para limitarse a un hola y adiós. No me importó, quedaban todavía muchos días por delante para recuperar la comunicación y estaba segura de que el año 2000 debía de traer gran cantidad de noticias suculentas más allá del efecto informático, la irrupción de la telefonía móvil y la inminente llegada de una nueva moneda.

Llamé al timbre, nerviosa pero contenta. Eran unos nervios distintos a los de otras veces: eran nervios de alegría. A los pocos segundos, Catalina abrió la puerta con Tara en sus brazos. Me abracé a ella y sentí que, aunque no me rechazó, levemente se apartó de mí.

—Pero bueno, ¿qué ocurre? —preguntó mirándome a los ojos.

Se lo conté. Le narré la llamada intentando explicarme tan bien como lo hacía ella, como si pudiese imitarla, algo imposible. Le dije que parecía que todo volvía a la normalidad, que su explicación, su declaración, debía de haber jugado un papel importante, más de lo que podía imaginar. No sé cuántas horas estuvo encerrada al final en la comisaría, convirtiendo esas cuatro paredes en el mejor de los escenarios, pero desde luego resultó, sirvió de algo. Fue entonces cuando supe verdaderamente lo que significa respirar aliviada.

—A partir de hoy, de ahora, aquí no ha ocurrido nada —dijo muy seriamente.

—Entendido. Pero ¿cómo lo hizo?

—¿El qué?

—Lo de comisaría. Yo estaba al lado. La escuché, pude escuchar casi todo.

—Ya lo sé, por eso levantaba la voz, para que te quedases con todo lo que dijese, que no hubiera contradicción.

—¿Y cómo consiguió que...? —No llegué a terminar mi pregunta.

—Esther, en todo esto, y en la vida, hay algo fundamental. Si tú te lo crees, los demás se lo creen. Ahora, si te parece, puedes empezar por la cocina. Los cristales del salón también necesitan un repaso.

Y me puse con la cocina. Limpié cada uno de los azulejos con el mayor de los ahíncos. Vacié los armarios con idea de dejarlos relucientes. A diferencia del primer día, ya no había latas caducadas ni botes de comida que delatasen llevar ahí más tiempo del debido. La cocina, poco a poco, se había transformado en un lugar acogedor, al igual que el resto de la casa. Luego me puse con los ventanales del salón, dejando atrás cualquier resto de lluvia que enturbiase los cristales. El salón me parecía un lugar mucho más luminoso que cuando llegué, incluso más grande. Parecía como si aquella oscuridad que al principio invadía todos los rincones hubiera desaparecido casi sin que me diese cuenta. De pronto, como tantas veces, escuché su voz detrás de mí.

—¿Te he hablado alguna vez de mi debut en el teatro?

—No —contesté—. Me sonaría, me acordaría seguro.

—Fue hace muchísimos años, en 1954. Tú no habías ni nacido. *La ratonera* se llamaba la obra, una de tantas de las policiales de Agatha Christie. En Londres todavía está. Es la obra que más tiempo lleva en cartel, desde que se estrenó, antes que en España. Y todavía sigue allí, desde entonces.

—Me hubiera encantado verla.

—Debutamos en San Sebastián y acabamos aquí, en Madrid, en el Infanta Isabel. Yo hacía de la señorita Casewell, por mi edad. También estaba la Ponte, María Luisa.

—¿La que me contó que construía el muro de ladrillos en su casa cuando se peleaba con...?

—¡Esa! Y estaban las Gutiérrez Caba. Un día de estos tengo que llamar a Julia.

Segundos después la anécdota llegó a su fin, pero en sus

palabras, en su recuerdo, parecía estar más viva que nunca. No sabía de qué iba aquella obra de teatro, pero imaginé que algo me quiso decir, algo entre líneas, porque nada en Catalina era casualidad. Con el líquido desincrustante aproveché para limpiar los cristales por la parte de fuera, quitando toda la suciedad que venía del exterior. Me percaté de que era necesario comprar un nuevo estropajo: aquel ya estaba para el arrastre. También debía de reponer la lejía y el producto desinfectante para baños. Froté sin cesar y justo en ese momento la vi, reflejada en el cristal. Si de algo estaba segura es de que Catalina era la mejor actriz de reparto.

La mejor actriz de reparto
Valeria Vegas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Valeria Vegas, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Corrección de estilo a cargo de Cristina Baquerizo

Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño
Fotografías de la cubierta: © Magdalena Russocka / Trevillion Images

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-9998-964-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!